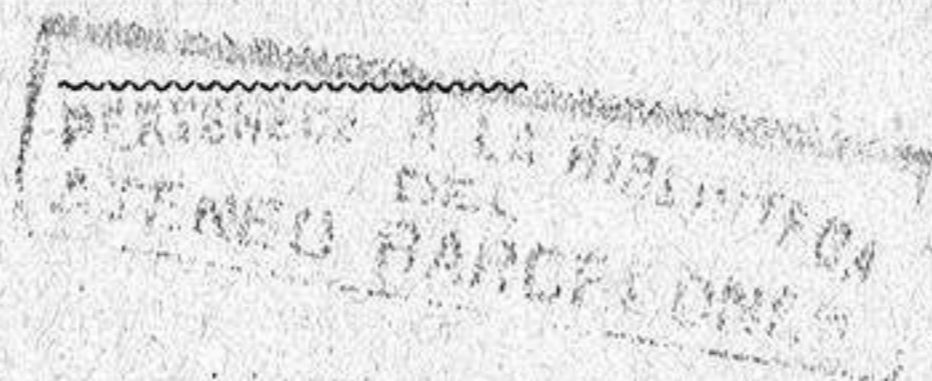


LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23.

NUM. 269.

LA
ESPAÑA MODERNA



Director: JOSÉ LÁZARO

MAYO 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LAS CORTES DE LA REVOLUCIÓN

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

El matrimonio civil.—Los maestros de escuela.—Debate sobre la totalidad del proyecto de Constitución.

Parece ser que en algunas localidades se habían celebrado matrimonios civiles, autorizados por las Juntas revolucionarias ó por los alcaldes en representación de aquéllas, y habiendo hecho una pregunta sobre el caso (1) D. Cruz Ochoa, diputado tradicionalista, ó clerical, como diríamos hoy, le contestó Romero Ortiz, ministro de Gracia y Justicia, manifestando que contra esas autoridades anormales no encontraba en el Código penal disposición alguna que les fuera aplicable. Dijo también que el alcalde de una población importante de Galicia había publicado un bando, hacía pocas semanas, disponiendo el establecimiento del matrimonio civil; pero que en el momento en que la autoridad superior de la provincia tuvo conocimiento del hecho, anuló la disposición tomada por el alcalde.

El Gobierno tenía en este asunto un criterio muy radical, pero no quiso tomar ninguna determinación sin el concurso de las Cortes.

*
* *

(1) 31 Marzo 1869.

D. Víctor Balaguer (1) dirigió una excitación al ministro de Fomento (Ruiz Zorrilla), en favor de los maestros de instrucción primaria, reconociendo desde luego las buenas disposiciones que respecto del asunto tenía el interpelado.

«Los maestros de primeras letras—decía Balaguer—son verdaderos sacerdotes; pero también son verdaderos mártires. ¡Gran vocación se necesita, en los tiempos que corremos, para ser maestro, en medio de las grandes penalidades que sufren, en medio de las grandes amarguras que tienen que soportar; y yo confieso francamente que soy el primero en admirar, como puede admirarse á un héroe, al que hoy se dedique á ser maestro de primera enseñanza en los pueblos.

»El cuadro que ofrece el magisterio de primera enseñanza en las actuales circunstancias es tristísimo y desconsolador, á pesar de lo mucho, de lo mucho, de lo mucho, y lo repito tres veces, que ha hecho el señor ministro de Fomento, para realce, para esplendor, para seguridad de esa clase, bajo todos conceptos dignísima; pero los esfuerzos del señor ministro de Fomento tropiezan y se estrellan, como ante una barrera inexpugnable, ante la incuria, por no decir malevolencia, de ciertos pueblos, y ante la ignorancia crasa de ciertos municipios. Yo puedo decir á S. S., por si no lo sabe, y es dato digno de tenerse en cuenta, que en la provincia de Barcelona, por ejemplo, hay dos terceras partes de maestros que no han cobrado aún sus haberes desde el mes de Julio próximo pasado.»

«Voy á presentar—contestó Ruiz Zorrilla,—dentro de pocos días al Congreso, la ley general de instrucción primaria; y da la casualidad de que, en uno de sus artículos, uno de los medios que yo he creído encontrar á la incuria de los Ayuntamientos y á la ignorancia de ciertos pueblos, es precisamente el que me propone el Sr. Balaguer; que los maestros no vuelvan á ser pagados por los municipios, y, si fuera posible, sin hacer ofensa á las otras corporaciones populares que están por

(1) 1.º Abril 1869.

encima de los municipios, pero que tienen ciertos compromisos con ellos, y que no tiene el Estado, yo los llevaría más allá, y haría que fuesen pagados por el Estado mismo. La única cuestión en que yo no soy liberal ni descentralizador, es la cuestión de instrucción primaria: creo que en ella es necesario un período de dictadura, más ó menos largo, si los españoles han de aprender pronto y bien á leer y á escribir.»

*
* *

El proyecto de Constitución de 1869 era esencialmente liberal; pero fué muy combatido por los republicanos, á causa de dos puntos principales que figuraban en ella y definían su carácter: el art. 20, por el que la nación se obligaba á mantener el culto y los ministros de la religión católica, y el 33, en que se establecía la monarquía como forma de gobierno.

Formaron la Comisión para redactar el proyecto: Olózaga, presidente; Ríos y Rosas, D. Joaquín Aguirre, D. Manuel Berra, Posada Herrera, D. Manuel Silvela, Godínez de Paz, D. Augusto Ulloa, D. Pedro Mata, Vega de Armijo, Martos, Montero Ríos, y, como secretarios, Moret y Romero Girón (1).

Tocó al primero de estos dos señores dar lectura del documento, al finalizar la sesión del 30 de Marzo, y los que conozcan al Sr. Moret ya podrán suponer que la Constitución quedó bien leída.

El 6 de Abril comenzó su discusión, y excusado parece manifestar que en este debate se tocaron asuntos de todo género,

(1) En la Comisión había, como se ve, hombres de tendencias poco afines y hasta contrarias; así es que, según manifestación de Olózaga, presidente de la Comisión, hubo en ella momentos en que la unión estuvo á pique de naufragar; contando aquel ilustre orador el caso de un filósofo á quien encargaron el epitafio de un ciudadano que fué en vida notable por su virtud, y escribió lo siguiente: *Aquí yace uno que tuvo la fortuna de morir un día antes de pecar.* «Yo temí—declaró Olózaga—que el último día mereciésemos anticipadamente ese epitafio.»

y hasta sacóse á relucir la conducta política personal de los individuos del Ministerio, de la Comisión respectiva y de la mayoría, pues la ocasión ofrecía campo adecuado á las disquisiciones de este linaje.

Comenzóse por discutir la totalidad del proyecto, rompiendo la primera lanza en contra Sánchez Ruano, republicano unitario, joven de fácil palabra y de fundada ilustración, pero neófito en las lides parlamentarias; así es que pronunció un discurso de alto vuelo, de ingenua oposición, sin malicia y, por lo tanto, sin resultado práctico. Terminó diciendo que, en vista del espíritu reaccionario que informaba la Constitución, debía el país erigir una estatua al Gobierno, poniendo en el pedestal la siguiente inscripción: «A los eminentes reconstructores del doctrinarismo en la España de 1869, la reacción agradecida.»

Figueras pronunció un discurso de tonos mesurados, pero de franca oposición republicana, y Castelar (1) tomó la palabra para fustigar al Gobierno, por el espíritu reaccionario que había inspirado al proyecto de Constitución, y por la situación anómala en que había puesto á la mayoría de la Cámara, haciéndola declararse monárquica sin tener persona en quien pudiera encarnar sus ideas.

«Y la confusión es mayor—exclamaba,—conforme nos acercamos á la cúspide de la cuestión. El señor ministro de Marina (*Topete*) dice una fórmula que es muy trascendental: *Antes Montpensier que la República*; y el señor ministro de la Gobernación (Sagasta), si no en este sitio, en otro, que es su verdadera tribuna, en *La Iberia* (2), dice: *Antes la República que Montpensier*. Y ¡cosa grave, caso extraordinario! Como quiera que D. Fernando de Coburgo no quiere la corona de España, que tantos le ofrecen, nosotros vamos á tener que abrir nuestras filas, después de habernos visto por espacio de siete meses

(1) 7 Abril.

(2) Periódico dirigido por Sagasta.

impíamente combatidos por el señor ministro de la Gobernación, vamos á tener la dicha de contarle entre nuestros correligionarios.»

Hizo la historia del partido *progresista*, que podríamos llamar *monárquico liberal*, y tuvo para él frases de censura, quizá un tanto apasionadas, olvidando lo mucho que aquellos hombres habían hecho por la libertad en el reinado de Isabel II; y refiriéndose al caso concreto de andar buscando Rey sin encontrarle, decía:

«¿Qué ha sucedido ahora? ¿Qué ha sucedido ayer, señores diputados? Vergüenza da decirlo. Un Coburgo ha dado un bofetón en la mejilla á la nación española. ¡Despreciar la corona de España! ¿Quién se la ha ofrecido? ¿Por qué no se pone un telegrama diciendo: qué tiene V. M. que despreciar una corona que nadie le ha ofrecido? España tiene una corona demasiado grande para una cabeza tan chica. Nosotros somos la nación que engarzó el mar como una esmeralda en sus sandalias y el sol como un diamante en su corona (1).

»En vez de andar por el mundo buscando un amo, y un amo al cual nosotros tenemos que pagarle, busquemos todos aquí, de buena fe, de completa buena fe, lo que todos debemos buscar: la libertad, la prosperidad de la patria, la condenación de todos los desórdenes que puedan enflaquecernos, la energía suficiente para hacer comprender al pueblo, al mismo tiempo que sus derechos, sus deberes; y entonces no necesitaremos de ningún amo que nos guarde nuestra patria, que hartamente sabe

(1) Lo de la renuncia de D. Fernando de Coburgo era cierto. El 17 de Abril, dijo Lorenzana, ministro de Estado, que aquel señor había escrito una carta al Conde de Alte, representante de Portugal en Madrid, con el encargo de presentarla al Presidente del Poder Ejecutivo. En aquella carta, al mismo tiempo que reiteraba el firme propósito de no aceptar la corona de España, en el caso de que se le ofreciera, daba sus excusas por la ligereza que había cometido. El Gobierno le había hecho, bajo cuerda, la proposición, y el buen hombre lo publicó para darse esta satisfacción ante Europa. Nuestros ministros fueron los que quedaron en ridículo.

guardarse á sí misma la noble nación española. ¡Ah! Por eso decía yo que lo más conservador en estos momentos, lo que más conduce á que todas las fuerzas de la Revolución sean provechosas, á que se salve esta situación, es no malgastar nuestras fuerzas buscando Rey, y aliarnos todos para ver si hay una manera de fundar la libertad y la dignidad de la patria.

.....

»Los *enciclopedistas* murieron creyendo que sus ideas no iban á atravesar la masa de ignorancia del pueblo, y al mismo tiempo, Pío VII iba á Viena, y con las leyes josefinas y el regalismo, le mostraba al Rey de Austria la Revolución francesa antes que apareciera levantándose por el horizonte. Todo lo que sucedió aquí ha sido también previsto por un hombre extraordinario, á quien yo puedo admirar, tanto más, cuanto que jamás he participado de ninguna de sus ideas: hablo del ilustre marqués de Valdegamas (1).

»Pues bien; él decía estas proféticas palabras: Hoy, para los Reyes, todos los caminos conducen á la perdición; unos se pierden por resistir, otros se pierden por ceder; donde el talento ha de ser causa de ruina, allí pone Dios un príncipe sabio, y donde la debilidad ha de ser causa de ruina, allí pone Dios príncipes débiles. Para salvar las viejas instituciones, no hay un hombre eminente en toda Europa; y si le hay, Dios disuelve para él, con su dedo inmortal, un poco de veneno en los aires.

»Más tarde, en otro elocuentísimo discurso decía: El destino de la casa de Borbón era fomentar las revoluciones y morir á sus manos. Y en aquel momento sonó una carcajada; y entonces, volviéndose al banco azul, que ocupaban los Sres. Narváez y Sartorius, les dijo: Ministros de Isabel II, librad, si podéis, á vuestra Reina y á mi Reina, del anatema que pesa sobre su raza. Y entonces se rieron más los ministros; soltaron más la carcajada los progresistas, y ellos no sabían que eran los en-

(1) Donoso Cortés.

cargados de cumplir el anatema, como acaso son hoy los demócratas que se han ido de nuestro lado, los encargados de fundar aquí, quieran ó no quieran, la República.»

Olózaga, que había sido muy querido del pueblo durante los últimos años del reinado de Isabel II, se dedicó á hacer propaganda monárquica, coadyuvando al propósito de Prim, y perdió por esto su popularidad. Castelar contaba el caso del modo siguiente:

«El Sr. Olózaga, el primero, sin ofender á nadie, de nuestros oradores parlamentarios; el Sr. Olózaga, jefe civil del partido progresista, se vió derrotado en casi todos los colegios electorales. Madrid no le quiso; á Barcelona mandó un parte el general Prim pidiendo que le pusieran en candidatura, pues no se habían acordado de su nombre; en Manresa fué vencido por Robert y por Joaristi; en Valencia fué derrotado por Cervera, por Sorní y por Orense; y todos los distritos le arrojaron, siendo necesario que el general Espartero le abriera sus brazos y le condujera por los campos de Logroño.

«Hubo más: el Gobierno provisional llamó al Sr. Olózaga precipitadamente para que viniera aquí á ocupar esa especie de trono oriental que se llama la Presidencia de la Cámara popular. ¿Y qué le sucedió al Sr. Olózaga? Que llegó á Valladolid, y se encontró que otro hombre público (1), con no menos méritos, con no menos historia, con no menos altas cualidades, ocupaba ya ese puesto.»

Analizando los derechos individuales determinados en el proyecto de Constitución, exclamaba:

«Los derechos individuales, ó no son nada ó son algo. Si no son nada, no los defendáis; decid que es un magnífico frontispicio que habéis puesto á vuestra Constitución, pero que dentro no hay nada. Si son algo, si representan algo, si significan algo, yo tengo derecho á discutir al Rey, á criticar al Rey; yo tengo derecho á fundar una asociación republicana;

(1) D. Nicolás María Rivero.

yo tengo derecho á celebrar todos los días, á todas horas, menos por la noche, según vuestra Constitución, reuniones al aire libre ó en techado, y en esas reuniones yo quiero, yo puedo, yo debo seguir propagando la reforma republicana. ¿Y queréis que el Rey venga tranquilo, cuando el día que éntre por una de esas puertas, otros salgan por otra, y se oiga un grito que estalle como una bomba y que diga: viva la República? Los derechos individuales son incompatibles con la Monarquía. Si vosotros, demócratas, lo sabíais, ¿por qué habéis adoptado la Monarquía? Si vosotros, conservadores, lo sabéis, ¿por qué aceptáis los derechos individuales? La verdad es que aquí hay algo secreto; la verdad es que esa Constitución la habéis hecho todos con el propósito de violarla todos.»

Habló extensamente sobre el tema de la separación de la Iglesia y el Estado, haciendo á grandes rasgos la historia de la influencia del catolicismo en España, al que dirigió acervos y atrevidos ataques.

Le contestó Moret con un notable discurso, que causó grata impresión en todos por la elocuencia que descubría y por la cordura que revelaba en el joven orador. Confesó que la Comisión había llamado á los prelados de la Cámara para conocer su opinión, considerando que representaban una vasta asociación que tenía grande y poderosa influencia en la vida social.

Dejó traslucir, sin declararlo abiertamente, sus simpatías por el servicio militar obligatorio.

«Cuando se trata—decía— de constituirse como pueblo libre, es necesario, antes que todo, hacer comprender al pueblo y enseñarle que el hombre ha de ser varonil, que no tiene la libertad sin sacrificio, que si tenemos Gobierno representativo, es porque una generación entera derramó su sangre y sacrificó su fortuna en las provincias del Norte; y es preciso hacerle comprender también, que en una revolución que arrojó una dinastía, es preciso pagar los empréstitos, sacar contribu-

ciones y tener soldados para conservar el orden y mantener la libertad. Desde el instante en que pongáis en práctica la doctrina de que el ejército simplemente se ha de mantener de voluntarios, habéis sentado un principio, el más peligroso, habéis creado un ejército al servicio de las clases acomodadas. ¡Ay, señores, de la libertad, y ay de vosotros!, porque habréis enseñado que la fuerza armada está á disposición del que la paga.

Si la quinta os ofende, como á mí, quitad la desigualdad, creando un ejército completo y reduciendo el número del ejército permanente; veamos el modo de garantizar la seguridad y la libertad con un ejército nacional.»

Dijo que la Constitución era una transacción entre los conservadores y los demócratas; aquéllos habían cedido los derechos individuales y éstos la Monarquía. ¿Qué importa la forma de Gobierno?, exclamaba. «Arrojad fuera de la Constitución á las clases conservadoras, y veréis qué pronto se levanta su protesta, y cuán pronto también cae muerta la Constitución; arrojad de ella á las clases populares, y veréis cómo protestan, y cuán pronto muere la Constitución. No hagáis siquiera esto: exclud nada más que un elemento cualquiera, por ejemplo, las condiciones religiosas de un pueblo, ó sus condiciones científicas, ó sus condiciones económicas, y veréis cuán pronto es derribada la Constitución. Es preciso, señores, que en ella exista todo lo esencial, y nada más que lo esencial, para que puedan gobernar con ella todos, para que no haya nadie que deje de aceptarla.»

Esto no pasaba de ser un buen deseo de D. Segismundo, porque ni la aceptaban los republicanos ni los conservadores, como el mismo día (1) manifestó D. Antonio Cánovas del Castillo.

El discurso de éste fué un modelo de habilidad y de oratoria parlamentaria; no quería aparecer como reaccionario, pero

(1) 8 Abril.

sí atacar al Gobierno en el concepto, exagerado, á su juicio, que había formado de los derechos individuales, respetando el régimen monárquico que se consignaba en la Constitución, al que se adhirió francamente.

Recordó que dos años antes había censurado desde los bancos de la izquierda al partido moderado, por sus tendencias autoritarias, prediciendo los acontecimientos que se sucedieron después.

Emitió opiniones muy sensatas. «Una Constitución—decía—es, y no puede menos de ser, una obra de composición y de combinación producida por lo que se llama el arte del Estado. Por debajo de la ciencia, por debajo del espíritu general, por debajo de las aspiraciones, no bien definidas, de toda sociedad moderna, por debajo de las ideas primordiales y esenciales de las sociedades todas, por debajo, en fin, de la ciencia política, hay un arte, como, por lo común, lo hay debajo de toda ciencia. Hay siempre que aplicar los principios más ciertos en la medida, en la reforma, en los intereses que las necesidades, que las preocupaciones mismas de un país exigen. Esto es muy otra cosa que la ciencia política, esto es lo que se llama el arte del Estado.»

Combatió el sufragio universal, y se declaró partidario de la unidad religiosa, pero sin intransigencias, declarando que «el tiempo de toda presión material había pasado para siempre». En el último párrafo de su discurso hubo de manifestar que él, por encima de todo, había sido, era y no podía dejar de ser liberal.

Este discurso tiene gran importancia, porque en él se define el criterio político de Cánovas en aquella época, criterio que se ajusta perfectamente al sistema de gobierno que desarrolló cuando fué presidente del Consejo de Ministros en tiempo de Alfonso XII.

Resquemores.—Manterola y Castelar.—Un tropiezo de D. Manuel Becerra.—El obispo Monescillo.

Los hombres políticos de ideas más afines suelen ser, á veces, los que se tratan con más desconsideración. Había dicho Cánovas que el proyecto de Constitución «desprestigiaba altas instituciones que había que respetar, y que elevarle á ley era elevar á ley la anarquía». Llamó al proyecto «obra infeliz», y esta frase, junta con las anteriores, molestó á Ríos y Rosas, que era de suyo suspicaz; así es que, en cuanto encontró ocasión, dirigió una puyita á su antiguo correligionario, quien á su vez se dió por ofendido, pidiendo, con exquisita delicadeza, una explicación de las frases pronunciadas por Ríos y Rosas. Este aclaró el concepto de lo que había dicho; Cánovas hizo lo propio con el alcance de cuanto había manifestado, y el incidente se solucionó á satisfacción de ambos, sin ulteriores consecuencias. Cosas más graves habían dicho Figueras y Castelar á los señores de la Comisión, y éstos no se dieron por resentidos; pero las apreciaciones de Cánovas habían hecho mella en el ánimo de los antiguos *unionistas*, compañeros antes del que ahora les recriminaba.

*
* *

Un verdadero pugilato intelectual sostuvieron (1) Manterola y Castelar al discutir la cuestión religiosa. Era el presbítero Manterola hombre de fácil y correcta palabra, de vasta ilustración y de claro talento; hablaba con naturalidad y sencillez, huyendo de los tonos melodramáticos; ayudado por su buena memoria, citaba fechas y nombres sin titubear; acudía á las figuras retóricas, á las imágenes, á las metáforas, en contadas ocasiones; y no se dejaba dominar por la vehemencia,

(1) 12 Abril.

sino en aquellos párrafos que producían seguramente impresión en el auditorio.

Castelar era todo acometividad y valentía, creciéndose ante la impasible serenidad de su adversario. Uno y otro acudieron á la Historia, á la Teología, á la Metafísica, buscando, con instinto de erudito polemista, argumentos ingeniosos para atacar ó defenderse; de suerte que, si quisiésemos citar los párrafos más notables de ambos discursos, fuera preciso transcribir los discursos íntegros. La expectación de la Cámara era grande, los diputados y el público de las tribunas guardaban un religioso silencio; los dos oradores conmovían con sus arranques; solamente los señores de la Comisión permanecían indecisos sin saber á qué carta quedarse.

Tuvo Manterola en su discurso momentos de fino humorismo. Citaremos uno que fué muy comentado.

«El Sr. Castelar nos dijo haber estado en Roma, y yo, francamente, señores, creo que el Sr. Castelar nunca ha estado en Roma.»

«El año pasado por ahora» —interrumpió el aludido.

«Digo, Sr. Castelar—añadió Manterola,—y lo digo con profundo respeto y hasta con cariñosa expresión...

«Ruego á S. S.—exclamó el Presidente (1)—que se dirija á la Cámara.

«Digo, pues, á la Cámara, que no creo yo que el Sr. Castelar haya estado nunca en Roma. El Sr. Castelar fué á Roma: el Sr. Castelar debió dormir en Roma, porque se duerme en todas partes, y es necesario dormir; y el Sr. Castelar ha vuelto de Roma á España sin haber estado en Roma. La inteligencia fecunda del Sr. Castelar, la imaginación brillante del Sr. Castelar, el corazón generoso del Sr. Castelar, nunca han estado en Roma; al decirlo, honro cual se merece el Sr. Castelar. Estuvo en Roma, ¿y qué vió en la ciudad de los milagros?

(1) Rivero.

Un convento de frailes y un cuerpo de guardia. ¡Y diréis que el Sr. Castelar ha estado en Roma!

»El Sr. Castelar estuvo en Roma. ¿Cuáles fueron las ideas que cruzaron por la frente del Sr. Castelar, cuáles los sentimientos que embargaron el corazón sublime y generoso del Sr. Castelar? No vió, señores, más que los dioses caídos y las ideas muertas.»

«Sí—contestó Castelar en su rectificación;—he estado en Roma, he visto sus ruinas, he contemplado sus 300 cúpulas, he asistido á las ceremonias de la Semana Santa, he mirado las grandes Sibilas de Miguel Angel, que parecen repetir, no ya bendiciones, sino eternas maldiciones sobre aquella ciudad; he visto la puesta del sol tras la basílica de San Pedro; me he arrobado en el éxtasis que inspiran las artes con su eterna irradiación; he querido encontrar en sus cenizas un átomo de fe religiosa, y sólo he encontrado el desengaño y la duda.»

La rectificación de Castelar fué uno de los discursos más inspirados que pronunció en el Parlamento, mereciéndole frenéticos y prolongados aplausos.

Lo avanzado de la hora hizo que el Presidente levantase la sesión al pronunciar Castelar las últimas palabras de su discurso, y con este motivo muchos diputados rodearon el escaño donde se hallaba el orador, y le prodigaron durante largo rato calurosas demostraciones de felicitación.

*
* *

No tenía D. Manuel Becerra lo que pudiéramos llamar picardía parlamentaria, y á veces se le escapaban ingenuamente palabras que causaban, sin necesidad ni objeto, una mortificación personal.

«Cuando nosotros—decía una vez (1)—estábamos emigrados, cuando habíamos dejado el seno de la patria, abandonan-

(1) 13 Abril.

E. M.—*Mayo 1911.*

do las personas más queridas y nuestros intereses, había algunos de los que hoy se sientan entre nosotros (1) que felicitaban á Isabel II. Y no lo digo esto ahora por haceros un cargo.

Varios diputados.—Que los cite.

Becerra.—¿Queréis que cite nombres? ¿Lo exigís?

Varios diputados de la minoría.—Sí, sí.

Otros diputados de la mayoría.—No, no.

Becerra.—Pues no tendré más que leer algunos documentos que tengo á la vista.

Voces.—No, no.

Becerra.—He dicho y repito que tengo documentos á la vista que justifican mi aserción; pero no os digo eso por dirigiros un cargo, una censura, no. Lo digo por sentar los hechos, para que se sepa que mientras el Sr. General Pierrad, con un grupo de hombres pasaba la frontera, por defender la libertad; que mientras el General Contreras hacía lo mismo; que mientras mi amigo el Sr. D. Luis Blanc iba atado por las calles de Madrid como si fuera un malhechor, también por causa de la libertad; que mientras los Sres. Sorní y Castelar se hallaban el primero preso, y el segundo, emigrado, al par que sentenciado á muerte, había algunos de los que hoy se sientan en los bancos de enfrente que felicitaban á Isabel II.

Varios Diputados de la minoría: Que los nombre.

Becerra.—Buscad vosotros los nombres de las personas á quienes me refiero, que vosotros tenéis obligación de saberlos.

Y comprendiendo el orador que el incidente podría perjudicar á algunos individuos de la mayoría y aun del mismo Gobierno, viró en redondo y pasó á hablar de otro asunto.

A la revolución habían contribuído eficazmente, con su espíritu y con sus personas, los hombres del partido llamado de la *Unión liberal*, incluso el presidente del Ministerio, don Francisco Serrano, que había puesto su espada al servicio de

(1) Los republicanos.

la Reina en las calles de Madrid, dos años antes, contra los sublevados que capitaneaba el General Pierrad; así es, que la alusión de Becerra se convertía en arma de dos filos: uno que hería á los contrarios y otro á sus compañeros de comisión.

Aunque Becerra se había referido en su censura al levantamiento del 22 de Junio de 1866, Figueras quiso limpiarse de toda mancha de monarquismo, y trajo á colación un caso de 1852.

«En aquel tiempo—dijo,—un desdichado (1) atentó contra la vida de D.^a Isabel de Borbón, entonces D.^a Isabel II, y yo, como diputado, envié una comunicación al presidente del Congreso, felicitándole de que no hubiera caído D.^a Isabel de Borbón bajo el puñal del asesino. De esto no me justifico yo; me aplaudo: no he tenido nunca la misión, y advierto que no hay en esto sentimentalismo, de alegrarme de que se asesine á los reyes: he tenido, sí, la misión de alegrarme de que se derriben monarquías y de contribuir á ello todo cuanto me sea posible.»

Figueras era un revolucionario algo romántico, á estilo de Lamartine, y esto le honra.

La alusión de Becerra se dirigía contra D. Eduardo Benot; pero éste demostró (2) que el documento que se le había atribuido de adhesión á la reina Isabel en 1867 era apócrifo.

El incidente promovido por Becerra no pasó á mayores, porque todos tenían interés en echar tierra al asunto; pero la cosa pudo proporcionar un disgusto á los individuos del Gobierno.

*
* *

El obispo Monescillo era un santo varón, que, sin arrogancia ni desplantes oratorios, consiguió repetidas veces conmover el sentimiento de la Cámara defendiendo la unidad católica.

(1) El cura Merino.

(2) En 14 de Abril.

«La libertad de cultos y la de enseñanza—decía,—¿no os asustan? Ved por qué considero ésta peligrosísima y esencialmente mala. ¿Por ventura, hay alguno de vosotros que en materia de enseñanza aceptara de corazón que se enseñase el error y el mal, y que se mostraran imágenes impúdicas á la vista de todos? No, ninguno de vosotros.

»Sé que hasta cierto punto y en alguna manera está previsto esto en el artículo mismo de la Constitución, cuando se dice que no habrá más limitaciones que aquellas que prescriben las reglas universales de la moral y del derecho. Y bien, señores: la moral universal es una palabra magnífica, grande, y que si me atreviera la llamaría de una severidad majestuosa; porque veo la moral universal en todas partes, es decir, que nos obliga á todos, que penetra en lo íntimo de las fibras de nuestro corazón, que está en la rectitud de nuestros entendimientos, que está señalándonos el camino por donde debemos ir, como si dijéramos, la moral universal es la que todo lo rige y gobierna.

»Y pregunto yo: ¿quién declara qué es la moral universal, hasta dónde llega y á cuánto obliga? Permitidme que recuerde un hecho ocurrido entre nosotros, un hecho que anteayer ha pasado en esta Cámara (1).

»Recordáis que dos amigos míos, muy queridos, los señores Ríos Rosas y Cánovas, no entendieron, el uno respecto del otro, ciertas palabras que explicaron como caballeros y cristianos, y hubo un diálogo que duró algunos minutos. ¿En qué consistía que el Sr. Ríos Rosas y el Sr. Cánovas, siendo hombres de tan privilegiado talento, que tienen tan buen juicio y sana intención, y que querían entenderse, no acertaban, sin embargo, á comprenderse? Señores, es que no comprendieron el uno respecto del otro el límite de esa moral, es que no pudieron aplicar esa moral. Se trataba de dos personas que tenían un interés particular en entenderse y no pudieron comprender,

(1) Monescillo hablaba en 14 de abril.

hasta después de grandes explicaciones, cuál era la moral y la regla que debían seguir en aquella determinada circunstancia.»

«Por este sistema estaréis creando el derecho á cada instante, y cada uno creará su derecho (permítaseme lo familiar de la frase) para uso particular: Por manera que no podemos dejar este criterio del derecho y de la moral universal; no podemos dejar la limitación de los derechos del hombre y esa idea vaga del derecho: es necesario que preexista la idea de la justicia; es necesario que haya un punto inamovible con el cual se conformen todas las acciones humanas. ¿Para qué apelar á la moral universal teniendo la moral católica? ¿Qué necesidad tenemos de andar como peregrinos buscando lo que no hemos de encontrar, cuando tenemos en casa la moral positiva, la que forma nuestra vida, la que nos hace hermanos?»

Censuró la expulsión de los jesuítas, la reducción de conventos y la suspensión del pago de los seminarios conciliares.

Tuvo también un golpe humorístico casi al final de su discurso.

«Y yo que no tengo miedo—dijo—á la palabra reacción ¿por qué he de creer que vosotros le tenéis? Pues que, ¿no puede haber una reacción de libertad contra una tiranía? Y en este caso, ¿renegaríais de la reacción? La sociedad está enferma y perturbada, y para recobrar la salud debe rehacerse. Cuando el médico visita al enfermo no dice al mal: ¡avanza, avanza, avanza!, sino que para consolar al enfermo, le dice: ya vendrá la reacción.

La frase hizo reír, pero produjo sensación en la Cámara.

En resumen: el discurso de Monescillo, sin alardes de erudición ni atrevimientos, resultaba inferior al de Manterola, y, sin embargo, rodeó á su autor de un plácido ambiente de simpatía.

Montero Ríos hizo un buen resumen del debate, y quedó terminada la discusión de la totalidad del proyecto de Constitución, el 14 de Abril, á las seis y media de su tarde.

El preámbulo de la Constitución.—Cuba.—D. Cruz Ochoa.—Las ideas conservadoras de Romero Robledo.

El 15 de Abril comenzó la discusión por artículos del proyecto de Constitución, siendo Palanca el primero que habló en aquel debate. Dijo que el preámbulo de una Constitución, si las Constituciones debían tener preámbulos, tenía que ser la exposición de los fines que aquélla se proponía; pero exposición breve y sumaria, sin descender á detalles; que así lo había hecho la Comisión, con buen acierto, redactando un preámbulo tan semejante al de la Constitución de los Estados Unidos, que parecía traducido de aquél.

Como las indicaciones que hiciera Palanca se referían puramente á la forma, Moret, en nombre de la Comisión, las aceptó, quedando redactado el preámbulo con algunas modificaciones que no afectaban al fondo.

Decía el artículo primero del proyecto:

«Son españoles: todas las personas nacidas en los dominios de España»; y Jimeno Agiús pidió que se substituyese la última frase con la de *territorio español*, pues aquélla no guardaba armonía con las ideas de la Revolución. «Nosotros no vemos—decía—en los habitantes de aquellas apartadas regiones (*las provincias de Ultramar*) pueblos conquistados, sino pueblos hermanos; nosotros no somos sus señores, sino simplemente sus conciudadanos, lo cual nos honra también mucho más, seguramente.»

La Comisión aceptó la enmienda; pero el diputado Cecilio Ramón Soriano pidió más: pidió que después de la palabra «España» se añadieran las siguientes: «sin distinción de raza, ni color».

«La enmienda—decía Soriano—no se refiere á los esclavos que no tienen personalidad; luego que se discuta la abolición de la esclavitud, veremos hasta dónde se extienden los derechos políticos y civiles de los libertos. La enmienda se refiere

á los *hombres libres*, á los que nazcan de *madre libre*; pero tén-gase entendido que en Cuba hay una gran masa de población de color, que tiene, como decían los generales Dulce y Serrano, la noble aspiración de elevarse y considerarse como españoles, y no debemos volverles las espaldas en estos momentos.

»En esa gran clase hay hombres de mucha inteligencia, como *Plácido*; de grandes virtudes, como el *Padre Jiménez*; tienen influencia en los de su clase, y si los rechazáramos se irían á nuestros enemigos, *que los llaman*, diciéndoles que nada tienen que esperar de España, cuando, después de seis meses, ni una frase se ha dicho allí en favor de su raza maldita.

»En las Antillas hay que hacer *información de limpieza* de sangre para cualquier carrera, y aun para entrar en los Institutos. Esto da lugar á la humillación del que pide á los amigos que *juren que en su familia no ha habido negros*, y da lugar también al perjurio de los que juran en contra de la verdad.

»La enmienda tiende á quitar esa barrera. Si no se toma en consideración, si no tendemos una mano amiga á la clase libre de color en Cuba, que sigue paso á paso nuestra Revolución, se echará en brazos de los revolucionarios, que día tras día los llaman, recordándoles su triste situación, y ofreciéndoles completa igualdad en ellos, y, por consiguiente, una nacionalidad de que carecen hoy.»

Abundando en las mismas ideas, Fernando Garrido pidió que la palabra *personas* del artículo primero citado se cambiase en *individuos*, variación que traía envuelta la abolición de la esclavitud, pues los esclavos, jurídicamente considerados, no son personas, sino cosas.

La Comisión no quiso aceptar la enmienda, por la gravedad que en el fondo contenía, y contestó Moret, manifestando que la cuestión de la abolición de la esclavitud se dejaba para cuando vinieran á las Cortes los diputados de Cuba y Puerto Rico.

—Pero ¿quiénes vendrán?—contestó Garrido;—los dueños de los esclavos; no vendrán los negros. Nosotros no podemos aguardar á eso, sino que debemos seguir el ejemplo de Francia, en 1848, que emancipó á los esclavos de la Martinica y de Guadalupe.

Picado Moret por algunas reticencias que empleó Garrido hábilmente en su discurso, exclamó con valentía:

—Vendrán los diputados (*de Ultramar*); podrán venir sólo los representantes de las ideas esclavistas; podrán venir sólo dueños de negros; lo que importa es que vengan, y cuando ellos sostengan la esclavitud, no importa que no vengan representantes cubanos de la idea liberal, que sí vendrán; para contestarles estarán aquí los individuos de la mayoría, estarán aquí los individuos de la minoría, estará aquí mi humilde palabra, que, aunque humilde, será grande y generosa cuando trate de atacar la esclavitud y de defender la libertad del hombre.

La abolición de la esclavitud en Cuba era una cuestión de gran trascendencia que necesitaba sosegado estudio; pero la Revolución debió abordarla desde los primeros momentos, y dedicar atención preferente á los asuntos de Cuba y Puerto Rico. Por las palabras de Moret se vislumbra que el Gobierno revolucionario tenía reparo, como lo tuvieron los ministros de Isabel II, de introducir reformas en las Antillas.

Más sobre Cuba.

El diputado D. Pedro Antonio Alarcón llamó la atención sobre el estado de la insurrección de Cuba, indicando la conveniencia de reforzar la escuadra que existía en la isla para impedir la entrada de socorros que una nación próxima (1) enviaba frecuentemente á los insurrectos.

Topete (2) contestó que el Ministerio estaba prevenido; que desde que se formó el Gobierno provisional se habían enviado

(1) Los Estados Unidos.

(2) Ministro de Marina.

á Cuba nueve buques de guerra, sobre los veintiuno que allí había; pero que, por falta de tripulación, no se podían enviar más, y que para solucionar esta cuestión, en expectativa de lo que pudiera ocurrir, iba á ser preciso hacer una convocatoria de 5 ó 6.000 hombres de marinería.

Topete lo quiso disimular, pero dejó entrever el temor del Gobierno á que la insurrección de Cuba, protegida por los Estados Unidos, tomase grandes proporciones, como sucedió.

Aquella misma tarde (1), el citado Alarcón, D. Enrique O'Donnell, Romero Robledo, D. Augusto Ulloa y el General López Domínguez, presentaron una proposición, fundada en las palabras que había pronunciado Topete, autorizando al ministro de Marina para hacer la convocatoria de marinería que, con arreglo á las leyes, considerase necesaria. La forma incorrecta que se buscó para arrancar por sorpresa á la Cámara una autorización, produjo la natural irascibilidad de los republicanos, quienes, por boca de Orense, de Fernando Garrido y de García López, sostuvieron una empeñada oposición contra la llamada proposición incidental. Alarcón, López Domínguez y el Marqués de Sardoal hicieron supremos esfuerzos por defender al Gobierno, consiguiendo, finalmente, una votación favorable, no sin que Serrano dejara de terciar en el debate, pronunciando un discurso improvisado de mucha oportunidad.

Resumen: la cuestión de Cuba fué un grano que le había salido al Gobierno.

* * *

Cruz Ochoa era un diputado tradicionalista que, por su desenfado, logró hacerse célebre en aquellos días, dentro y fuera de la Cámara. Discutióse el artículo 6.º del proyecto de Constitución, por el cual ningún español podía ser compelido á mudar de domicilio ó de residencia sino en virtud de sentencia ejecutoria, y Ochoa pidió la palabra para apoyarle,

(1) 17 de Abril.

diciendo, de camino, cuatro frescas á los diputados de la mayoría. Aunque resentido de salud, iba aquella tarde dispuesto á promover algún incidente ruidoso, como lo consiguió en el primer párrafo de su discurso, dejando escapar la frase de que «aquí se están representando dos comedias indignas». No había acabado de pronunciarlas, cuando se levantó de pronto un rumor de protesta en el salón; el Presidente (1) agitó la campanilla, pidiendo al diputado que explicase sus palabras, y Prim suplicó al Presidente que permitiera al orador concluir la frase. Al ver Ochoa que la Asamblea unánime se le venía encima y que Prim pretendía recoger el reto, retiró las palabras, pronunciadas en *el calor de la peroración*, y que habían desencadenado una tormenta en la Cámara.

D. Cruz se declaró abiertamente carlista, diciendo: «Yo soy carlista, y lo he sido siempre, y pienso serlo en lo sucesivo, y Don Carlos VII de Borbón y de Este, á quien... no quiero hablar de este punto.» Y no se atrevió á terminar la frase, á pesar de que muchos diputados gritaron desde sus escaños: «Que hable, que hable.» Luego añadió: «Siendo carlista, creo que no soy absolutista, sino liberal, verdadero liberal.» Estas palabras fueron acogidas con risas y murmullos. «Liberal—prosiguió diciendo,—verdadero liberal, que quiere la libertad para el bien y para la verdad, sin limitación de ninguna clase, y la represión completa para el mal y para el error, también sin limitación de ninguna clase.»

A Prim le disgustaron lo que podríamos llamar espontaneidades de Ochoa, y en un discurso cortito, pero lleno de energía, intercaló los párrafos siguientes:

«Los carlistas, cuando les conviene, se escudan con la libertad, acogiéndose á las inmunidades de la prensa y la tribuna, para atacar y hacer todo el daño que pueden á esta misma libertad que les protege. ¿Sabe el Sr. Ochoa cuál era mi opinión cuando empezó la Revolución? Lo digo aquí como diputa-

(1) Moncasi, á la sazón.

do, no como ministro, por más que no parezca propio de un hombre de Estado; pues mi opinión era que no se hubiera dejado hablar una palabra á los carlistas hasta que el país se hubiera constituido, hasta que hubiéramos tenido una legalidad común. Y tanto es un abuso de la libertad lo que hacen esos señores; que yo no sé hasta qué punto tiene derecho un diputado para venir aquí diciendo que es diputado carlista y hablando de Carlos VII, olvidando que fué condenado y proscrito por una ley del reino.

»Cuando haya una legalidad común, entonces será cuando se les permita expresar sus ideas, cualesquiera que ellas sean, y los diputados, en uso de su inmunidad, podrán decir que son diputados carlistas.»

Ochoa contestó que estaba en el Congreso como diputado carlista, con el mismo derecho que los que proclamaban las candidaturas del duque de Montpensier, de D. Fernando de Coburgo ó del duque de Aosta. «Los carlistas—añadió—pueden hacer lo que habéis hecho vosotros el 22 de Junio de 1866, y no sé qué día de Enero (1) del mismo año.»

«Decía el señor ministro de Fomento (2) que los carlistas fueron los inspiradores de la política que Doña Isabel de Borbón siguió con los liberales. Más ha dicho S. S.: que son los que persiguieron á los liberales. Yo no lo sé; pero me parece que en ese caso puede quejarse también de los individuos que están á su espalda (3), con quienes hoy vive en dulce consorcio, y con quienes aquellos carlistas, cuya persecución yo deploro y detesto, habían también vivido en otro tiempo.»

Molestado Ochoa por la contestación enérgica que le había dado Prim, quiso devolverle el palmetazo, y contó, en el discurso de rectificaciones, que el General Ortega, al tiempo de

(1) El 2. Se sublevó Prim con los húsares de Calatrava y Bailén.

(2) Ruiz Zorrilla.

(3) Los antiguos amigos del General O'Donnell.

morir (1), dijo que con él había comprometidas once fajas del ejército, y—añadió por su cuenta—«sé que amigos de la situación actual podrían dar mejor cuenta que los carlistas de la conspiración que abortó en San Carlos de la Rápita.»

Prim protestó del aserto; negó resueltamente, no sólo que se hallasen comprometidos Generales en aquella sublevación, sino que Ortega lo refriese en sus últimos momentos, y terminó diciendo á Ochoa que estaba equivocado. Este contestó que lo había leído en los periódicos, y dió sus excusas al ministro de la Guerra. *Et rien de plus.*

* * *

Romero Robledo se presentó desde los primeros momentos con tendencias conservadoras, porque en 21 de Abril ya hizo declaraciones contra el sufragio universal.

«Yo quiero dar la voz de alerta á la mayoría; yo quisiera prevenirla contra una residencia á que se ha querido impulsar á esta Asamblea; se quieren suprimir las quintas; se quiere suprimir todo género de impuestos indirectos y que todo caiga sobre el propietario. En resumen, aquí no quedaría más que una clase privilegiada. Yo no me atrevería á usar la frase, y por eso la voy á tomar de un escritor que lleva la bandera del partido radical individualista, de Laboulaye. ¿Os parece bien? Pues ese asienta que eso es crear el privilegio de la miseria.

»No me espanta oír llamarme reaccionario; soy reaccionario con Stuart Mill, con Ahrens, con Laboulaye, Tocqueville y Jefferson, cuya autoridad no he citado hasta ahora, el apóstol de la democracia, con ese que dice que es preciso prevenirse contra las usurpaciones y la tiranía de la mayoría de los Estados Unidos. Tocqueville dice que el pueblo donde hay menos

(1) Se había sublevado en San Carlos de la Rápita, el año 1859, para proclamar al pretendiente D. Carlos, mientras el Ejército combatía en Africa.

garantía para el ciudadano es los Estados Unidos. La razón es muy sencilla. Se comete una injusticia con un individuo ó con un partido: ¿á quién se apela? A la opinión. La forma la mayoría. ¿Al poder legislativo? Obedece á la mayoría. ¿Al poder ejecutivo? Es instrumento pasivo de la mayoría. ¿A la fuerza pública? La forma la mayoría. ¿Al Jurado? Lo elige la mayoría. No, no; yo quiero, en vez de esa mayoría tiránica, sin responsabilidad ni freno, el derecho del Estado, la justicia en todas partes, la protección de todas las opiniones, la defensa de los menos, la libertad para todos.»

Cánovas del Castillo, que estaba presente, oiría con gusto estas manifestaciones espontáneas de Romero Robledo, y quizá concibiese entonces el proyecto de contar en su día, para formar un partido político conservador, con la actividad, el talento y la agudeza de aquel joven revolucionario.

Durante el debate, tuvo Romero Robledo una cogida, de la que no pudo reponerse á pesar de su ingenio y de su gran facilidad de palabra.

Al ver que atacaba al sufragio universal, díjole Romero Girón que desde el día 3 de Octubre del año anterior había cambiado de parecer, pues con la fecha indicada había aparecido en la *Gaceta* una alocución á los españoles, documento solemne que terminaba dando, entre otros, *un viva al sufragio universal*; y como al pie figurase la firma de Romero Robledo, unida á las de los demás señores de la Junta revolucionaria, era evidente que en aquellos momentos aceptaba y proclamaba como una de las conquistas del alzamiento el sufragio universal.

Contestó Romero que el día 3 de Octubre, en que se publicaba la manifestación sacada á luz, no estaba él en Madrid, sino que había ido á Córdoba con otros individuos de la Junta á recibir al general Serrano; que había un acuerdo para que todos los actos de aquélla apareciesen con la firma de los individuos que en junto la componían, y que por eso apareció su nombre en la *Gaceta*. «Sin embargo—dijo,—yo lo acepto; de

ninguna manera lo rechazo. Sí, es verdad que yo he aceptado el sufragio universal, y creo que todavía lo estoy defendiendo; pero no lo acepto tal como lo propone la comisión.»

Esto era una contestación para salir del paso; el sufragio universal no podía ser de otra manera, siendo universal, mientras no se convirtiera en restringido.

En la rectificación, queriendo presentar un argumento contra el sufragio universal, le salió en favor de las *sufragistas*. Veamos:

«Yo he dicho: si el derecho (*al sufragio*) es natural, no se puede privar de él á la mujer. Y la comisión dice: siendo natural, se puede privar de él á la mujer, porque el fin de la mujer no es gobernar.

»¿Y por qué ha de considerarla el Sr. Romero Girón adherida al hombre sólo como esposa? Pues si hay muchas que no se casan, que tienen sus derechos, que contribuyen como los hombres á levantar las cargas del Tesoro pagando contribuciones, ¿no les ha de interesar la gobernación del país, cuando además tienen el derecho innegable, absoluto, tan sagrado como el del hombre, si se toma en la raíz de la naturaleza humana? ¿Es posible que tenga menos independencia y menos libertad una mujer que un pordiosero, y cuando esa mujer puede ser cabeza de familia, y aunque no lo sea?»

Romero había dicho, al principio de su discurso, que el sufragio universal no debía incluirse entre los derechos individuales ó naturales.

Causó no poca extrañeza que un individuo de la mayoría usase la palabra contra el dictámen de la Comisión, y más la causó todavía ver que al votarse el art. 16, objeto del debate, Romero se pusiese con Cánovas del Castillo, Alvarez Bugallal y Elduayen, al lado de los 14 que dijeron *no*.

El Patriarca de las Indias.—La cuestión religiosa.

A grandes rasgos, pero con perfecto conocimiento del asunto, hizo Rojo Arias (1) la historia de la jurisdicción exenta de la Capilla Real, y abogó por que fuera suprimida, dando al que la desempeñaba con el título de Patriarca de las Indias, D. Tomás Iglesias y Barcones, el arzobispado de Santiago de Cuba, vacante á la sazón, y con el mismo haber de 7.500 duros; con lo que resultaba una economía para el presupuesto de la nación, y se separaba del cargo á una persona que, salvo todos los respetos, se hallaba en abierta oposición con el Gobierno, desobedeciendo sus disposiciones.

El ministro de Gracia y Justicia (2) defendió al Patriarca de los conceptos que se le imputaban, y como Rojo Arias hubiera dicho que la Junta revolucionaria de Madrid debió haber suprimido el cargo, se aventuró aquél á manifestar que dicha Junta no tenía atribuciones para ello, á lo que contestó el interpelante, que puesto que ella había nombrado el Gobierno de la Nación, de menos importancia era la destitución del Procapellán mayor de Palacio.

Puestas en tela de juicio las atribuciones de la Junta revolucionaria de Madrid, Serrano se dió por resentido, y tras algunos dimes y diretes, leyó, sin duda para poner en claro su derecho, el decreto de la Junta en que le encargaba la formación del Ministerio, y dice así:

«Consumada felizmente la gloriosa Revolución que se inició en Cádiz, y llegado el caso de organizar la Administración pública, esta Junta revolucionaria de Madrid, encomienda al Capitán general de Ejército, D. Francisco Serrano, Duque de la Torre, la formación de un Ministerio provisional, que se encargue de la Gobernación del Estado hasta la reunión de la Cortes Constituyentes. Madrid, 3 Octubre 1868.»

(1) 24 Abril.

(2) Romero Ortiz.

La discusión se iba enredando, por causa del Patriarca de las Indias, cuyo afecto á la familia real caída era bien notorio, cuando Romero Girón presentó una proposición pidiendo á las Cortes declarasen haber sabido con profundo disgusto la conducta subversiva del Procapellán mayor de Palacio, Patriarca de las Indias.

Prim y Serrano, es decir, el ministro de la Guerra y el Presidente del Poder Ejecutivo, combatieron con enérgicas frases la proposición, sobre todo el último, quien manifestó su propósito de renunciar el poder si se aprobaba por la Asamblea.

Esto, que pudiéramos llamar una amenaza, molestó grandemente á los republicanos y al elemento radical de la mayoría, produciendo gran alboroto y confusión. Muchos pretendían hablar; el Presidente agitaba la campanilla, sin conseguir restablecer el orden, y durante algunos minutos quedó suspendida la sesión, abandonando los diputados sus asientos y bajando al hemicycleo en completo desorden.

Romero Girón retiró la proposición presentada, pero los republicanos, capitaneados por Castelar, Figueras y Orense, la reprodujeron en los mismos términos, con la piadosa idea de poner al Gobierno en un compromiso, visto el empeño que mostraba por salvar al Patriarca de las Indias. Gracias que Serrano, quizá por instigaciones de Martos, prometió mandar formar un expediente, á fin de que se averiguase lo que había de cierto en las denuncias contra el Procapellán mayor de Palacio.

Pidió Martos que dentro de quince días se llevase al Congreso el expediente prometido por Serrano, «y para el caso—añadió—de que el Poder Ejecutivo no crea que en ese tiempo pueda dar cuenta á la Asamblea, así como para el de que no satisfaga, en mi humilde opinión, las necesidades de la Revolución, la resolución que adopte en ese expediente, anuncio una interpelación sobre la proposición que nos ocupa».

En vista de esta promesa, y ofreciéndoles garantía la personalidad de Martos, los republicanos retiraron su proposición,

y la cosa quedó en calma. No hubiera defendido con más tesón al Patriarca el Ministerio del Duque de Valencia.

El expediente se formó, y, como siempre, no resultaba nada contra nadie, por lo que quedó la cosa en tal estado.

*
* *

El día 26 de Abril leyó el Marqués de Sardoal, como secretario, los artículos 20 y 21 del proyecto de Constitución, puestos á discusión al mismo tiempo, por haberlo pedido así Moret, ya que en los dos se entrañaba la cuestión religiosa.

El texto de los artículos decía de esta manera: El 20: «La nación se obliga á mantener el culto y los ministros de la religión católica.» El 21: «El ejercicio público ó privado de cualquiera otro culto queda garantido á todos los extranjeros residentes en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y del derecho. Si algunos españoles profesaren otra religión que la católica, es aplicable á los mismos todo lo dispuesto en el párrafo anterior.»

Presentáronse 18 enmiendas, con tendencias diferentes y contrarias, cuya discusión dió lugar á que se pronunciasen importantes discursos, y ocurrieran incidentes de los que intentaremos hacer una reseña con la brevedad posible.

Abrió la discusión Suñer y Capdevila, diputado por la provincia de Girona y antiguo alcalde de la capital del Principado. No era orador parlamentario, y aunque no carecía de cierta facilidad para expresar sus ideas, no supo acomodar éstas á las exigencias oratorias de la Cámara. Comenzó, á estilo de sermón, citando unos versículos del Evangelio de San Lucas, y dedicó largos párrafos al estudio de las religiones cristiana, budista y mahometana, deteniéndose muy particularmente en la primera para demostrar que Jesucristo tuvo hermanos.

El Presidente hubo de llamarle la atención, advirtiéndole que no se discutía en aquella sesión la religión católica, sino la forma política que se debía dar á la religión en España. In-

E. M.—*Mayo 1911.*

sistió Suñer en su propósito; no logró convencer al Presidente, y, tras largo rato de discreteos entre uno y otro, sentóse aquél, renunciando á la palabra (1).

Quiso Rivero sincerarse con la Cámara, pronunciando algunas palabras en defensa propia; y como los republicanos le interrumpiesen, quitándole la razón, á grandes voces dijo el presidente, perdiendo un tanto la serenidad:

«Ruego á la izquierda que no siga por ese camino, porque no llegaremos á ningún resultado.»

Al oír esto los diputados republicanos, se levantaron de sus asientos, produciendo el tumulto consiguiente, y salieron del salón.

García Ruiz tenía presentada una proposición contraria á los artículos del proyecto que se discutían, y el Presidente le concedió la palabra para que la apoyase, de lo que quiso excusarse el diputado, atendiendo al estado de excitación en que se encontraba la Asamblea; pero Rivero se negó á suspender la discusión, y García Ruiz no tuvo otro remedio que seguir el debate comenzado. Con más arte que Suñer, logró hacer una larga crítica de la religión católica en lo referente al dogma, y á la historia de la Iglesia en España, sin que la Presidencia tuviera necesidad de dirigirle ningún aviso, fuera por la corrección de formas que empleó, fuera porque la Presidencia no se atrevió á repetir la suerte.

Habló Manterola para contestar á las alusiones que le había dirigido García Ruiz con este pretexto, definiendo el concepto de la Inquisición en los siguientes términos:

«No hay que confundir un tribunal especial que tuvo razón de ser en tiempos pasados, con lo que constituye la esencia

(1) Como Suñer se declaró francamente materialista, un revistero de buen humor le decía en son de broma:

Si niegas como yo á Dios,
cual filósofo profundo,
asombraremos al mundo
nosotros, nosotros dos.

misma de la Inquisición; porque la Inquisición existe, la Inquisición existirá en todos los tiempos. Jesucristo encargó á los Apóstoles que apartasen á los fieles de todo motivo de error, y los condujeran siempre por el camino de la doctrina verdadera. Pues bien; los prelados, los obispos de la Iglesia católica, fieles á esa misión, desempeñaron siempre el ministerio inquisitorial, porque inquirieron, porque calificaron la doctrina; y en esta calificación de la doctrina, en este discernimiento de la doctrina ortodoxa, consiste la esencia misma de la Inquisición. Y en este sentido, claro es, señores diputados, que la Inquisición existe hoy, porque los prelados, ya la Cámara lo acuerde ó ya lo rechace, los prelados están sobre la Cámara, están sobre España, están sobre el mundo entero, están sobre todos...»

Los murmullos y el vocerío que se produjo en aquel momento no dejaron á Manterola proseguir, y aunque el Presidente procuró mantener en su derecho al orador, éste dió por terminado su discurso con un párrafo corto, en vista de la agitación que había en la Cámara.

Merelo defendió la separación de la Iglesia y el Estado y dirigió al Nuncio de Su Santidad terrible dardo.

«El Concordato no existe—decía;—un poder superior á todo otro, la Revolución triunfante, le ha desgarrado, le ha roto, y le ha roto, señores, con la aquiescencia de la Sede romana. Digo con la aquiescencia de la Sede romana, porque el representante de la corte de Roma en España permanece en esta capital, pues estoy seguro de que no habría permanecido de ninguna manera si no hubiera estado conforme con los propósitos que respecto á esta cuestión ha manifestado la Revolución desde el primer momento, pues no puedo hacerle la injusticia, ¡libreme Dios de hacérsela!, de creer que permanece en esta capital porque el Gobierno de la Revolución, y la Revolución misma, le subvenciona: lejos de mí semejante idea.»

Resentidos los republicanos con Rivero, por lo del inci-

dente de Suñer y Capdevila, presentaron en aquella sesión una proposición, suscrita por Figueras y otros, pidiendo á las Cortes se sirvieran declarar que habían visto con disgusto la conducta observada por el Presidente de la Cámara. No bien la había apoyado en un sensato discurso el citado Figueras, cuando Martos, Moret, Romero Girón, Balaguer y Gabriel Rodríguez presentaron otra de *no ha lugar á deliberar*; la apoyó Martos, en tonos tan conciliadores, que Figueras retiró la que había firmado, haciendo lo propio los de la segunda, para dar á Rivero esta prueba de simpatía.

Terminado el incidente, Olózaga terció con poca oportunidad en la cuestión, manifestando que la retirada de las dos proposiciones era antirreglamentaria, deseando él que se hubieran votado, á fin de que el Presidente quedase como correspondía á la alta posición que ocupaba.

Sabiendo el antagonismo que entre Olózaga y Rivero existía, dijo Figueras al primero, en su rectificación:

«Ha hecho el Sr. Olózaga una defensa calurosa del señor Presidente, á quien nadie atacaba. Si el Sr. Presidente lo hubiese oído, habría podido decir: «de mis amigos libreme Dios, que de mis enemigos ya me libraré yo». Y terminó su discurso diciendo: «No creo que la mayoría sienta no haber puesto al Sr. Olózaga en lugar del Sr. Rivero, lo cual significa que, á pesar de la gran inteligencia parlamentaria del Sr. Olózaga, la mayoría ha considerado con inteligencia mayor y más liberal al Sr. Rivero.»

Las frases de Figueras fueron acogidas con risas y aplausos.

Manterola y Cuesta, cardenal arzobispo de Santiago, pronunciaron, en contra de la libertad religiosa, discursos nutridos de doctrina, que fueron contestados con lucimiento por Montero Ríos, Romero Girón y D. Joaquín Aguirre. Manterola promovió un incidente ruidoso por haber dicho que *todos* los españoles eran católicos. Protestaron varios diputados; el orador sostuvo sus palabras, y hubo un poquito de escándalo durante algunos minutos.

Los oradores eclesiásticos, acostumbrados á la oratoria del púlpito, donde contaban con un público preparado en su favor, no lograron impresionar á la Asamblea, compuesta de espíritus díscolos y con tendencias volterianas más ó menos explícitas, aun entre aquellos que formaban la derecha de la mayoría parlamentaria.

En cambio, Figueras, el diputado republicano, el defensor de la libertad de cultos, consiguió emocionar á la Cámara (1) al hacer su profesión de fe religiosa, en un momento solemne.

«Yo creo en Dios Padre Todopoderoso—exclamó en tono grave, dirigiéndose al General Serrano, con quien contendía,— creador del cielo y de la tierra; creo que tengo un alma; que esta alma es inmortal; que será juzgada algún día por un Dios que, si tiene á un lado el atributo de su justicia, tiene al otro lado el atributo de la misericordia; y creo que no llegaré á ser feliz, ni mi alma á ser perfeccionada, sino cuando me haya confundido en el seno de Aquel que reside en el solio más alto del empíreo, y á cuyo alrededor giran y girarán, sin gastarse, eternamente los siglos.»

Un aplauso unánime y espontáneo, que duró largo rato, se produjo al escucharse las últimas palabras de Figueras. Hasta la tribuna pública le palmoteó.

Ortiz de Zárate y D. Fernando Ochoa terciaron en el debate, apoyando á los prelados, pero sin añadir argumento notable á lo que aquéllos y Manterola dijeron.

Son curiosos los estados que presentó Fernando Garrido, diputado republicano, y que copiamos á continuación, dejando á su autor la responsabilidad de los datos.

(1) 26 Abril.

Disminución de frailes y monjas y aumento de la población desde 1690 á 1868.

AÑOS	Frailes.	Monjas.	Población.
1690.....	90.000	34.000	7.000.000
1768.....	55.000	27.000	9.300.000
1788.....	52.000	25.000	10.200.000
1797.....	46.000	24.000	10.500.000
1835.....	31.000	22.000	13.500.000
1868.....	1.200	17.000	17.000.000

Disminución de sacerdotes y aumento de la población de 1690 á 1861.

AÑOS	Sacerdotes.	Número de personas por cada sacerdote.
1690.....	168.000	43
1768.....	149.000	61
1797.....	134.000	78
1820.....	118.000	90
1835.....	90 000	144
1861.....	43.000	376

El discurso de Fernando Garrido se encaminó principalmente contra el clero y su administración.

Hablaron después Pi y Margall y Alvarez Bugallal, de ideas opuestas, pero combatiendo ambos el proyecto del Gobierno, aquél por retrógrado y éste por demasiado liberal. Suñer y Capdevila consiguió obtener la palabra, y, vinieran ó no á pelo, expuso á la Cámara los fundamentos en que apoyaba su aserto de que Jesús había tenido más hermanos.

Echegaray, defendiendo la obra del Gobierno, declaró, no obstante, que era partidario de la libertad religiosa, contando un hecho que consiguió alcanzar popularidad y fama en aquellos días.

«Prescindamos de la palabra Iglesia; substituyámosla por

otra palabra. ¿Puede sostener S. S. (1) que el *poder teocrático* nunca ha perseguido á las personas? Pues marche por la calle Ancha de San Bernardo, salga al campo, tome á la derecha y allí, cerca de las estatuas de Daoiz y Velarde (2), verá el Quemadero de la Cruz. ¿Sabéis lo que es el Quemadero de la Cruz? Yo os lo explicaré; yo deseo que vayáis allí á verlo; yo quisiera que estas discusiones tuvieran lugar sobre aquel horrible monumento, á ver si había quien se atreviese á defender la unidad religiosa. El Quemadero de la Cruz es un gran corte de terreno; es, pudiera decirse, un corte geológico. ¿Sabéis lo que es un corte geológico? La naturaleza abre su gran libro, extiende sus grandes páginas, es decir, da un tajo al terreno, y allí se ven, en ordenadas capas, arcillas, pizarras, areniscas y pedernales; son las líneas del gran libro en que el geólogo va á estudiar cómo se ha formado este planeta en el cual vivimos.

»Pues bien; el Quemadero de la Cruz es también un gran libro, es también una gran página, una sombría página, que encierra provechosa, aunque triste enseñanza: con sus capas alternantes, es el Quemadero de la Cruz un corte, que yo no me atrevería á llamar geológico, pero que pudiera llamar, con verdad, teológico.

»En esos bancos alternantes del Quemadero de la Cruz veréis capas de carbón impregnado en grasa humana, y después restos de huesos calcinados, y después una capa de arena que se echaba para cubrir todo aquello; y luego otra capa de carbón, y luego otra de huesos y otra de arena, y así continúa la horrible masa. No ha muchos días, y yo respondo del hecho, revolviendo unos chicos con un bastón, sacaron de esas capas de ceniza tres objetos que tienen grande elocuencia, que son tres grandes discursos en defensa de la libertad religiosa. Sacaron un pedazo de hierro oxidado, una costilla humana calci-

(1) Se dirigía al Sr. Díaz Caneja.

(2) Estaban en la calle de Carranza.

nada casi toda ella, y una trenza de pelo quemada por una de sus extremidades.

»Estos tres argumentos son muy elocuentes. Yo desearía que los señores que defienden la unidad religiosa los sometieran á severo interrogatorio; yo desearía que preguntasen á aquella trenza cuál fué el frío sudor que empapó su raíz al brotar la llama de la hoguera y cómo se erizó sobre la cabeza de la víctima. Yo desearía que preguntasen á la pobre costilla cómo palpitaba contra ella el corazón del infeliz judío. Yo desearía que preguntasen á aquel pedazo de hierro, que fué quizá una mordaza, cuántos ayes dolorosos, cuántos gritos de angustia ahogó, y cómo se fué oxidando al recibir el ensangrentado aliento de la víctima, con la cual el duro hierro tuvo más entrañas, tuvo más compasión, fué más humano, se ablandó más que los verdugos de aquella infame teocracia.»

(Grandes y prolongados aplausos.)

Castelar cerró la discusión pronunciando un hermoso discurso, modelo de oratoria parlamentaria por la corrección del estilo y por su alteza de miras. Publicado en los periódicos al día siguiente, se leyó en las tertulias, en los cafés, en los pasillos del teatro, y no quedó seguramente en Madrid persona que no tuviera conocimiento de aquella inspirada peroración.

Hizo también Castelar su profesión de fe, como Figueras.

«Yo, señores diputados—dijo,—no pertenezco al mundo de la teología y de la fe; pertenezco, creo pertenecer, al mundo de la filosofía y de la razón. Pero si alguna vez hubiera de volver al mundo de que partí, no abrazaría, ciertamente, la religión protestante, cuyo hielo seca mi alma, seca mi corazón, seca mi conciencia; esa religión protestante, eterna enemiga de mi patria, de mi raza y de mi historia: volvería al hermoso altar que me inspiró los más grandes sentimientos de mi vida; volvería á postrarme de hinojos ante la Virgen santa que serenó con sus sonrisas mis primeras pasiones; volvería á empapar mi espíritu en el aroma del incienso, en la nota del órgano, en la luz cernida por los vidrios de colores y reflejada en las

doradas alas de los ángeles, eternos compañeros de mi alma en su infancia; y al morir, señores diputados, al morir le pediría un asilo á la cruz, bajo cuyos sagrados brazos se extiende el lugar que más amo y más venero sobre la faz de la tierra: la tumba de mi madre.»

(Aplausos en todos los lados de la Cámara.)

Hablando de la libertad decía:

«Quitadla del arte, y el arte se convierte en más instintivo y menos bello que el canto del ave; quitadla del trabajo, y el trabajo se convierte en el movimientonto ciego de la máquina; quitadla de los afectos, y los afectos, esos grandes resortes morales, se convierten en algo menos que el ayuntamiento de las fieras; quitadla de la política, y los pueblos caen en esa triste indiferencia, en esa eterna soñolencia de los países orientales; quitadla de la moral, y no habrá acciones imputables; quitadla de la religión, y convertís ese código sublime para la vida y para la muerte en una ordenanza de policía, y hacéis agente de orden público á Dios, que ha dado la ley de atracción á los mundos para que cumplan su eterna armonía, y la luz de la libertad á las almas para que cumplan armonía todavía más sublime, la armonía de la justicia. *(Aplausos)*.

Haciendo la crítica de las excomuniones, dijo: «Viene el siglo xix, y el Papa excomulga á Víctor Manuel. Quiero repetir lo que un periódico italiano decía con este motivo. El pueblo cree en Roma, que el Papa, y todos los que han estado en Roma saben esto, el pueblo cree en Roma, que el Papa es *jetatore*, y no se acerca á la Basílica de San Pedro un campesino sin llevar los cuernos que conjuran las maldiciones. Pues bien; un periódico italiano decía: el Papa bendijo á Carlos Alberto, y sucumbió en Navarra; el Papa bendijo al rey de Nápoles, y fué destronado; el Papa bendijo el ferrocarril primero que se hizo en Roma, y en la primera carrera descarriló; el Papa fué á bendecir un convento de monjas, y el convento se hundió sobre todos los que estaban en él; y concluía el periódico diciendo: *Per Dio, Sancto Patre, non benedica il regno d'Italia.*»

Esta fué la nota cómica de su discurso, y consiguió con ella una franca sonrisa á los labios de los circunstantes.

Demostró su criterio imparcial en el párrafo siguiente: «Un señor diputado preguntaba al señor ministro de Gracia y Justicia si era verdad que en todas las iglesias se pronunciaban maldiciones contra nosotros, hoy patronos de la Iglesia. Pues es verdad, se pronuncian. ¿Lo podéis evitar? No. ¿Lo debéis evitar? No. Yo quiero la libertad de la tribuna política; quiero también la libertad de la tribuna sagrada; yo no quiero ni debo oponerme á que la Iglesia ejerza su alta jurisdicción sobre nuestras conciencias, como la Iglesia no puede ni debe oponerse á que los legisladores de España ejerzamos sobre sus intereses mundanales toda nuestra soberana iniciativa.»

Y terminó su discurso diciendo:

«Yo me adelanto, y digo al Sr. Manterola: Antes de irse de aquí, nos debe á todos una oración á Dios. Si yo fuera sacerdote, si yo fuera como S. S. clérigo, si yo representase aquí con algún título el cristianismo; como en algunos momentos esta Cámara, que por las cuestiones que trata se convierte en un templo, y por su ministerio en un sacerdocio, levantaría mis manos á Dios y le diría: Bendice á estos legisladores que establecen la libertad religiosa, que es parte de tu amor; bendice á estos legisladores que concilian á todas las clases, á todas las gentes; bendice á estos legisladores, porque delante de ellos no hay, como no hay delante de su poder, judíos ni paganos, sino hombres; bendice á estos legisladores, porque al realizar las grandes ideas se acercan á ti, realizando sobre la faz de la tierra los dos principios esenciales de tu sér incommunicable y perfecto: tu amor y tu justicia.»

Una ruidosa ovación obtuvo Castelar al acabar su discurso, y con esto terminó la discusión (1) del problema político-religioso planteado por el Gobierno. La minoría republicana se abstuvo de votar, por no entorpecer la marcha de la discusión.

(1) 5 de Mayo.

Los dos artículos quedaron reducidos á uno en la siguiente forma:

«La nación se obliga á mantener el culto y los ministros de la religión católica.

»El ejercicio público ó privado de cualquiera otro culto queda garantido á todos los extranjeros residentes en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y del derecho.

»Si algunos españoles profesaren otra religión que la católica, es aplicable á los mismos todo lo dispuesto en el párrafo anterior.»

Durante el debate de la cuestión religiosa, Moret, como Secretario de la Comisión, pronunció, entre largos y cortos, quince discursos.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

RECUERDOS

Y se hicieron las elecciones, como dije en el artículo anterior.

Y, como era natural, el Gobierno trajo una mayoría considerable, y aun la hubiera traído mayor si hubiera querido.

Esta sí que es una ley de la ley Electoral: Todo Gobierno trae la mayoría que necesita.

Trajo D. Manuel mayoría, como la trajo el año anterior Sagasta.

Como la trajeron, pocos meses después, los republicanos; como la traería el moro Muza, si el moro Muza resucitase, se hiciera parlamentario y se dedicara á forjar elecciones.

Aquellas á que me refiero no fueron de las más reñidas; los conservadores del Duque de la Torre y de Sagasta se sentían vencidos de antemano, y se alejaban lentamente de la dinastía de D. Amadeo.

Los republicanos no ocultaban por entonces sus simpatías hacia el Gobierno, y algo flotaba en la atmósfera que parecía decir con voces proféticas: ¿Qué importa el resultado de las elecciones? La nueva dinastía está muerta, y algo sucederá que precipite su agonía, vengan muchos ó pocos diputados y senadores ministeriales.

Y, sin embargo, la mayoría ministerial vino con empuje, con alientos, con esperanzas, deseando hacer obra democrática-

ca, y la hizo, y en los pocos meses que vivieron aquellas Cortes, hicieron cuanto pudieron hacer.

¡Qué mayor gloria para el partido zorrillista que la abolición de la esclavitud, reforma en que pusieron todas sus energías y todas sus ansias los demócratas, á cuyo frente dominaba en el Gobierno aquella gran figura parlamentaria, aquel prodigioso orador que se llamaba Cristino Martos!

Y en la abolición de la esclavitud no le ayudaron, ciertamente, al partido liberal los conservadores de entonces; antes bien, le hicieron una guerra implacable y hasta de mala ley, acudiendo al insulto y á la calumnia.

Decían en todas partes que los demócratas estaban vendidos á Inglaterra para abolir la esclavitud, con los fines tortuosos de arruinar la Isla de Cuba.

Yo recuerdo que subterráneamente se atacaba á los demócratas bajo todas las formas. En prosa y en verso pudiéramos decir, porque circulaban romances y sonetos contra la democracia abolicionista, y algunos de estos últimos se decía, en voz baja, que era debido á la pluma ilustre de un gran poeta del partido conservador.

Claro es que los demócratas de aquella época no pecábamos de mansos, ni siquiera de prudentes, y no contentos con triunfar de hecho en el Parlamento, contestábamos al insulto con el insulto, á la calumnia con la calumnia, y á romances y sonetos, con otros sonetos y otros romances tan feroces, por lo menos, y valga la palabra, como aquellos con que nos brindaban nuestros adversarios.

Circuló mucho por los pasillos del Congreso, en aquellos días, un soneto sin firma, pero de violencia extraordinaria, contra el partido de la unión liberal, en el que se trataba á este partido con tanta injusticia y en forma tan calumniosa, como injustos y calumniosos eran sus ataques á la democracia.

En este soneto, que fué un triunfo para su autor, aunque no se le llamó á escena, porque apenas se adivinaba su nom-

bre y era dudosa su procedencia, se sintetizaba la historia de la unión liberal; es decir, no la verdadera historia, sino la que la pasión forjaba para contestar á otras historias.

Se le llamaba rebelde, porque realmente empezó rebelándose en el Campo de Guardias contra el Ministerio Sartorius, ó, mejor dicho, contra D.^a Isabel II.

Se le llamaba adulador y palaciego, recordando lo que se había dicho de O'Donnell, que bajo la tutela de Sor Patrocinio había llevado un cirio en ciertas procesiones.

Se le echaba en rostro el haber tomado parte en la Revolución de Setiembre para llevar al trono á Montpensier.

Se le acusaba abiertamente, aunque era acusación calumniosa, y, probablemente, ni el mismo autor del soneto creería en ello; se le acusaba, digo, de haber asesinado á Prim en la calle del Turco, valiéndose, como instrumento, de los republicanos.

Se le consideraba como enemigo de las libertades individuales, obra gloriosísima de la democracia, y que los hombres de Vicálvaro, formando el núcleo del partido conservador, en la época de D. Amadeo, y aun desde las Cortes Constituyentes, habían procurado desgarrar.

Y terminaba el soneto llamándoles esclavistas y negreros, porque hacían la guerra á la abolición de la esclavitud, que el partido zorrillista intentaba, y llevó á término.

Bien servidos iban los de Vicálvaro en el soneto á que aludo, y bien pagaban sus odios y sus calumnias contra los cimbrios.

Insulto contra insulto, afrenta contra afrenta, calumnia contra calumnia, era el soneto á que me refiero, y que, por reflejar el estado de las pasiones y el hervir de los espíritus en aquella época, voy á copiar íntegro, tal como lo recuerdo.

Es la fotografía de un latigazo de los que cruzaban en el aire y de los que caían sobre los hombres políticos ó sobre las colectividades, mientras en el fondo de aquella situación se preparaban la guerra política, la cantonal y la ruina.

He aquí el soneto á que me refiero:

Blandiste allá en Vicálvaro tu lanza
Y el poder por rebelde conquistaste;
Sobre tus botas de montar, goteaste
La luz de un cirio en precio de privanza;
Perdida del poder ya la esperanza,
Por el Duque francés te rebelaste;
Y la traición deshecha, consumaste
En la calle del Turco tu venganza.

Forman tu escudo miserable bando,
De la sangre de Prim rojo reguero,
Una robusta lanza, un cirio blando,
El desgarrado título primero,
Y flexible estos símbolos orlando,
El látigo sangriento del negrero.

* * *

La agitación aparente no era grande, y aun era menor que en otras épocas; pero el gran desquiciamiento se preparaba aunque en forma poco estrepitosa.

La situación de Cuba era crítica, y la guerra civil crecía, y la Hacienda no mejoraba, y el partido conservador se alejaba del Trono, y el partido republicano se mostraba casi satisfecho con la amplia política del partido liberal.

Este, lleno de esperanzas y de ilusiones, se preparaba á seguir su propaganda reformista. Había tomado su desquite, y no veía enemigo ninguno con fuerza suficiente para arrojarle del poder.

Y, sin embargo, la máquina crujía, las nubes del horizonte se convertían en nubarrones de tormenta, y á pesar de estar en el poder y, por lo tanto, cerca del Monarca, la distancia entre el Trono y el partido zorrillista se iba haciendo insensiblemente cada vez mayor.

Si es cierto que la Corona había llamado al partido liberal, también es cierto que no le había llamado por manera espon-

tánea y simpática, sino apremiada por las circunstancias, queriendo evitar daños mayores y sintiendo cierto linaje de humillación.

Todo esto no se olvida, ni estrecha los lazos entre el poder moderador y los partidos militantes; y esta situación de desconfianza recíproca y de afectos entibiados se hacía sentir en cada instante y en mil pequeñeces que acusaban, sin embargo, gran mar de fondo.

Citaré algunos ejemplos, ciertos y positivos y auténticos.

Acompañaban á la Reina, en un viaje á El Escorial, varios ministros y, entre ellos, el director de uno de los periódicos más importantes de aquella época, y de los periódicos que hacían la propaganda liberal con más decisión y con más empuje.

Algunos meses antes se había publicado en dicho periódico un artículo, debido á la pluma de un eminente periodista, que tenía por título *La loca del Vaticano*, y en que se hacían alusiones harto transparentes á la Reina.

El artículo produjo gran sensación en España y gran molestia en Palacio.

Pues bien; en el pequeño viaje á que me refiero, la Reina, que era sumamente amable, que hablaba admirablemente el español, y que hacía siempre alarde de llaneza y cordialidad, le dijo al director del periódico á que me refiero, con sonrisa algo triste, algo amarga, pero con exquisita cortesía y casi casi como una broma:

—Y ahora que me ha tratado usted algo y que me conoce mejor, ¿cree usted que, en efecto, yo puedo ser la loca del Vaticano?

No hay para qué decir, que ni á la persona aludida ni á ninguno de nosotros, que hasta cierto punto éramos cómplices, se nos ocurrió nada que contestar á la Reina.

Sonreímos, procurando imitar su sonrisa; nos miramos unos á otros, pensando todos: *¡tableau!* Y en vez de palabras recorrimos todas las vocales del abecedario, con su *hache* y su admiración correspondientes.

—¡Ah! Señora...

—¡Oh! Señora...

—¡Por Dios! Señora...

—¡Eran circunstancias! Señora...

Muchas admiraciones y ninguna idea.

La Reina, que era un modelo de corrección, siguió sonriendo, y puso término al incidente con unas cuantas frases cortadas.

—Ya; ya comprendo... ¡Ah! La pasión política... ¡Oh! las luchas políticas.

Y se dió el incidente por terminado.

Y poco después llegábamos á El Escorial.

Hay que reconocerlo: la Reina era una princesa dignísima, tenía ingenio y talento; pero allá, en el fondo de su espíritu, bien se comprendía que el partido zorrillista no le inspiraba excesiva confianza.

En quien tenía más confianza era en Topete, por su ruda franqueza de marino, y acaso en Sagasta, por sus dotes excepcionales de atracción.

Pero los demócratas, con sus ideas de libertad religiosa, de libertad de enseñanza, con las tradiciones republicanas de algunos y con las recientes campañas de otros; los demócratas, repito, no creo que llegasen á inspirar grandes simpatías á la ilustre dama.

Y era natural, y no me asombra, ni debía asombrarnos.

Pero no todos los políticos tenían tan poca pasión política como yo.

Y vaya otro ejemplo.

*
* *
*

Creo que en aquel verano fué cuando el Rey D. Amadeo hizo un viaje á las provincias del Norte: á Asturias ó á Santander.

Pues en uno de aquellos días, un ministro de los que habían

E. M.—*Mayo 1911.*

quedado en Madrid fué á presentar sus respetos á la Reina y á darle noticias del viaje de su esposo y del entusiasta recibimiento que le habían hecho.

—Un gran recibimiento, señora—decía el ministro,—un recibimiento entusiasta, un delirio.

Y la Reina, con su fina sonrisa italiana, siempre un poco triste y con no sé qué finísimos matices de burla, le contestó con voz dulce:

—¡Vaya, me alegro, me alegro! Y le agradezco la buena noticia; pero, la verdad, y aquí en confianza, ¿el recibimiento ha sido tan espontáneo como usted indica, ó es que han sabido ustedes prepararlo bien?

Otra estocada finísima como la del coche real.

El ministro protestó enérgicamente, con toda la energía compatible con el respeto.

—¡Oh! Señora... ¡Ah! Señora... Un recibimiento verdaderamente entusiasta. No le quede duda á vuestra majestad.

Y la Reina tampoco insistió; extremó su amabilidad, y terminó diciendo:—¡Vaya!, mejor es así.

Y cambió de conversación preguntando:—¿Y qué hay de la guerra civil?

Resueltamente la Reina no estaba por el partido zorrillista, aunque debo hacerle justicia, porque así lo creo en conciencia: tampoco influía contra el Gobierno.

No le era simpático, no le inspiraba tranquilidad. Allá en el fondo no estaba conforme con las reformas liberales; pero jamás se dijo que influyera directamente sobre la marcha de la política.

En todo caso, influyó con el Rey para que presentase su abdicación.

*
* *

Un último ejemplo, que demuestra el estado de ánimo de aquella noble y virtuosa Reina, tan digna de respeto, á la cual, y á cuya memoria, consagro, á cuarenta años de distancia, este modesto homenaje.

Véase su estado de ánimo, repito, con relación á nosotros, los demócratas y radicales de aquella época.

Estaba el Rey fuera de Madrid, y á diario acudía á Palacio un ministro para dar cuenta á la Reina de los asuntos más importantes de la política, ó, mejor dicho, y casi exclusivamente, de la guerra civil, que, poco á poco, iba extendiéndose y creciendo.

—Una noticia [de poca importancia, pero desagradable, traigo á Vuestra Majestad—dijo el ministro á que aludo.

—¿Y qué es ello?—preguntó la Reina.

—El cura de Alcabón (en rigor no me acuerdo si fué este cura ú otro cualquiera) ha salido al campo, y, valiéndose de su influencia para con sus feligreses, ha levantado una partida carlista, aunque de fuerza muy escasa.

Y la Reina, que en ocasiones solía bromear sobre política, aunque siempre en tono muy cariñoso, contestó estas palabras, que son auténticas:

—¡Pobrecito sacerdote! ¡Qué cosas habrán ustedes hecho con él para obligarle á tomar tal determinación!

—Señora—contestó el ministro, entre bromas y veras,—el Gobierno trata bien á todos los ciudadanos, y respeta profundamente á la Iglesia y á sus ministros, y nada excusa la conducta del cura cabecilla.

—Lo creo, lo creo; pero crea usted también que en situación muy angustiosa se habrá visto cuando ha tenido que acudir á tan extrema resolución.

—Permítame Vuestra Majestad, que no encuentre medio de excusar la conducta de ese sacerdote rebelde contra el Rey legítimo de España.

Y la Reina siguió bromeando:

—Así nos parece; pero á él no le parecerá lo mismo.

Y la Reina, cambiando de tono, dijo pensativa:

—¡Muy triste! Muy triste es la guerra civil, muy triste para la pobre España y muy triste para nosotros.

*
*
*

Decididamente, la Reina empezaba á acariciar la idea de la abdicación.

Y á decir lo cierto, á nosotros no se nos ocurría que tal idea pudiera llegar hasta el Rey, ni que en Italia pudieran resignarse con ello.

La situación política empeoraba, y si el Gobierno no concluía con la guerra civil, pudiera ocurrir una crisis: que, en un caso extremo, el Duque de la Torre y Sagasta tomaran el desquite y nos echaran de Palacio como les echamos á ellos; todo esto nos parecía posible; eran contingencias del porvenir; pero nunca tomamos en serio la abdicación.

No sé si algún hombre de los nuestros pudo temerla. La mayoría, ni sospecharlo siquiera, y de sorpresa nos cogió, como más adelante explicaré.

Lo que sí fuimos notando en aquellos pocos meses de poder, es decir, desde mediados de 1872 hasta Febrero de 1873, fué que en Palacio íbamos perdiendo terreno.

Presentíamos una atmósfera de desconfianza y hostilidad, aunque el Rey permanecía impasible, siempre correcto, siempre cortés, y asegurando, en la forma que podía, que el Ministerio de Zorrilla le inspiraba plena confianza.

Digo en la forma que podía, porque D. Amadeo nunca llegó á poder hablar correctamente el castellano.

Y como tenía en alto grado el sentimiento de su dignidad, para no cometer faltas gramaticales, hablaba muy poco, lo puramente preciso, y el no hablar el mismo idioma dos personas, eleva entre ellas una barrera poco menos que infranqueable.

Un Rey no puede entenderse con sus ministros y con los hombres políticos por medio de señas.

Recuerdo á este propósito que Martos, en la intimidad, muy en la intimidad, y bromeando, no de otra suerte, porque él tenía gran respeto y gran consideración á D. Amadeo, cuando alguno le decía: Tenga usted mucho cuidado, D. Cristino, que en Palacio se conspira contra ustedes, y cuando menos lo

piensen, el Rey les echa como ha echado al Duque de la Torre y á Sagasta. Cuando esto oía Martos, se ponía muy serio, con cierta seriedad cómica y burlona, se afirmaba los quevedos, y replicaba:

—Poco á poco; yo consiento y me resigno á que el Rey me eche sin razón; pero ni me resigno, ni consiento que me *eche sin gramática*.

No podíamos prever el porvenir. No nos echó sin gramática, pero abdicó con la más elevada de las gramáticas, con la que inspira y rige la propia dignidad.

JOSÉ ECHEGARAY

PARNASO INTRENACIONAL

OTOÑAL

(De Pablo Haag.)

Antes que acabe el otoño
Iremos, prenda querida,
A ver abrirse en el bosque
Las anémonas tardías.
Verás cómo en los jardines
Crisantemos de oro brillan,
Y cuelgan en los sarmientos
De las deshojadas viñas
Racimos tan sazonados
Que arrugan ya la piel fina.
Recorreremos las sendas
Donde con tanta delicia
Estreché por vez primera
Tu mano en las manos mías.
En las faldas de los montes
Deleitarán nuestra vista
Los álamos que el sol dora
Y las lóbregas encinas;
Y á los campos y al otoño
Daremos la despedida.

En el cielo del ocaso
Se levantará fatídica,
Como estandarte sangriento,
Nube de purpúreas tintas;
Y la calma augusta y grave
De las ya mudas campiñas,
Y el silencio de los nidos
En la arboleda vecina,
Nos dirán que ya el verano
Pasó con sus lozanías,
Que la estación de las rosas
Fué una visión fugitiva,
Y que mañana el invierno
Y sus pálidas neblinas
Darán funeral sudario
A las selvas hoy sombrías;
Y serán la única nota
Que suene en ellas tristísima,
Los sollozos de los vientos
En sus ramas ya marchitas.

¡Ay! entonces pensaremos
Que es breve soplo la vida,
Que todo pasa y se borra,
Cual las olas que el mar riza,
Como las que arrastra el viento
Vaporosas nubecillas;
Y con amargo deleite
Sentiremos, vida mía,
Nuestros propios corazones
Sujetos á esa ley misma,
Y que cuando brota al labio
El «yo te amo» de otros días,
Las palabras son iguales,
Mas la expresión es distinta,

Porque las hierbas del campo
Que nuestro pie dobla y pisa,
El matorral que rozamos,
La rama al pasar cogida,
La hermosa flor que deshojan
Nuestras manos distraídas,
Algo, que en el alma vive,
Nos arrancan y nos quitan;
Y mientras el sol, que pálido
En el ocaso se abisma,
Prolongará entre los árboles
Nuestras sombras indecisas,
Meditaremos sobre esas
Mudanzas, que fortifican
Nuestro amor, aunque la llama
De nuestros besos extingan.

Y cuando algunas estrellas
Brillen en el cielo, aun tímidas;
Cuando se extiendan las nieblas
Como gasas blanquecinas,
Y nos dé leves temblores
La primera impresión fría
De la noche, volveremos
Por la desierta avenida,
Que en días primaverales
Fué á nuestro solaz propicia.
La última luz de la tarde
Que el follaje mustio filtra,
Sobre la paz de los campos
Caerá serena y tranquila,
Dando palidez marmórea
A tu frente pensativa,
Y á tu rubia cabellera
Oro en brilladoras chispas;

Y á los bordes del camino
Y á la puerta de la quinta
Notaremos, contemplándolo
Con atención compasiva,
El triste amontonamiento
De las hojas amarillas.

TEODORO LLORENTE

EL ESCLAVO DE SU FINCA

NOVELA

CAPÍTULO IV

Era un día de la semana siguiente á Navidad. Ingrid, sentada junto á la ventana del saloncillo, bordaba en cañamazo. Su bienhechora hacía media, como siempre, instalada en el sofá. Reinaba el silencio. El joven Hede estaba en la casa desde hacía ya dos semanas. Ingrid no le había visto. Vivía á lo campesino, incluso en su casa. Dormía en la habitación de los criados y comía en la cocina. Jamás entraba en el cuarto de su madre. Ingrid sabía que la señora y Stava esperaban de ella que hiciese algo para retener á Hede en la casa. Apenábase al ser incapaz de complacerles.

Precisamente aquel día acababa de anunciar Stava que Hede preparaba su saco para marcharse. «Esta vez ni siquiera permanecía el tiempo acostumbrado», dijo, dirigiendo una mirada de censura á Ingrid.

Ingrid comprendía esta censura, pero no podía hacer nada. Continuaba su bordado en silencio.

Stava salió. Poco á poco, Ingrid se olvidó de cuanto la rodeaba, y, de pronto, la penetró una especie de entorpecimiento. Sus tristes pensamientos la crearon un sueño fantástico.

He aquí lo que soñó:

Atravesaba el casón, una hilera de salas y de cuartos, cuyos muebles se ocultaban con fundas de lienzo gris, cuyos cuadros y arañas se envolvían en gasa. Los pisos estaban cubiertos de una espesa capa de polvo que se levantaba á su paso. Por fin, entró en un cuartito en el que nunca había puesto los pies, y cuyas paredes y el techo eran negros. Mirando atentamente, observó que las paredes no estaban pintadas ni revestidas de negro, sino que colgaban de ellas tantos murciélagos, apretados unos con otros, que hacía negra la habitación. Un cristal roto explicaba cómo habían entrado aquéllos. Ahora dormían con su inmóvil sueño de invierno.

Un terror inmenso agitó á la joven. Empezó á estremecerse y á temblar á la vista de aquellos animales amontonados que la envolvían con sus alas, y todos los cuales, agarrados á la pared, dormían. Veíales tan bien, que se preguntó si Stava sabría que los murciélagos habían invadido el cuarto, é iba á buscar á Stava.

—Ciertamente que lo sé—contestaba la sirviente.—¿Ignora la señorita Ingrid, que en toda antigua casa de este país, hay un cuarto reservado para los murciélagos?

—Nunca lo oí decir—murmuraba Ingrid.

—Cuando la señorita haya vivido tanto como yo, verá que así es—respondía Stava.

—¿Pero cómo puede soportarse semejante cosa?—decía Ingrid.

—Es preciso—decía Stava.—Esos murciélagos son las aves de la Dama de la Pena, y ella es la que nos ordena recibirlos aquí.

Y como Stava no quería decir nada más, Ingrid reanudaba su bordado, pero pensaba que la Dama de la Pena debía de ser una dama muy poderosa, para que Stava abriese una habitación á los murciélagos.

En este momento de su sueño, vió que un trineo negro, tirado por negros caballos, se paraba ante el terrado. Y Stava

se adelantaba y hacía una profunda reverencia. Del trineo bajaba una señora anciana, que vestía un largo manto de terciopelo negro, con varios cuellos superpuestos. Andaba torpemente, toda encorvada. Apenas podía alzar el pie lo suficiente para subir los escalones.

—Ingrid—dijo la señora de Hede, alzando los ojos de su labor,—me parece oír á la Dama de la Pena. Debe de ser su cascabel. ¿Has reparado que no pone nunca hermosas colleras á sus caballos, sino un solo cascabelito? Se le oye, sin embargo. Se le oye bien. Baja, Ingrid; y saluda á la Dama de la Pena.

Ingrid bajaba; pero llegado al vestíbulo, vió que la Dama hablaba con Stava en el terrado. Ninguna notaba la presencia de Ingrid.

Ingrid veía con asombro que la anciana encorvada ocultaba algo bajo los cuellos de su manto, que parecían hechos de crepé negro, y que lo que ocultaba tan bien eran dos alas de murciélago. Su curiosidad se excitó más todavía, y trató de distinguir el rostro de la Dama de la Pena; pero ésta tenía vuelta la cabeza, y alzaba una mano, y la joven vió que tenía un dedo más largo que los otros, provisto de una larga uña ganchuda.

—¿Está todo como antes en la casa?—preguntaba.

—Sí, señora—contestaba Stava.

—¿No habéis sembrado flores ni plantado árboles? ¿No habéis compuesto el puente ni arrancado la hierba de los senderos?

—No, señora.

—Está bien. Está muy bien—dijo la anciana dama.—¿No habéis tratado tampoco de encontrar el filón del mineral, ni rechazar el bosque cuando avanza á los campos?

—No, señora.

—¿Y no habéis limpiado los pozos?

—No hemos limpiado los pozos.

—Es éste un buen sitio—dijo la Dama de la Pena;—me

agrada mucho. Dentro de algunos años, mis aves podrán habitar toda la casa. Cuida usted muy bien de mis aves, Stava.

La criada hizo una humilde reverencia para dar las gracias por el elogio.

—En cuanto á lo demás, ¿cómo están todos por aquí?— preguntaba la Dama.—¿Habéis celebrado la Navidad?

—Hemos celebrado la Navidad como de costumbre—contestó Stava.—Mi ama no sale de su cuarto y hace labor todos los días de Dios. No piensa sino en su hijo, y no quiere saber lo que es fiesta. Navidad ha pasado como los otros días, sin regalos y sin luminarias.

—¿Ni árbol de Navidad? ¿Ni platos de Navidad?

—Ni viaje á la iglesia tampoco, señora. Ni siquiera luces en las ventanas por la mañana.

—¿Por qué había de festejar la señora Hede al Hijo de Dios, puesto que Dios se niega á curar el hijo de ella?—dijo la Dama de la Pena.—Me figuro que ahora estará en la casa. ¿Mejora?

—No mejora. Sigue con sus terrores.

—¿Y siempre como un campesino? ¿Se niega á entrar en la sala?

—No se le puede hacer entrar. Tiene miedo de su madre, como vuestra merced sabe.

—¿Sigue comiendo en la cocina y durmiendo en el cuarto de los criados?

—Sí.

—¿Y no encontráis medio de curarle?

—No sabemos nada; no comprendemos nada.

La Dama de la Pena se calló un momento; después dijo con voz cortante y dura:

—Está muy bien, Stava; pero, sin embargo, no me tiene usted completamente contenta.

Al decir esto, se volvió y miró á Ingrid.

Ingrid se hizo atrás. La dama tenía una carita arrugada y tan reducida por abajo, que casi desaparecía su mandíbula in-

ferior. Sus dientes parecían los de una sierra; unos pelos negros la sombreaban el labio superior. Sus cejas eran dos mechones. Su tez tenía un color oscuro; Ingrid se sorprendía de que Stava no pareciese observar que aquella mujer de aspecto de animal no era un sér humano. La Dama de la Pena arqueó los labios al ver á Ingrid, y sus dientes brillaban.

—Cuando vino ésta—dijo á Stava,—creyó usted que era una enviada de lo alto. Creyó usted leer en sus ojos que le salvaría, puesto que comprendía á los locos. ¿Y cuál es el resultado?

—Ninguno. Ella no ha hecho nada.

—Lo sé. Yo me encargué del resultado—dijo la Dama.—Gracias á mí, no le habéis dicho por qué la acogíais. Si lo hubiera sabido, no se hubiera hecho tantas ilusiones de color de rosa. No hubiera creído encontrar aquí al que ama. Y si no se hubiera hecho ilusiones, no habría experimentado tan ruda decepción. Y si la decepción no la hubiese paralizado, tal vez hubiese podido hacer algo por el loco. Pero ahora, ni siquiera le mira. Le detesta porque no es el que esperaba. Es obra mía, Stava, es obra mía.

—La señora hace bien las cosas—dijo Stava.

La Dama de la Pena se enjugó sus ojos, ribeteados de encarnado, con un pañuelo de encaje, con un gesto que parecía de satisfacción.

—No necesita usted fingir, Stava—dijo ella.—Su ama y usted han querido engañarme. Pero ya se ha concluído.

—Sí—dijo Stava.—Vuestra merced puede estar tranquila. El señorito está precisamente ocupado en preparar su saco. Es señal de que se marcha. Las ilusiones que durante todo este otoño nos hicimos mi ama y yo, se han desvanecido. Creíamos que por lo menos sabría ella retenerle aquí. Pero, á pesar de todas las mercedes de que ha sido objeto, no ha intentado hacer nada en nuestro favor.

—Lo sé, lo sé; no ha sido buena, y, de todas maneras, no debe quedarse aquí. De esto es de lo que quiero hablar á la señora.

La Dama de la Pena subió la escalera arrastrándose. En cada escalón, alzaba un poco las alas para aligerar sus pasos. Ingrid la seguía, extrañamente atraída y fascinada.

Cuando entró en la sala, halló á la Dama sentada en el sofá al lado de la dueña de la casa, y le hablaba en voz baja como á una íntima amiga.

—Comprende que no debes seguir con ella—le decía.—Tú que no puedes soportar que brote una flor en tu jardín, ¿cómo puedes admitir que viva una joven á tu lado? Una joven es siempre un poco de animación y de alegría, y esto no puede convenirte.

—En ello pensaba precisamente.

—Búscala una colocación como señorita de compañía, en cualquiera parte, pero no la tengas aquí.

La Dama de la Pena se levantó para despedirse, y añadió:

—He aquí lo que tenía que decirte. ¿Y cómo vas?

—Cuchillos y tijeras trabajan día y noche en mi corazón—contestó la señora Hede.—Mientras que *él* está aquí, no vivo sino con él, no pienso sino en él. Y esta vez es peor que nunca. No es soportable la existencia...

De repente Ingrid se estremeció: era la campanilla de la señora Hede que sonaba. Estaba tan absorta en sus fantasías, que se asombró al encontrar á la anciana sola y al ver que no había ningún trineo parado en la puerta. La señora había llamado para que viniera Stava, pero ésta no acudía. Rogó á Ingrid que fuese á buscarla.

Bajó Ingrid. El cuartito de cortinas blancas y azules estaba vacío. Fué á la cocina; pero, al ir á abrir la puerta, oyó la voz de Gunnar Hede. Se quedó inmóvil, porque la vista del loco le era odiosa. Pero trató de vencer tal sentimiento. ¿Tenía el pobre demente la culpa de no ser el que ella había esperado? ¿No debía tratar de hacer algo por él, aunque no fuese otra cosa que convencerle para que se quedara en casa? Antes no le inspiraba esta aversión, ¡y era tan poco temible!

Se inclinó y miró por el agujero de la cerradura.

Hede estaba sentado á la mesa y comía. Allí, como en otras partes, las criadas se burlaban de él. Preguntábanle con quién iba á casarse. Hede sonrió. Estaba contentísimo de hablar.

—Se llama ella Lirio de tumba. Bien lo sabéis.

No, no sabían que tuviese un nombre tan bonito.

—¿Dónde vive?

—No tiene casa, no tiene hogar—dijo.—Su casa es mi saco.

La criada contestó que ciertamente era una buena casa. Pero, ¿cuáles eran sus padres?

—No tiene padre, ni tiene madre—dijo Hede.—Pero es fina como una flor; ha brotado en un jardín.

Hasta aquí, sus palabras fueron bastante inteligibles; pero, cuando quiso describir la belleza de su novia, no acertaba á explicarse; las palabras se mezclaban confusamente en sus labios. Su razonamiento se perdía. Sin embargo, era feliz. Sonreía é irradiaba.

Ingrid huyó precipitadamente. No podía sufrir más tiempo aquella vista. Pero apenas estuvo en la escalera, asaltáronla los remordimientos. ¡Cuántas mercedes había recibido bajo aquel techo! Y he aquí que no quería dar nada en pago.

Para combatir su aversión, trató de figurarse á Hede transformado en señorito. ¿Cómo estaría bien peinado y bien vestido? Cerró los ojos para verle mejor. Pero no vió nada. De pronto, el rostro amado surgió en la penumbra, con singular nitidez. Esta vez, el rostro no sonreía. Los labios temblaban de dolor. Un sufrimiento indecible había trazado profundas líneas en los dos ángulos de la boca. Ingrid, parada en medio de la escalera, contemplaba aquel rostro que flotaba cerca de ella, tan imposible de coger como la placa de sol que cae del prisma tallado de una araña, pero tan visible y tan real. Los labios se movían en silencio.

—No me dejes marchar—decía en su angustia.—No me dejes marchar.

Si alguien se hubiera arrojado á sus pies, pidiéndole la

vida, no se hubiera conmovido más. Sus labios no cesaban de suplicar:

—No me dejes marchar.

Ingrid, siempre inmóvil, temblaba de piedad. No se trataba de la vida solamente. Tratábase, sin duda, de la salvación del alma. Sus labios, por fin, se callaron y permanecieron entreabiertos, como fatigados y entontecidos. Ante semejante expresión, Ingrid lanzó un grito y se tambaleó. Reconocía la cara del loco, tal como acababa de verle.

—¡No, no!—exclamó,—no es posible que sea así; tal vez no es así, no quiero. ¡No es posible que sea él!

Permaneció quizá una hora llorando en la escalera glacial. Pero, poco á poco, su desaliento cedió el puesto á la esperanza, á una esperanza clara y confortante. No se atrevió á levantar la cabeza. ¿No significaba todo lo que ocurría que debía salvarle? Para esto había sido llevada á Munkytan, para la felicidad de devolverle á la vida.

Mientras tanto, en el saloncito, hablaban Stava y la señora de Hede. La anciana suplicaba á Stava, con desgarrador acento, que convenciese á su hijo para que se quedara aún algunos días. Stava esforzábese en guardar una actitud rígida.

—Se le puede rogar—dijo;—pero Vuestra Merced sabe muy bien que nada ni nadie le detiene cuando se quiere marchar.

—Tenemos bastante dinero. No tendría necesidad de continuar... No puede usted, Stava, decirle...

En este momento, la puerta pareció abrirse sin ruido ante Ingrid. Se deslizaba por el piso con pasos ligeros. Sus ojos brillaban, como si vieran á lo lejos algo hermoso.

La señora de Hede frunció un poco las cejas. Sintió el deseo de ser cruel á su vez.

—Ingrid—dijo,—acércate. Necesito hablarte de tu porvenir.

La joven había cogido su guitarra, y se disponía á salir de la habitación.

—¿De mi porvenir?—dijo ella, pasándose la mano por la frente.—Mi porvenir está ya decidido.

E. M.—*Mayo 1911.*

Y salió sin añadir una palabra.

La señora de Hede y Stava se miraron sorprendidas. Después discutieron un poco para saber adónde enviar á la joven.

Pero cuando Stava entró en su cuarto, encontró á Ingrid que cantaba canciones y tocaba la guitarra. Hede, sentado frente á ella, la escuchaba con el rostro como bañado de sol.

Desde el momento en que Ingrid reconoció á su estudiante en el pobre loco, no tuvo otro pensamiento que curarle. Pero era una ruda tarea, y no sabía cómo hacer.

Por de pronto, era preciso que se quedase en casa. Consiguiólo ella sin demasiada dificultad. Para oirla tocar todos los días algunas piezas en el violín ó la guitarra, la esperaba pacientemente de la mañana á la noche en el cuarto de Stava.

Ingrid esperaba que pronto entraría en las otras habitaciones; pero él no se atrevía. Ella se aferró, y le dijo que no la oiría él más si no venía á la sala. Persistió ella durante dos días; pero de nuevo preparó él su marcha, y la joven tuvo que ceder. Tenía él predilección por ella, era evidente, pero no podía sacrificarle nada de su temor.

Rogóle Ingrid que se quitase la pelliza de campesino y se pusiera una americana. Consintió él, pero al día siguiente volvió á ponerse la pelliza. Se la escondieron: cogió entonces la del criado. Había que dejarle hacer. Su miedo no le abandonaba. No permitía que nadie se le acercase demasiado. La misma Ingrid no podía sentarse á su lado.

Un día quiso ella recabar de él la promesa de no volver á saludar al gato. No era muy difícil lo que pedía, puesto que no exigía que cesara de saludar á los caballos y á los perros. ¿Pero cómo podía él asustarse de un gatito?

—Sí—contestó él,—es una cabra.

—No—dijo Ingrid,—no es una cabra, porque no tiene cuernos.

Esta respuesta le agradó: había hallado una definición que le ayudaría á distinguir las cabras de los otros animales.

Al día siguiente, pasó arrogantemente junto al gato de

Stava. «Esta cabra no tiene cuernos», dijo riendo. Y fué á sentarse en el sofá para oír tocar á Ingrid. Pero á los pocos momentos pareció agitado, se levantó, acercóse al gato y le hizo una reverencia. Ingrid se desesperó. Cogióle por un brazo y le sacudió. Entonces él huyó y no apareció hasta el día siguiente.

—Hija mía—dijo la señora de Hede,—haces lo que yo, vas á asustarle y no se atreverá á volver. Más vale dejarle tranquilo. Con que siga en casa, nos basta.

Ante aquel hombre, en un tiempo tan amable y hoy oculto y como abismado en la piel del loco, Ingrid se desesperaba. ¿Tendría que pasarse la vida tocando los aires del abuelo ciego?

A veces le contaba cuentos. Y á veces, en medio del relato, el rostro de Hede se iluminaba, y hacía una observación discreta. Un hombre sensato no hubiera podido percibir nunca lo que él percibía. No hacía falta más para devolver á la joven el valor y la esperanza.

Era un atardecer; elevábase la luna; el suelo estaba cubierto de blanca nieve; el lago helado era gris y brillante. Los árboles se destacaban en negro sobre un cielo que el sol poniente inflamaba. Ingrid bajaba hacia el lago para patinar. Iba por un senderito á través de la nieve. Gunnar Hede la seguía. Había en la actitud de éste algo sumiso que hacía pensar en un perro detrás de su amo. Ingrid tenía aspecto de cansancio. Sus ojos carecían de brillo, su tez estaba pálida. Preguntábase si el día que iba á morir estaba contento de sí mismo, y si era de satisfacción por lo que encendía aquel atardecer rojo. En cuanto á ella, aquel día no le dejaba ningún motivo de contento: ni en aquel día, ni en ningún otro, tuvo ella ocasión de encender una hoguera de alegría. Llevaba un mes de tratamiento con Hede, y no había adelantado nada. Sentíase angustiada. ¿No se gastaría su amor en aquella vana lucha? Empezaba á olvidarse del estudiante para no pensar sino en el enfermo. El amor se despojaba de toda su ligereza y hermosura. No quedaba más que una gravedad pesada.

Cada paso que daba avivaba en ella su desesperación. No sabía qué hacer; tal vez valiera más declararse vencida y cesar en los esfuerzos. ¡Qué tortura, Dios mío, la de pensar que tras ella caminaba un sér robusto, sano de aspecto, y, sin embargo, incurable.

Llegaron al lago, y la joven se puso los patines. Quería que Hede la acompañase, y le ató los suyos; pero él no pudo guardar el equilibrio en cuanto se encontró en el hielo. Se sentó en una piedra á orillas del lago. Ella le dejó.

Frente á la piedra en que estaba sentado Gunnar Hede, había un islote cubierto de arbustos sin hojas. Servíales de fondo el cielo intensamente rojo de la tarde. Las ramas finas y ligeras de los árboles se entrelazaban en aquel cielo rojo con una belleza que impresionaba.

Un detalle particular nos hace á menudo reconocer todo un paisaje. Munkytan se gravaba en la memoria con aquel islotillo. Hubiérase estado ausente años, y siempre se habría reconocido el islote que tendía en aquel momento hacia el sol poniente sus coronas de árboles negros.

Hede miraba al islote, el fino ramaje y, en rededor, el hielo como un espejo. No habría lugar en toda la finca que conociera mejor. Tras un momento de contemplación, empezó á mirar la isla sin pensar en ella, como se hace con los objetos familiares. Permanecía con la mirada fija; nada la perturbaba, ningún sér humano, ningún soplo de viento. Ingrid había desaparecido á lo lejos sobre el hielo.

Una paz inmensa se apoderó de Gunnar Hede; el mismo reposo que se siente en medio de las cosas íntimas del hogar.

Aquel islote exhalaba una tranquilidad y una paz perfectas que calmaban su eterna inquietud. Persuadido de que estaba siempre rodeado de enemigos, Hede no había sentido, desde hacía muchos años, la calma que le hubiese permitido olvidarse de sí mismo.

Mientras que estaba sentado en aquella piedra, sumido en vagos pensamientos, hizo un movimiento maquinal. Levantóse

y se puso á patinar. Lo hacía tan inconscientemente como, al comer, se lleva uno á la boca el tenedor ó la cuchara.

Patinaba. El hielo estaba excelente. «Hermoso hielo—se dijo;—me asombra que no haya venido yo hasta ahora. Pero ayer me parece que estuve patinando. No faltará un día, mientras que duren las vacaciones.»

¿Fué porque Gunnar Hede volvió, sin darse cuenta, á una de sus costumbres favoritas de otro tiempo, por lo que se despertó en él una parte de su antigua naturaleza? Recuerdos é ideas que se referían á su antigua existencia emergieron á la superficie de su conciencia, mientras que todos los pensamientos concernientes á su enfermedad se hundieron en el olvido.

Siempre sin pensarlo, trazó una larga curva por el lago y dobló un promontorio puntiagudo. Después de haberle doblado, recordó que lo doblaba siempre para ver si había luz en la ventana de su madre. «Dirá que ya es hora de volver, pero que espere un momento. El hielo está hoy demasiado bueno.»

El movimiento y el aire puro despertaban en Hede vagas sensaciones de bienestar. En las noches de luna es cuando hay que patinar. Gustaba de ese dulce paso del día á la noche. La luz no ha desaparecido aún por completo, y la calma inmensa reina ya: lo mejor del día se une con lo mejor de la noche.

Había allí otro patinador, ó más bien una patinadora. No sabía él si la conocía; pero, por curiosidad, se dirigió hacia ella. No, no la conocía; pero, no obstante, Hede la dijo al pasar unas palabras sobre la bondad del hielo.

La extranjera era seguramente una señorita de la población, y que no estaba acostumbrada á que la dirigiesen así la palabra. Había parecido aterrada. Pero preciso era confesar que iba él chuscamente vestido; ¿pues no llevaba un traje de campesino? No la volvería á asustar; cambió de dirección. El lago era suficientemente grande para dos.

Ingrid había estado á punto de lanzar un grito de sorpresa. Habíale visto venir hacia ella en una curva elegante, con los brazos cruzados sobre el pecho, con las alas de su sombre-

ro blando levantadas, y los cabellos, que de ordinario colgaban y le tapaban las orejas, echados hacia atrás. La voz con que la había hablado era la de un hombre bien educado; ni casi se percibía en ella el acento dalecarliano.

Ingrid no se paró á pensar. Se precipitó hacia tierra. Anhelante entró en la cocina, impaciente por dar la noticia, y no sabiendo cómo anunciarla.

—¡Stava, Stava! ¡El señorito ha vuelto!

No había nadie en la cocina. La joven fué al cuarto de la sirvienta. Nadie tampoco. Recorrió toda la casa, entró en habitaciones en las que nunca había puesto el pie, gritando siempre:

—¡Stava, Stava! ¡El señorito ha vuelto! ¡Ha vuelto!

Estaba fuera de sí. En el descansillo del piso superior, continuó gritando, mientras que las dos criadas, Stava y la señora la rodeaban. Y, harto agitada para callarse, no hacía más que repetir la misma frase.

No se engañaron sobre lo que quería decir. Las cuatro mujeres parecían trastornadas como ella, con las facciones desencajadas, las manos temblonas. Ingrid se dirigía de la una á la otra, aturdida. Quería dar explicaciones y órdenes; pero buscaba en vano sus palabras.

La señora Hede, con voz baja y temblona, dijo:

—Luz y fuego en el cuarto del señor, y que saquen su ropa del armario.

No era la ocasión de manifestar orgullo; sin embargo, con tono un poco seco contestó Stava:

—El cuarto del señor siempre tiene fuego, y la ropa del señor le espera.

—Ingrid subirá—dijo la señora de Hede.

La joven no la oyó. Fué á la sala y se puso á la ventana, sollozando y temblando. Enjugábase á cada instante los ojos para mirar la llanura de nieve que se extendía bajo las ventanas. Si pudiera contener las lágrimas, le vería seguramente á la esplendorosa luz de la luna.

Y le vió.

—Allí, allí—gritó ella á la señora Hede.—Va de prisa, corre. Mire usted.

La anciana se había sentado junto al fuego. Permanecía inmóvil. Toda su atención se había concentrado en sus oídos. Suplicaba á Ingrid que guardase silencio, á fin de oír los pasos de su hijo. Sí, Ingrid se dominaría. Se apoyó en los cristales, y le repetía:

—Hay que estar callada, callada.

La señora, inclinada hacia adelante, escuchaba con toda su alma. ¿Oía los pasos en el patio? ¿Temía tal vez que se dirigiese á la cocina? Ingrid comprendía que la anciana no se atrevía aún á creer que tomara otro camino. ¿Oía crujir los escalones? ¿Oía abrirse bruscamente la puerta del recibimiento? ¿Oía subir rápidamente la escalera del primer piso? ¡Dos, tres escalones á la vez! ¿Oía la madre aquellos pasos, que no eran ya pasos de campesino lentos y pesados?

Con una tensión casi dolorosa, oyéronle acercarse á la puerta de la sala. Su entrada les hubiera arrancado probablemente un grito á las dos. Pero pasó, cruzó el vestíbulo y se dirigió á su cuarto.

La señora se reclinó en el sofá, y sus ojos se cerraron. Ingrid se dijo que la anciana hubiera tal vez querido morir en aquel momento. Sin abrir los ojos, la anciana extendió la mano. Ingrid la cogió. La señora Hede la atrajo.

—No llores más ahora—murmuró.—Toma un taburete y siéntate aquí junto al fuego. Debemos estar tranquilas, Ingrid. Hablemos de otra cosa. Es preciso que estemos muy tranquilas cuando él entre.

Gunnar entró al cabo de media hora. Encontró el té servido y encendida la lámpara. Se había puesto su traje. Ingrid y la señora Hede se estrecharon la mano fuertemente. Habíanse hecho á la idea de verle entrar. No se podía prever lo que diría ó haría él. Pero dijera ó hiciese lo que quisiera, ellas permanecerían tranquilas.

Ingrid, en efecto, se había tranquilizado. Un profundo sentimiento de felicidad había calmado su agitación. Parecía subir á la beatitud celestial: reposaba descuidada en los brazos de los ángeles que la llevaban.

Pero Gunnar Hede no mostró ninguna violencia:

—Vengo solamente á decir—manifestó—que he cogido un fuerte dolor de cabeza, y que me iré á acostar en seguida. Lo he sentido en el hielo.

La madre no contestó nada. No estaba preparada para una cosa tan sencilla. Necesitó un momento para comprender que su hijo ignoraba su enfermedad y que vivía en lo pasado.

—Pero ¿podré tomar una taza de té?—añadió él, un poco sorprendido del silencio.

La anciana se acercó á la bandeja. Él la miró:

—Tú has llorado mamá; ¿por qué estás tan callada?

—Hemos hablado de una historia triste mi amiguita y yo—dijo ella indicando á Ingrid.

—¡Oh! perdón—dijo él.—No había reparado...

La joven se mostró á la luz, bella como una persona que sabe que las puertas del cielo van á abrirse de par en par ante ella.

Hede se inclinó no sin cierta rigidez. Era evidente que no la conocía. La anciana la presentó.

Él miró rápidamente á Ingrid.—Hace un momento he visto patinando á esta señorita—dijo.

No sabía nada de ella; no la había hablado nunca.

*
* *

Siguieron unos días felices. Gunnar Hede no estaba sin duda completamente curado; pero las que le amaban tenían la dicha de creer que lo estaría poco á poco. Su memoria parecía en parte abatida. Se le escapaban largos períodos de su vida; no sabía ya tocar el violín; sus conocimientos estaban casi borrados, y su cerebro estaba tan débil que no quería leer ni es-

cribir. Sin embargo, estaba mucho mejor: no temblaba de miedo; amaba á su madre, y había recobrado los modales y costumbres de un hombre distinguido. La señora Hede y todos en la casa estaban contentísimos.

Hede estaba de un humor delicioso: siempre animado, siempre alegre; no se cansaba el cerebro; deslizábase sobre todo lo que no podía comprender; evitaba hablar de todo lo que exigiera el menor esfuerzo de inteligencia; pero hablaba alegremente.

Gustaba de los ejercicios físicos. Llevaba á Ingrid en trineo y á patinar. No le hablaba mucho, pero ella era feliz con acompañarle. Era él amable con ella como con todo el mundo, pero no experimentaba hacia ella ningún sentimiento amoroso.

Pensaba mucho en su novia; preguntábase por qué no le escribía. Pero esta preocupación, como las demás, parecía resbalar sobre él. ¡Sacudía tan pronto los pensamientos importunos!

Ingrid comprendía que no sería así como llegaría á la plena curación. Necesitábase á toda costa hacerle reflexionar y obligarle á entrar en lo que parecía temer. Pero no se atrevía á hacerlo; tampoco los demás; que la ternura se despertase en él, y entonces tendría ella ese valor. Por el momento, no tenían necesidad sino de una cosa: de un poco de felicidad.

CAPITULO V

Por entonces ocurrió la muerte de un hijo del Vicario de Raglanda, en cuya casa vivió Ingrid. El sepulturero estaba abriéndole la fosa cerca del lugar en donde abrió el año último la de Ingrid. Y, al llegar á unos cuantos metros de profundidad, la casualidad le hizo poner al descubierto un ángulo del ataúd.

Al verle, el sepulturero pensó en las historias que habían

corrido sobre la muerta. Díjose que el día mismo del entierro se había presentado en el presbiterio. Como la mujer del Vicario era bastante mal vista de los feligreses, era probable que se hubiese aprovechado la ocasión para hablar de ella. El sepulturero se decía que, verdaderamente, las gentes no tienen la menor idea de la manera con que los muertos quedan apriisionados bajo tierra.

Interrumpióse de pronto en medio de sus reflexiones. Sobre el ángulo del ataúd que acabada de descubrir, la tapa parecía un poco torcida, y poco apretado uno de sus tornillos. Se quedó mudo, suspendió su trabajo y se puso á silbar. Silbó toda la marcha del regimiento de Vermland, porque había sido soldado.

Después se dijo que era preciso de todo punto aclarar aquello. Un sepulturero no tiene derecho á crearse pensamientos raros sobre los muertos que podrían perturbar poderosamente las sombrías noches del otoño. Aprisa, socavó la tierra, y dió en el ataúd con una azada.

El féretro respondió claramente que estaba vacío, vacío, vacío.

Media hora después, el sepulturero se presentó en casa del Vicario. Hubo gran conmoción y discusión. Lo único en que se estuvo de acuerdo fué en que la joven había sido escondida en el saco del buhonero. Pero, ¿adónde fué después?

La señora Ana Stina estaba junto al horno en donde se ocupaba de la cocción del pan, porque de nuevo se preparaban funerales en la casa. Escuchó durante un rato todas las suposiciones que se hacían. Silenciosa, no le interesaba sino su trabajo, y no se cuidaba sino de que no se quemasen los panes. A cada momento, metía y sacaba la masa del horno, y su larga pala mantenía á todo el mundo á respetuosa distancia. De pronto se la vió quitarse el delantal de cocina, limpiarse como pudo el sudor y las manchas de carbón de la cara, y adelantarse hacia el Vicario...

A nadie le chocará después de esto, que un día de Marzo se

viese que se paraba ante la escalinata de Munkytan un trineo, pintado de rojo, con tulipanes verdes, tirado por un caballo bayo. El Vicario había ido á buscar á Ingrid. Era preciso que volviese en seguida á la casa, al lado de la madre. No decía que se alegraban de encontrarla viva, ni nada por el estilo, pero se le leía el gozo en la cara. No se habían perdonado nunca su falta de ternura con su hija adoptiva; así es que rebosaba de felicidad al pensar que iba á reanudar la vida con ella, y á reanudarla mejor esta vez.

No se aludió para nada á los motivos de su fuga. ¿Para qué desenterrar lo desagradable y atormentarse? Pero Ingrid comprendía que su madre adoptiva había pasado malos días; que había llorado de pesar y remordimientos, y que deseaba vehementemente recobrarla para mostrarse tierna con ella. Comprendía también que no podía negarse á seguir al Vicario; era el único medio que tenía de probar que no los guardaba ningún rencor.

Todo el mundo consideró natural que volviese á Raglanda por una semana ó dos. No podía alegar que la necesitaban en Munkytan. Tan corta ausencia no había de perjudicar nada á Gunnar Hede. Parecíale muy rudo marcharse; pero, puesto que todo el mundo parecía desearlo, no tenía más que obedecer. Salió, pues, de Munkytan, y se internó en el bosque. Tal vez no habían querido retenerla, por pura bondad. Tal vez habían pensado que su juventud y su deseo de vivir aspiraban á salir de la soledad. Tal vez habían temido que estuviese cansada de hacer de loquera. Alzó las manos para empuñar las riendas y guiar el caballo. Pero estaba ya á tres leguas de distancia de Munkytan cuando se le ocurrió aquella idea. El gran mutismo de la naturaleza le dió la impresión de que andaba á tientas para encontrar el camino en los laberintos del bosque. Ningún sér la aconsejaba, ni los hombres, ni los pinos, ni los abetos, ni los escarabajos, ni los buhos.

*
* *
*

Nada importa saber lo que fué su vida en casa del Vicario. Estaba muy bien, creía ella. ¿Qué importaba? Hubiéranla llevado á un palacio y á un jardín mágico, y hubiera sido lo mismo. Ningún lecho, por blando que sea, sirve de reposo para el que sufre de nostalgia.

Los primeros tiempos, pedía humildemente, todos los días, que la dejasen volver á Munkytan, ya que había tenido la alegría de ver á su madre y á sus hermanos. Pero le oponían el estado de los caminos. Había que tener paciencia, y esperar á que el deshielo hubiera hecho transitables los caminos. ¿No era verdaderamente una cuestión de vida ó muerte para ella volver con los moradores de Munkytan?

Ingrid no comprendía por qué se enfadaban cuando hablaba de su vuelta á casa de Hede. Pero el solo nombre de Munkytan ponía de mal humor á su padre, á su madre, á todo el mundo. Puesto que estaba en Raglanda, ¿qué tenía que añorar?

Juzgó preferible no hablar más de su viaje. Surgían siempre nuevos obstáculos; parecía que la rodeaban de paredes, de fosos, de cercados. Había mucho trabajo. Había que arreglar ropas y cuidar del jardín. ¿No querría marcharse antes de la fiesta onomástica que se preparaba? Y, ¿cómo irse antes de la boda de su amiga Karina Landberg?

No le quedaba á Ingrid otro recurso que rogar á la primavera que apresurase su obra. No le quedaba más que implorar sol y calor; que suplicar al dulce sol que enviase sus penetrantes rayos á través de las ramas nivosas del bosque, que se extendían en la frontera dalecarliana. ¿Qué importaba que hubiese aún un poco de nieve en el valle, si las alturas estaban limpias y practicables los senderos de los bosques, si los sirvientes podían subir con el ganado á las chozas de las montañas, si las marismas estaban secas, y si el camino forestal, en una mitad más corto que la carretera, estaba al fin libre?

¡Ah! ¡Que estuviese libre ese camino! Y la joven conocía á una persona que no esperaría ni caballo ni coche. Saldría en una noche clara y sin pedir permiso á nadie.

Todo el mundo esperaba la primavera. Pero Ingrid comprendía que nunca la había deseado tanto. Su espera de otros tiempos no merecía el nombre de deseo. Antes, deseaba volver á ver las hojas verdes y las anémonas, y oír el canto de los mirlos y el llamamiento de los cucos. Niñadas, ni más ni menos. No sabe desear la primavera el que no sueña sino con las cosas bonitas. Pero ella hubiera besado la primera mota de tierra que saliese de la nieve. Se hubiera picado sus dedos en la primera hoja arrugada de la ortiga, para imprimirse en la piel la certeza de que ya estaba allí la primavera.

Todo el mundo estaba cariñosísimo con ella. Aunque ya no hablase, todos pensaban que deseaba marcharse.

—No comprendo que quieras volver á cuidar de un loco—dijo un día Karina Landberg.

Leía en los pensamientos de Ingrid.

—¡Oh! Ya no piensa en eso, se ha concluído—se apresuró á decir la mujer del Vicario, antes de que Ingrid hubiera tenido tiempo de abrir la boca.

Cuando Karina se marchó, la mujer del Vicario interpelló á Ingrid:

—A todos choca que puedas dejarnos.

Ingrid no contestó nada.

—Se dice que, tal vez, desde que Hede está mejor, te has enamorado de él—añadió la madre adoptiva.

—¡Oh! Desde que está mejor, no—dijo Ingrid sonriendo.

—Sea como quiera, no es un partido para ti—dijo la madre.—Tu padre y yo hemos hablado, y somos de opinión que en tu interés conviene que te quedes con nosotros.

—Son ustedes muy buenos al querer tenerme—dijo Ingrid.

Afectábale verdaderamente mucho tal prueba de bondad. Pero sus padres adoptivos no parecían tener confianza en su sumisión. Y la madre volvía á la carga.

—Si te necesitaran allí, te habrían escrito—decía.

Ingrid sonrió nuevamente. Su madre adoptiva no podía figurarse los mensajes que recibía ella. Se hubiera sofocado.

Aquellos mensajeros eran los sueños de sus noches y las visiones de sus días. *Él* hacía saber á Ingrid que la necesitaba. ¿Ignoraba ella que estaba en camino de volver él á su locura? Si hubieran ido á decírselo, hubiera contestado que lo sabía.

Quien mirase los ojos de estrella de Ingrid, no podía pensar un instante que viviera tranquila en Raglanda.

Cierto es que no es difícil ver si una persona está contenta en donde se halle ó siente nostalgia. Basta con sorprender la chispa de felicidad que brota en sus ojos cuando vuelve del trabajo ó cuando se instala al lado del fuego. En los ojos de Ingrid no aparecía esa chispa sino cuando veían el arroyo crecido que bajaba de la montaña bailando. Parecía abrirle el camino.

La primavera es tardía en el Vermland. Por la tarde hace sol y calor, y al día siguiente, por la mañana, el suelo está blanco de nieve. Las grosellas y los prados verdean bien, pero los árboles permanecen desnudos y sus botones se empeñan en no abrirse.

Por Pentecostés, la primavera había llegado al valle, pero sin complacer los deseos de Ingrid. En ninguna parte había sido llevado el ganado al monte; las chozas seguían desiertas; ninguna marisma estaba seca. Nadie podía aún tomar el sendero á través del bosque.

El día de Pentecostés, Ingrid estaba en la iglesia con su madre adoptiva. Los días de fiesta solemne iban en coche. En otro tiempo, Ingrid se alegraba mucho de llegar así á la plaza de la iglesia, mientras que los que esperaban apoyados en la pared ó á orilla del camino se descubrían y se apartaban los que estaban en medio. Hoy nada le agradaba. «La nostalgia quita su perfume á la rosa y su brillo á la luna», dice el proverbio.

Las palabras que aquel día oía en la iglesia la confortaban. Era grato saber que un regocijante y divino milagro consoló á los discípulos de Cristo de sus pesares nostálgicos.

Mientras que Ingrid y los demás fieles estaban todavía en

el templo, acercóse un alto dalecarliano. Llevaba una pelliza y á cuestas su pesado saco de mercancías, como si fuera incapaz de distinguir el verano del invierno, los días de trabajo de los de fiesta. No entró en la iglesia, sino que fué al cementerio, pasando con precauciones junto á los caballos que aguardaban, atados. En el cementerio se sentó en una tumba, y pensó en todos los muertos que dormían allí y en la muerta que se había despertado. Allí seguía cuando los fieles salieron.

El novio de Karina Landberg fué uno de los primeros en verle. Por curiosidad ó por otro motivo, se le acercó. Quería ver si efectivamente Hede habia vuelto á su locura. Era indudable. Hede se apresuró á contarle que esperaba á una muchacha, llamada Lirio de Tumba, y que tocaba de manera que hiciese bailar al sol y á las estrellas.

El joven dijo entonces al loco que encontraría á la que buscaba en la plaza de la iglesia. No tenía más que levantarse, y, desde donde estaba, la vería, y que ella se alegraría indudablemente mucho también de encontrarle.

La mujer del Vicario y la joven subían al coche cuando acudió el dalecarliano. Acudía, á pesar de todas las reverencias que hacía á los caballos, y agitaba la mano á fin de retener á Ingrid. Paróse ésta. ¿Era mayor su contento de volverle á ver, que su desesperación al encontrarle otra vez loco? El mundo que la rodeaba no existía ya para ella. Todos la miraban. Permanecía inmóvil. Pero los que observaban podrían creer que el que venía hacia ella era un hombre maravilloso, por la radiante expresión de la joven. Creyóse más adelante en uno de esos secretos que, en las profundidades de la inconsciencia, ligan las almas.

Como Hede estaba ya cerca, la madre adoptiva de Ingrid, que no quería semejante encuentro á la vista de la gente, cogió á la joven, la alzó con vigoroso impulso, y la metió en el coche; el cochero fustigó los caballos. Resonaron unos gritos salvajes y terribles. La mujer del Vicario dió gracias á Dios por haber tenido tiempo de llevarse á Ingrid.

Por la tarde, un campesino fué al presbiterio para hablar al pastor. Era respecto al loco dalecarliano, que se había puesto furioso, y al que hubo necesidad de atar. ¿Qué les aconsejaba el pastor?

El pastor les aconsejó sencillamente que se lo llevaran á su casa, á Munkytan.

Por la noche se lo dijeron á Ingrid. Esperaban que ante la verdad sería razonable. Pero aquella misma noche Ingrid comprendió que no podía esperar á la primavera. Marchó por la carretera que conducía á Munkytan, pero que era el doble de larga que el camino del bosque.

*
* *

Era el lunes de Pentecostés; al atardecer, Ingrid caminaba por la carretera. Atravesaba una región clara: colinas bajas, grupos de árboles entre los campos, y á veces macizos de arbustos. Varios estaban con tiernas hojas; las cunetas estaban llenas de un agua límpida que murmuraba, y en la que brillaban en el fondo relucientes piedras. Ingrid se afligía al pensar en la locura de Hede, y se preguntaba con angustia lo que podía hacer por él, si es que pudiera hacer algo, y si no había abandonado inútilmente la casa de sus padres adoptivos.

Estaba cansada y tenía hambre. ¿No valía más desandar el camino? ¡Estaba tan lejos el término!

Cuanto más avanzaba, más aumentaban su pesar y desaliento. ¿Para qué ir á Munkytan, puesto que Hede estaba completamente loco? Pero, cada vez que estaba á punto de volverse atrás, veía al lado de su cara, cerca de su mejilla, la cara de Hede como tan á menudo la viera otras veces. Entonces creía ella que él la llamaba, y le volvía el valor con la certeza de que le curaría.

En uno de los momentos en que Ingrid, recobrando confianza, levantaba la cabeza, vió un raro espectáculo. Ante ella marchaba un caballejo arrastrando un carricoche, en el que se

erguía una mujer gordísima, mientras que un hombre flaco, de largos bigotes, marchaba al lado del vehículo.

Aquí, en los campos, en donde nadie entendía nada de bellas artes, el señor y la señora Blomgren—pues eran ellos—esforzábanse en divertir á los burgueses. El carricoche llevaba un toldo, y nadie hubiera sospechado que conducía aparatos de fuegos artificiales, útiles de prestidigitación y los muñecos de un guiñol.

Nadie hubiera sospechado tampoco que aquella burguesa gorda del carricoche fuera la antigua miss Viola que, en otro tiempo, voló por los aires, y que aquel hombre de aspecto militar, un antiguo soldado sin duda, era el propio M. Blomgren, que á veces, para amenizar la monotonía del camino, volteaba por encima del caballo y ventrilocuaba con los chorlitos y los mirlos.

El caballo, un caballejo que había servido en un tío-vivo, no quería andar sino al són de la música. Así es que la señora Blomgren, desde lo alto del vehículo, tocaba una dulzaina, que escondía cuando pasaba alguien, para que no los tomasen por artistas. Iban despacio, pero no tenían prisa. El violinista ciego que les acompañaba iba un poco atrás, guiado por un perrito. Los Blomgren no querían que tuviese lazarillo, porque les hubiera recordado penosamente á la pequeña Ingrid.

Por aquella época del año, los Blomgren estaban de campo. Gozaban de la primavera. Sacrificaban, para disfrutar de ella, los beneficios que hubieran tenido en las poblaciones. Pero cuando se tiene alma de artista, no se repara en semejantes sacrificios. No reconocieron á Ingrid, y ésta pasó de largo sin saludarlos, porque tenía prisa y no quería que la entretuviesen. Pero se dijo que había hecho mal y que era una ingratitude, y volvió sobre sus pasos.

Si, en aquel momento, Ingrid hubiera podido sentir alegría, la hubiese tenido al ver el gozo de aquellos dos viejos. Entablóse una larga conversación. El caballejo volvía la cabeza á cada momento por ver lo que sucedía á sus caballos de madera.

Cosa curiosa; Ingrid fué la que más habló. Los Blomgren observaron desde luego que había llorado, y se affigieron tanto, que tuvo que contarles toda su historia.

Era un consuelo confiarse á aquellas gentes que tenían su manera de considerar las cosas. Aplaudieron cuando les contó cómo había salido de la tumba y cómo asustó involuntariamente á la mujer del Vicario. La felicitaron por haber dejado el presbiterio. Para ellos no existía nada pesado y penoso. Todo les parecía sonriente y fácil. Comparaban lo que oían con las comedias de sus muñecos. También se ponía en las pantomimas un poco de tristeza, un poco de infelicidad. Esto servía para dar realidad. Y, naturalmente, todo acababa bien. Todo, en las pantomimas, concluye siempre bien.

Había algo contagioso en su confianza. Ingrid veía bien que no comprendían toda la extensión de la desgracia que la affigía; pero cobraba ánimos escuchándoles.

Además le fueron de positiva ayuda. Dijéronla que en la posada de Torsaker, en donde habían comido, unos campesinos habían llevado un loco. Como la señora Blomgren no podía soportar la vista de los locos, quiso marchar en seguida, y Blomgren la obedeció. Pero sin duda era el loco de Ingrid.

Ingrid lo pensó así, y se dispuso á alejarse. Pero entonces Blomgren preguntó á su mujer, con voz solemne, si no habían dejado la ciudad únicamente para respirar el aire primaveral, y si, por consiguiente, no les era indiferente seguir un camino ú otro. Y la mujer de Blomgren preguntó de una manera tan patética á su marido si había pensado que abandonara á Ingrid hasta que la querida niña hubiese llegado á puerto de salvación.

Y el caballejo del tío-vivo dió la vuelta, y la conversación se hizo más dificultosa, porque había que tocar la dulzaina. Cuando la señora Blomgren tenía que decir algo, tendía el instrumento á su marido; y, cuando éste á su vez quería hablar, se lo devolvía á su mujer, y el caballejo se paraba cada

vez que el instrumento pasaba de una mano á otra. Las buenas gentes decían palabras consoladoras para el corazón de Ingrid. Recordábanle cuentos que ella había visto representar en el guñol. Confortábanla con el ejemplo de la Bella del Bosque Durmiente, con el de la Cenicienta y con otros cuentos, con todos los cuentos del mundo.

Los Blomgren vieron por fin brillar los ojos de Ingrid, «ojos de artista», como repetían, moviendo la cabeza de satisfacción. «Sí, ojos de artista. ¿No lo dijimos siempre?»

El destino parecía darles la razón. ¿No la había llevado aquél al lado de ellos en los momentos en que desempeñaba un papel, un verdadero papel en un verdadero drama? Era el triunfo de su vejez.

Iban todo lo de prisa que podían. Los Blomgren querían saber si el loco no había salido de la posada.

No había salido, y lo peor era que no sabían cómo hacerle salir.

Los dos campesinos de Raglanda que le habían llevado, teníanle encerrado en una de las habitaciones, en espera de caballos. Habíanle atado sólidamente las manos á la espalda, pero había logrado desatarse. Y, cuando sus guardianes fueron á buscarle, le encontraron libre y furioso, blandiendo una si-lla. No habían tenido tiempo sino para cerrarle la puerta y escapar, y ahora esperaban la vuelta del posadero y de sus mozos, para que les ayudaran á atarle.

La esperanza que sus dos viejos amigos habían despertado en Ingrid, no desapareció. Que Hede estuviese más enfermo que nunca, no era una razón para desesperar de curarle. Procedíale el valor, no de los cuentos oídos, sino del cariño que sintió á su alrededor.

Rogó que se abriese la puerta de la habitación. Dijo que conocía á aquel pobre loco, y que seguramente no la haría ningún daño. Pero los campesinos contestaron que no estaban locos ellos. Su prisionero mataría al que entrara sin armas y sin defensa.

Ingrid guardó silencio: reflexionaba. Su encuentro con los Blomgren le parecía providencial. Pensó en la manera que Hede tuvo de curarse la última vez. ¿No se podría, esta vez también, lograr que hiciera una de las cosas que le eran familiares? Pensaba, pensaba.

* * *

Los Blomgren, sentados en un banco, á la puerta de la posada, tenían una expresión de abatimiento de que no se les hubiera creído capaces. Casi estaban á punto de llorar.

De repente, Ingrid se les acercó sonriendo, como solamente ella sabía sonreír; les hizo unos mimos, y les pidió, como una gran cosa, que le ofrecieran una de aquellas representaciones á las que todos los días asistiera antes. ¡Sería una satisfacción tan grande para ella! Al principio se negaron, porque no estaban en buenas disposiciones artísticas. Pero las sonrisas de la joven los rindieron. Fueron á buscar sus trajes al carricoche.

Cuando estuvieron dispuestos y se llamó al ciego, Ingrid eligió el sitio de la representación. Los llevó al jardín de la posada; porque la posada poseía, á modo de jardín, unas plantabandas de tierra desnuda y unos cuadrados en los que nada había germinado aún. Pero había, aquí y allá, algunos manzanos en flor. Ingrid pidió que ejecutaran sus ejercicios bajo uno de aquellos manzanos.

Criados y mozas acudieron á los primeros sonos del violín, y formaron corro. Sin embargo, los Blomgren no se sentían de humor de trabajar. Era exigirles demasiado cuando estaban tan tristes. Y ¿por qué Ingrid los había llevado al lugar adonde daban precisamente las ventanas de los cuartos de los huéspedes?

La señora Blomgren estuvo á punto de huir cuando oyó abrirse bruscamente una ventana. ¡Dios mío! ¡Si el loco, exasperado por la música, iría á saltar por la ventana y acometerlos!

Pero se tranquilizó cuando vió á un joven de aspecto muy agradable. Estaba en mangas de camisa. Su mirada era apacible, sus labios sonreían, y se apartaba con las manos el pelo que le caía sobre la frente. Blomgren, entregado á sus ejercicios, no observaba nada; pero su mujer, cuyo papel no consistía sino en lanzar besos, podía mirar en derredor.

¡Qué maravilla ver lo radiante que se había puesto el rostro de Ingrid! Sus ojos brillaban como no habían brillado nunca. Su tez era de una blancura luminosa, y todo aquel esplendor dirigíase al joven que había abierto la ventana.

El joven no lo pensó mucho. Montóse en la ventana y saltó al jardín. Fué en derechura al ciego y le rogó que le prestase el violín.

Ingrid se apresuró á coger el violín de manos del ciego y lo tendió al joven.

—Ahora hay que tocar el vals de *Freischutz*—dijo.

El joven comenzó á tocar, y la muchacha sonreía. Tenía una expresión tan sobrenatural, que la señora Blomgren temía que la joven se convirtiese en un rayo de sol y se desvaneciese. Pero cuando oyó tocar al joven, la señora Blomgren le reconoció:

—¡Ah!—se dijo.—¡Ah! ¡es él!, y por él ha querido ella vernos, á nosotros, pobres viejos, ejecutar nuestros ejercicios...

*
* *

Gunnar Hede, encerrado en el cuarto, se había puesto tan furioso, que hubiera querido matar á alguien; pero, de pronto, oyó tocar el violín bajo su ventana. ¡Era un ciego el que tocaba! Aquella música y aquel ciego le llevaron á una escena de la vida pasada. Preguntóse al principio en dónde podría estar su violín. Después recordó que Olin se lo había llevado. Tenía, pues, que pedir el del ciego, para tranquilizarse, porque se sentía terriblemente agitado.

En cuanto tuvo en sus manos el instrumento, no se le ocu-

rrió que tal vez no sabría tocar. No se acordaba de que hacía años que su violín no respondía más que á dos pobres tocatas. Creyóse en Upsal, ante la casa cubierta por una viña silvestre. Esperaba que los saltimbanquis se pusieran á bailar como la última vez. Trataba de animarlos con su ardor. Pero sus dedos estaban entumecidos y torpes. El arco no obedecía. Gotas de sudor brillaban en su frente. Por fin, encontró la antigua tocata. La tocó de una manera seductora. Pero los gimnastas no bailaron. Había pasado el tiempo y habían envejecido desde el día en que, en Upsal, encontraron al estudiante.

Hede se volvió hacia Ingrid como para preguntarle el motivo de su decepción. Vió los ojos de la joven y le asombró tanto su brillo, que cesó de tocar. Miró en rededor. Todos los del corro le miraban extrañamente inquietos. Le era imposible tocar cuando le miraban así.

Se alejó tranquilamente, y se dirigió á un grupo de manzanos en flor, que se veía en el fondo del jardín. Todo desmentía su idea de hace un momento de que Olin le había encerrado y que estaba en Upsal. El jardín era demasiado grande y la casa no estaba tapizada por la viña. ¿En dónde estaba, pues? Parecíale que no había tocado desde hacía años. Ahora, que tenía un violín, iba á aprovecharse.

Apoyó su mejilla en el instrumento y empezó. Pero de nuevo le paralizó el entorpecimiento de sus dedos. No podía ejecutar las piezas más sencillas.

—Habrá que empezar desde el principio—dijo sonriendo.

Después comenzó un minué. Era lo primero que aprendiera. Su padre se lo había enseñado. Hede recordaba la escena, y la letra del minué: «El principito iba á bailar, pero el piececito se le torció.»

Hede pasó á otros aires de baile. Estos los había tocado de colegial. Habíanle invitado á que fuese á tocar al colegio de niñas durante las lecciones de baile. Recordaba á las niñas saltando y girando, y al profesor que llevaba el compás.

Esto le dió un poco de audacia. Acometió un cuarteto de

Mozart, que lo aprendió cuando era alumno del liceo de Falun. Unas señoras quisieron tocar aquella obra en un concierto; pero el primer violinista cayó enfermo, y confiaron la parte á Hede, á pesar de su juventud, cosa que le enorgulleció mucho.

Hede tenía la impresión precisa de que en su cerebro veían el pasado profundas tinieblas. En cuanto trataba de recordar, algo se producía el mismo andar á tientas que cuando se busca un objeto en un cuarto oscuro. Pero, á medida que tocaba, se apartaban las tinieblas. Así había llegado á recordar sus años de infancia y de liceo. De nuevo, confió al violín el cuidado de guiarle.

A cada aire nuevo, las tinieblas cedían un poco. El violín llevóle así á través de los años, despertando recuerdos de estudios, de amigos, de placeres. Las tinieblas se alzaban ante él, densas como una pared; pero cuando avanzaba provisto de su violín, le abrían paso. A veces, miraba hacia atrás, como para ver si se cerraban á su espalda.

El violín empezó una serie de dúos para violín y piano. Desde los primeros compases, cayó un gran lienzo de tinieblas: se acordó de su novia y de su tiempo de noviazgo. Quiso detenerse, pero faltábale aún descorrer otros velos.

Se sorprendió tocando un salmo, el cual seguramente lo oyó una vez que estaba triste. Lo oyó en una iglesia rural. ¿Pero por qué estaba triste? Porque en aquel momento recorría la comarca como un pobre buhonero. Era una vida muy dura. Este recuerdo le angustió.

Su arco se puso á correr por las cuerdas como una tempestad, y desgarraba las tinieblas. He aquí el inmenso bosque, las cabras sepultadas en la nieve, y sus extrañas figuras bajo la siniestra blancura. Rehacía con la imaginación su viaje á casa de su novia; memoraba sus relaciones rotas. Toda esta serie de acontecimientos surgió de pronto del fondo de su memoria. No experimenta ni pesar ni alegría. No le importa sino acordarse. Siente al acordarse una especie de bienestar.

En este momento, el arco se paró y se negó á seguir: las

tinieblas eran demasiado densas. Hede le obligó á continuar, y dos tocatas insignificantes, las más pobres que hubiera oído nunca, salieron del violín. ¿Dónde las había aprendido el arco?

Las tinieblas no retrocedían ante estas tocatas. Pero desprendíase de ellas una angustia como nunca sintiera. Era un terror atroz, todo un horror del alma, el horror de los ángeles caídos.

Se paró. ¿Qué había en aquellas tocatas? Las tinieblas, en vez de apartarse ante su violín, parecían querer cerrarse á su alrededor y sepultarle.

Mientras que tocaba, tenía los ojos entornados; de pronto los abrió para mirar el mundo de la realidad. Entonces vió á Ingrid, que estaba á su lado y que había seguido su música.

Preguntóle, no tanto con la esperanza de una respuesta, como para tener un momento aún las tinieblas á distancia:

—¿Cuándo he tocado esas piezas la última vez?

Ingrid temblaba. Había tomado la resolución de decirle la verdad, sucediera lo que quisiese. Estaba angustiada, pero decidida y llena de valor. No se le escaparía más. No le dejaría deslizarse lejos de ella. Y, sin embargo, la joven no se atrevió á decirle desde luego que había tocado aquello cuando estaba loco. Empleó un subterfugio.

—Las tocabas en tu casa, en Munkytan, este invierno.

¡Cuántos secretos en torno de Hede! ¿Por qué le tuteaba aquella muchacha? No era, sin embargo, una chica del pueblo. Iba peinada señoritamente, con el pelo alto, con muchos bucles pequeños. Su traje parecía casero, pero llevaba al cuello un pañuelo de finos encajes. Su tez era blanca, sus manos pequeñas y su rostro fino, de ojos grandes soñadores, no era el de una campesina. La memoria de Hede no le daba ningún dato. ¿Por qué le tuteaba? ¿Cómo sabía que él había tocado aquellas piezas en su casa de Munkytan?

—¿Cómo te llamas?—dijo.—¿Quién eres?

—Soy aquella Ingrid que viste en Upsal, hace muchos años, y á la que consolaste porque no podía aprender á hacer títeres.

Esta respuesta pertenecía á un pasado que ya se había aclarado para Hede.

—¡Cómo has crecido y que bonita estás, Ingrid!—dijo él.—Eres preciosa.—¡Qué broche tan lucido llevas!

Hacía un rato que se había fijado en aquel broche. Le parecía reconocerlo. Su madre había llevado un broche de esmalte y perlas parecido á éste...

La joven contestó:

—Me lo dió tu madre. Has debido de verle antes.

Entonces Hede dejó el violín, se acercó á Ingrid con gran viveza, y le preguntó:

—¿Cómo es eso? ¿Cómo puedes llevar esa alhaja de mi madre? ¿Cómo es que conoces á mi madre?

Ingrid tuvo miedo. Palideció. Preveía ya la próxima pregunta.

—Yo no sé nada, Ingrid. No sé por qué estoy aquí. No sé por qué estás tú. ¿De qué procede mi ignorancia?

—¡Ah! No me lo preguntes.

Dió un paso atrás, con los brazos extendidos, en actitud de defensa.

—¿No quieres decírmelo?

—¡No me lo preguntes! ¡No me lo preguntes!

Él le cogió rudamente por la muñeca como para arrancarle la verdad.

—¡Dilo! Ya ves que estoy en toda mi razón. ¿Por qué hay cosas que no recuerdo?

Ella vió algo salvaje y amenazador en los ojos del joven. Su respuesta estaba pronta; ¿pero cómo decir á una persona que ha estado loca? Era más difícil de lo que había creído. Era imposible.

—Dilo—repitió él.

Pero, en su voz, comprendió bien ella que no quería que se lo dijese. Entonces apeló á todo su amor, y, sumiendo su mirada en los ojos de Gunnar Hede, contestó:

—No has tenido tu razón completa.

—¿Desde hace mucho tiempo quizá?

—No lo sé con precisión. Desde hace tres ó cuatro años.

—¿Estaba completamente loco?

—¡Oh, no! Vendías, comprabas, ibas á las ferias.

—¿En qué consistía mi locura?

—Tenías miedo.

—¿Y de qué?

—De los animales.

—¿De las cabras, tal vez?

—Sí, sobre todo de las cabras.

Durante todo este diálogo, Hede había tenido rudamente apretada la muñeca de Ingrid. Se calló. Se apartó de la joven, con loca ira, como si ella le hubiera lanzado una vil calumnia.

Pero este primer sentimiento cedió pronto el puesto á otro que le conmovió más profundamente. Con la misma exactitud que en una pintura, veía á un larguirucho dalecarliano encorvado, con un enorme saco. Le veía á la puerta de una casa; pero un miserable gozquecillo sale á su encuentro, y el dalecarliano se detiene, hace reverencias. No entra hasta que un hombre que sale gritando ahuyenta al perro.

Ve esto, y le sobrecoge una terrible angustia, tan terrible que la visión desaparece.

Pero unas voces repercuten en sus oídos. Gritan, llaman, ríen, resuenan sarcasmos; las voces chillonas de los niños son las más crueles. Una palabra, un nombre, siempre el mismo, se murmura y se ruge, le silba en los oídos: *¡el chivo, el chivo!*

Y á él va dirigido ese mote, ¡á él, Gunnar Hede! ¡Aquel era, pues, el infierno en que había vivido! Y ahora, con su plena razón, experimentaba el indecible terror que le agitó cuando estaba loco. Pero este terror no procedía ya de lo que le rodeaba. Hede no temía ya sino á sí mismo.

—¡Yo he sido eso!—dijo retorciéndose las manos.

Después, bruscamente, cayó de rodillas ante un banco, se apoyó en él y prorrumpió en llanto.

—¡Yo he sido eso!—gemía entre sollozos.

¿Tendría nunca el valor de soportar tal pensamiento?

—¡Oh, Dios mío! ¡Haced que me vuelva loco otra vez!— clamó golpeando el banco con su puño.—¡No hay hombre que pueda sufrir esto!

Jadeaba. Las tinieblas parecían acercarse como la salvación y envolverle como una bruma. Una sonrisa contrajo sus labios. Sintió que su tensión se aflojaba, que su mirada se perdía en el vacío. ¡Mejor! La idea de que lo señalasen con el dedo le era intolerable. Ya no tenía que hacer nada en la vida. Todo el mundo le miraba con horror.

Las tinieblas echaban sobre él como los primeros jirones de sombra. Ingrid veía y oía su angustia. Comprendía que pronto iba á destruirse todo.

De pronto se arrodilló junto á Hede, le echó un brazo al cuello, apoyó su cara en la de él y le dió un beso.

¿No le repugnaba á ella? ¿Podía besarle?...

—No hay que tomar las cosas así—murmuraba Ingrid.—Nadie pensará en lo pasado en cuanto estés sano.

—Prefiero volver á estar loco—dijo él.—No puedo soportar la imagen de lo que he sido.

—Lo podrás si quieres—dijo Ingrid.

—Nadie olvidará mi locura—gimió él.—¡Nadie me puede amar!

—Te amo yo—dijo ella.

Él alzó los ojos llenos de duda.

—Me has besado para impedir que me vuelva loco. Has tenido piedad de mí.

—No—dijo ella;—te he besado y te volveré á besar, porque te quiero.

—Piensas que necesito que me hablen así—replicó él.—¿Pero cómo aceptar una vida sabiendo que todo el que me encuentra se dice: «Ese es el loco, el idiota que hacía reverencias á los perros y á los gatos?»

Acometíale un nuevo acceso de desesperación. Sollozaba, con la cara entre las manos:

—¡Más vale volver á estar loco—exclamó,—que sufrir semejante angustia!

Ingrid perdió la paciencia:

—¡Eso es—gritó,—vuelve á estar loco! ¡Qué bien está en un hombre preferir la locura para librarse de un poco de angustia!

Mordíase ella los labios y luchaba contra las lágrimas que la impedían hablar. La flaqueza de Hede, su cobarde desaliento, la llenaban de una violenta cólera. Le cogió por un brazo y le sacudió:

—No piensas más que en ti; no piensas en mí. No piensas en tu madre. ¡Vuelve, pues, á estar loco, y busca la paz en la locura! Qué, ¿quieres librarte de tu angustia? ¿Pero qué hacer con la angustia de la que te ha esperado toda su vida, y que ve que no vienes? Si tuvieras corazón, pensarías en los demás, y lucharías y te curarías. Pero no lo tienes. ¡Cuando te veo en sueños, vienes á mí de una manera tan conmovedora! Me pides ayuda. Pero, en la realidad, no la necesitas. Te imaginas que tu sufrimiento es el más terrible del mundo. Muchos otros han sufrido tanto como tú.

Hede alzó la cabeza y miró á la joven. No estaba bella en aquel momento. Corrían sus lágrimas; su boca, sacudida por los sollozos, temblaba. Pero aquella misma agitación parecióle más bella que la belleza. Una extraña calma penetró en su alma con una humilde y profunda gratitud. En medio de su desdicha, algo nobilísimo había venido hacia él: un gran amor.

Había, pues, un sér en el mundo que le amaba. El amor palpitaba en cada una de las palabras de aquel sér. Ella le contaba que, mientras que él no estaba en su razón, la había salvado la vida. Era él quien la había despertado de entre los muertos. Él quien la había protegido. Ella le pedía más aún: el dón completo de sí mismo.

Hede no podía dudar; aquellas palabras, aquellas lágrimas, aquel éxtasis, todo le probaba que era amado; y, ante esta in-

mensa felicidad, las últimas tinieblas se disiparon. Descubrió todo el reino del terror que había atravesado; pero también allí encontraba á Ingrid. La hacía salir de la tumba, y tocaba para ella en la cabaña del bosque; y, más adelante, ella se agotaba en curarle. Y al mismo tiempo, los sentimientos que ella le había inspirado se despertaron. Sintió el mismo deseo ardiente que experimentó frente á la iglesia de Raglanda cuando se la quitaron.

En el reino del terror, en el espantoso desierto, había crecido una flor, cuyo perfume y duradero encanto le habían consolado. Y la flor silvestre del desierto se dejaba trasplantar al jardín de la vida. Entonces conoció Hede que estaba salvado.

Habíase callado Ingrid. Estaba cansada como tras un rudísimo trabajo. Pero estaba también tranquila. Sabía que tenía la victoria en la mano.

Hede rompió al fin el silencio.

—Te prometo—dijo—que soportaré todas esas cosas.

—Gracias—contestó ella.

Hede no creía poder decirla cuánto la amaba. Era indecible. Pero se lo demostraría todos los días y en todas las horas, durante toda la larga vida...

SELMA LAGERLÖF

FIN

LA CRISIS DE LA IGLESIA ROMANA

En nuestro artículo «El catolicismo liberal inglés» (1) estudiábamos un aspecto del movimiento religioso que hoy agita á los que pudiéramos llamar «profesionales de la fe»; esto es, á los sacerdotes católicos. Fenómeno de adaptación y, como consecuencia, de asimilación. La fe necesita atemperarse á las nuevas condiciones del pensamiento moderno y, por tanto, asimilarse de éste los jugos que la han de nutrir para poder constituir un elemento, una fuerza viva que coopere á la formación del hombre futuro. Como si despertara de un sueño secular la Iglesia (tomando esta palabra en su aspecto más amplio), se agita, alienta, empieza á respirar, desarruga su ceño hierático, hostil al ambiente que la circundaba, y le sustituye por una expresión de amor, de interés y de confraternidad hacia el hombre laico y sus elucubraciones filosóficas y morales.

Caminando por distinta senda que los místicos ingleses, Loisy, en Francia, hombre de ciencia, sabio, crítico, emprende un trabajo de exégesis, con el fin de coordinar la fe con todos los documentos históricos que se oponen á la leyenda forjada en torno á la figura de Jesús.

Su obra *El Evangelio y la Iglesia* es contestación á otra de

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA de 1.º de Julio de 1910.

un teólogo protestante de Berlín, titulada *La esencia del Cristianismo*. En este último libro reproducense muchos argumentos que de antiguo hace la Iglesia protestante á la Iglesia romana. Esta no es sino una transformación del Imperio romano. Governa á los pueblos desde Roma; imperan sus Papas á semejanza de Trajano y Marco Aurelio; el puesto arrebatado á Rómulo y Remo, lo ocupan los apóstoles Pedro y Pablo; los arzobispos y los obispos son sus procónsules; el clero forma sus legiones; los jesuítas, su guardia pretoriana. No es una Iglesia como la federación de comunidades evangélicas ó las iglesias nacionales de Oriente; es una fundación política, grandiosa como un imperio universal, porque en ella prosigue el Imperio romano. El Papa, que se titula Rey y Pontífice Máximo, es el sucesor de César. La Iglesia, impulsada por el genio romano, reconstruyó en sus dominios el Imperio romano durante los siglos III y IV. Es, ante todo, una organización política poderosa. Sólo dentro de ella tienen valor la fe, el amor, la virtud y el martirio; fuera de ella, todo es estéril. De aquí la necesidad de un jefe supremo: de aquí la infalibilidad del Papa. En éste se reúne toda la autoridad, toda la historia, toda la tradición, cuando alguna parte de la tradición molesta es abolida por la autoridad del Papa. «La tradición soy yo», decía Pío IX. En todas las ocasiones, la tradición, la herencia del pasado se rinde á las exigencias del presente. ¿Qué suerte ha corrido el Evangelio en la Iglesia romana? Nada queda en ella que tenga algo que ver con el Evangelio. No se trata ya de adulteraciones, sino de una desviación total hacia un camino falso. Dice el Evangelio que el reino de Cristo no es de este mundo, y la Iglesia ha fundado un reino terrenal. Cristo quiere que sus secuaces no manden, sino que sirvan, y los sacerdotes romanos gobiernan el mundo.

¿Qué afirmaciones opone Loisy á las del catedrático de la Universidad de Berlín? Toda su argumentación puede condensarse en breves palabras. La Iglesia romana es y ha sido lo que ha debido ser para vivir. Los cristianos no eran espíritus

puros, unidos solamente por comunidad de sentimientos. Eran hombres que necesitaban un gobierno fuerte y una mano poderosa. La necesidad de la unión con la Iglesia de Roma implicaba, de parte de las demás, cierta subordinación. La Iglesia no hubiera podido llevar á cabo su obra de conversión sino haciéndose institutriz de los hombres en el orden temporal. Debíó hacerse temer en el orden temporal para no ser arrollada por éste. La individualidad de las naciones nacientes, apenas comenzaba á dibujarse, sobre todas se cernía aún el recuerdo del Imperio romano, de la unidad romana idealizada en el sentimiento de la unidad católica.

Sin embargo, afirma el propio Loisy, no se puede negar que el error de la Iglesia católica ha sido y es su insaciable deseo de gobernar á los hombres, en vez de contentarse con regir las almas. No puede negarse que su tendencia, en reacción con el protestantismo, ha sido la de borrar al individuo, la de someter al hombre á tutela, ejerciendo una fiscalización sobre su actividad entera, contraria á toda iniciativa.

Pero, en honor á la verdad, el libro de Loisy es de defensa del catolicismo, y apenas se acertaría á comprender la causa de la condenación, si hubiéramos de atenernos exclusivamente al tono ortodoxo, modesto y disciplinado de la obra. Pero Loisy es, ante todo y sobre todo, un historiador crítico; y así, como en Renan vemos debajo del crítico racionalista un sacerdote evangélico, aquí el orden está invertido. En Loisy, la conciencia del sabio se sobrepone al sacerdote. En él habla la ciencia de su tiempo, y exige una renovación, una adaptación, una interpretación nueva de los dogmas conforme al espíritu del siglo. El siguiente pasaje lo evidencia:

«No menos lógico es que los símbolos y definiciones dogmáticas estén en relación con el estado general de los conocimientos humanos en el tiempo y el ambiente en que fueron constituídos. De aquí se deduce que un cambio considerable en el estado de la ciencia puede hacer necesaria una interpretación nueva de las antiguas fórmulas, que, concebidas en otra

atmósfera intelectual, no dicen todo lo que debieran decir, ni como queríamos que lo dijeran.» Y más adelante: «No es indispensable á la autoridad de la fe que ésta sea rigurosamente inmutable en su representación intelectual y en su expresión verbal. Tal inmutabilidad no es compatible con la naturaleza del espíritu humano. Nuestros conocimientos más evidentes en el orden natural y científico están siempre en movimiento, siempre son relativos, siempre perfectibles. *Con los elementos del pensamiento humano no puede construirse un edificio eterno.* Sólo la verdad es inmutable, pero no su imagen en nuestro espíritu» (1).

Pero esto mismo asegura al dogma una vida eterna, una florescencia continua. El dogma seguirá la misma evolución de la conciencia humana, y permanecerá inmutable en su esencia, aunque varíe en su manifestación ideológica.

Su conocimiento no puede ser accesible á todos; necesita maestros, verdaderos pedagogos de la fe que adapten á los tiempos con nuevas interpretaciones la verdad antigua. La Iglesia no debe exigir la fe en sus fórmulas como en la expresión adecuada de la verdad absoluta, sino que debe presentarlas como la expresión menos imperfecta moralmente posible; la fórmula eclesiástica es sólo el auxiliar de la fe, la línea directa del pensamiento religioso; no puede ser el objeto integral de este pensamiento, puesto que dicho objeto es Dios mismo. Como todas las almas y todas las inteligencias difieren las unas de las otras, los matices de la fe son también de infinita variedad. La evolución incesante de la doctrina se efectúa por el trabajo de los individuos, conforme su actividad va reaccionando sobre la actividad general; y así los individuos, pensando con la Iglesia, piensan también por ella» (2).

De este modo hace Loisy sus audaces incursiones en el pro-

(1) *L'Évangile et l'Eglise*, pág. 208.

(2) *L'Évangile et l'Eglise*, pág. 216.

blema de la crítica de los Evangelios sinópticos. Hemos dicho que en él se dan unidas las dos naturalezas de hombre de ciencia y sacerdote, de crítico y creyente. Su labor más propia é importante es de exégeta. En este terreno de la exégesis, penetra con audaz denuedo, y nada le hace retroceder. En la vida de Jesús plantea múltiples problemas históricos, que resuelve con arreglo á un criterio rigurosamente científico, separando los hechos ciertamente demostrados de los sucesos sobrenaturales, obra exclusiva de la fe.

Para Loisy, Jesús no predicó tanto el ejercicio de ciertas virtudes y el apartamiento de ciertos vicios, como la purificación universal de los afectos hasta los más inocentes.

La fisonomía histórica de los hechos más importantes de la Pasión no se destaca sino muy imperfecta del comentario de que los rodea la fe.

El acto y las palabras eucarísticas no son sino la observancia de un antiguo rito de la Pascua hebraica. El padre de familia pronunciaba ciertas palabras, en acción de gracias, sobre un cáliz de vino: «Bendito sea Dios, que ha creado el fruto de la vid.» Y el cáliz pasaba á cada uno de los comensales. Luego se servían las hierbas amargas, el pan ázimo, el *Charoret* (especie de pasta hecha de frutas) y el cordero pascual. Luego seguía nueva acción de gracias, se mezclaban las hierbas á la pasta y se servía un segundo cáliz.

El padre de familia daba luego una explicación de la fiesta; se cantaba la primera parte del *Hallel* (Salmos CXIII, CXIV), y se vaciaba el cáliz. El padre tomaba luego dos panes, partía uno de ellos, y decía: «Bendito sea Aquel que hace que la tierra produzca el pan»; cubría un trozo de pan con las hierbas, las mezclaba con la pasta, y lo comía. Luego tomaba un trozo de cordero; todos los presentes hacían otro tanto, y el verdadero ágape comenzaba. Al final, el padre comía el último pedazo de cordero; se lavaba las manos, y después de una cuarta bendición, pasaba por las manos de todos el tercer cáliz. Se cantaba la segunda parte del *Hallel* (Salmos CXV-CXVIII);

se bebía el cuarto, y á veces el quinto cáliz, y se terminaba con la tercera parte del *Hallel* (Salmos CXX·CXXXVII.)

He aquí el hecho fundamento de la Escritura. No era, como vemos, sino un antiguo rito hebraico que Jesús celebró en la última cena con sus discípulos. Para la historia de los ritos eclesiásticos, nada más curioso que esta transformación, hecha por la Iglesia, del banquete pascual, costumbre sencilla y desprovista de intención sacramental en la práctica de teología, que el catolicismo llama sacramento de la Eucaristía.

Niega Loisy realidad histórica á varios hechos de la Pasión, como en el capítulo «*Chez le grand prêtre*», á la sesión nocturna ante el sumo sacerdote, que no menciona San Lucas y que ninguna asamblea podía legalmente celebrar, así como las palabras «blasfemaste», del Pontífice, y la acción de rasgar sus vestiduras y del juicio unánime de que Jesús era reo de muerte.

También suscita graves dificultades el episodio de Barrabás, pues no queda vestigio, fuera de los Evangelios, de la costumbre supuesta de perdonar á un criminal el día de la Pascua. El escarnio de la caña y la corona no es consecuencia de haberse llamado Jesús Rey de los Judíos, sino de ser considerado por los soldados romanos como rey de los Saturnales... Filon relata (*In Flaccum*, 6) la historia del bufón Carabas, que el populacho de Alejandría se divirtió en tratar de rey... y ocurre preguntar «si Carabas no sería el mismo nombre que Barrabás, no de un individuo, sino del personaje que hacía de rey en fiestas análogas á las de saturnales romanas y á las sacaeas babilónicas. La conducta de los soldados romanos se comprendería fácilmente, si Pilatos, habiendo condenado á Cristo como á vulgar aventurero, al suplicio de la cruz, le hubiese entregado á los soldados para que le crucificasen á guisa de Barrabás ó en lugar de Barrabás».

También rechaza Loisy la realidad física de las tinieblas, pues sería arbitrario limitarlas á Jerusalem ó á la Palestina, y, por otra parte, no aparece noticia en la literatura de aquel

tiempo de tan asombroso milagro. Trátase, pues, de una impresión moral, y no de un milagro físico.

Por último, la Resurrección, explicada por los exégetas de tan varios modos, incluso suponiendo que Jesús no murió en la cruz y que la aparición á los Apóstoles fué en vida (Reinach (1); dice que, menos de un siglo después de la Era cristiana, nadie sabía con precisión ni cuándo nació Jesús, ni cuándo predicó, ni cuándo murió), se presenta á los ojos de Loisy como un hecho producto de la leyenda. «El hecho es, dice, que los Apóstoles, y en general los discípulos, no aceptaron unánimemente la idea ni la realidad de la Resurrección... El recuerdo preciso que la comunidad conservó de las dudas primitivas, demuestra perfectamente que dichas dudas nacieron al mismo tiempo que la fe, y no fueron eliminadas sino paulatinamente con el incremento de esta misma fe.»

Creemos haber dado con esto una ligera idea de la índole de los trabajos exegéticos y filosóficos ó de polémica del célebre abate. Quien quiera seguir paso á paso sus estudios, lea sus obras *L'Évangile et l'Eglise*.—*Autour d'un petit livre*.—*Etudes évangéliques*.—*Le quatrième Évangile*.—*La Religion d'Israel*.—*Quelques lettres sur des questions actuelles et sur des événements récents*.—*Simple réflexions sur le Décret du Saint Office «Lamentabili sane exitu» et sur l'Encyclique «Pascendi»*, y *Les Évangiles synoptiques*; y conocerá la doctrina completa del sabio escritor, cuyos méritos ha premiado el Gobierno francés confiándole la cátedra de Historia de las religiones.

*
* *

Si el lector demandase un libro en donde hallar la esencia filosófica del movimiento religioso que venimos estudiando, ninguno puede sustituir en este punto á la admirable obra de Auguste Sabatier, titulada *Esquisse d'une philosophie de la*

(1) Salomón Reinachs: *Orpeus*, pág. 336.

Religion d'après la psychologie et l'histoire. Su autor, profesor de la Universidad de París, decano de la Facultad de Teología protestante, ha sabido desarrollar, con la claridad y precisión de que sólo es capaz un escritor francés, la fórmula religiosa del alma moderna.

Es una obra de renovación y purificación del concepto religioso, precedida de un estudio histórico-filosófico de la evolución del Cristianismo y sus dogmas hasta manifestarse en sus dos formas históricas más importantes: catolicismo y protestantismo.

La religión, para Sabatier, es una necesidad perenne de la humanidad. Los cultos, las religiones positivas, han sucumbido, se han transformado, han revestido nuevas formas; pero el sentimiento religioso es eterno, forma un instinto indestructible en el hombre, puesto que tiene sus raíces en lo íntimo de la psicología humana. La religión es, pues, inmortal. Lejos de secarse y agotarse con el tiempo la fuente de que brota en el fondo del alma, se ensancha y se hace más rica bajo la doble acción de la reflexión filosófica y de las experiencias dolorosas de la vida. Los que profetizan su próximo fin, toman por religión lo que no es sino su expresión exterior y transitoria. Las crisis periódicas en que parece que va á sucumbir, renuevan sus tradiciones y formas, y, lejos de demostrar su debilidad, prueban su fecundidad y su facultad de remozamiento.

La ciencia está en un continuo devenir. Si, á veces, cierra á la piedad perspectivas queridas y familiares, le abre otras nuevas. Si le quita viejas muletas, en cambio le da alas.

La inspiración religiosa no es sino la penetración orgánica del hombre por Dios, mas por un Dios *completamente interior*; de suerte que cuando esta penetración es completa, el hombre es más plena y realmente el mismo que antes.

Si bien la religión no es solamente un fenómeno de la vida individual é interior, sino al mismo tiempo un fenómeno social é histórico, se presenta en todas partes como creación individual, como la obra moral y libre de algunas almas elegidas, en

las cuales la antigua tradición se purifica y amplía por una crisis profunda. Tal fué el papel de Confucio en China, de Buda en la India, de Sócrates en Grecia, de Mahoma en Arabia, etc. Todos fueron reformadores de la religión de sus antepasados. Así, pues, la revelación no se realiza en el alma oscura de la raza, sino en el pensamiento luminoso, en la acción reflexiva y en la inspiración moral de los «hombres de Dios». Provoca de este modo en todas partes los conflictos y los cismas. Pasa primero por sacrílega. Todos los profetas y reformadores fueron acusados de blasfemos é impíos. Pasando por su alma como al través de un filtro la religión tradicional de su raza, se clarifica y purifica.

La conciencia religiosa de un hombre es el sentimiento de relación en que este hombre se halla y quiere hallarse con el principio universal, de que sabe que depende, y con el universo mismo, al cual se encuentra ligado como parte en el todo.

La esencia del Cristianismo no hay que buscarla, ni en la Biblia, ni en la Iglesia, ni en el Dogma; hay que buscarla en la conciencia religiosa de Jesucristo, como fuente primera de donde el río cristiano ha nacido. Cristo se sentía en una relación filial con respecto á Dios y en una relación fraternal con respecto á los hombres. Este mismo sentimiento filial con respecto á Dios, y fraternal con respecto á los hombres, es lo que constituye al cristiano, el rasgo común á todos los cristianos. Para ser cristiano no es necesario aceptar como verdadera toda la historia evangélica, como si la tradición ó la leyenda del Cristo fuese la verdadera esencia del Cristianismo. El principio cristiano no es un recuerdo del pasado ó una doctrina muerta y encerrada en un documento; es algo que vive siempre y se transmite con la vida cristiana, encontrándose presente en todas las edades y en todas las generaciones. Según esto, la crítica será justa causa de alarma para todos los que elevan al absoluto una forma histórica contingente; mas para el hombre esencialmente cristiano, la crítica no puede nada

contra su principio. El Cristianismo, en su pura esencia, implica un Dios absoluto, es decir, perfectamente espiritual é independiente. De aquí que sólo el culto, en espíritu y en verdad, puede corresponder á la idea cristiana de Dios. Por consiguiente, toda tendencia de aprisionar á Dios en una forma fenomenal ó material, local ó temporal, de mezclar al Creador con la criatura, ó de llenar la distancia entre ellos por una jerarquía de seres divinos que, bajo pretexto de servirnos de intermediarios, interrumpen nuestra libre é inmediata comunión con el Padre, es, hablando propiamente, una resurrección del paganismo y una regresión á la idolatría: Papa de Roma ó pitonisa de Delfos, imágenes de los dioses ó imágenes de la Virgen y de los Santos, liturgia de los Sacramentos, divinización de una iglesia, de un sacerdote ó de un libro, son hechos de la misma categoría; no se ha hecho sino cambiar los nombres y las fórmulas, no las cosas en su fondo. En Roma, en la basílica de San Pedro, se alza una estatua al príncipe de los apóstoles, que en otro tiempo fué una estatua de Júpiter. El pie de San Pedro está desgastado por los besos de fieles y peregrinos. Antes del Cristianismo se besaba el pie del dios de los dioses. El culto, ¿es acaso diferente, y la devoción de calidad superior?

La evolución del catolicismo toca á su término. La transformación del Cristianismo en una teocracia sacerdotal, es un hecho consumado. El concilio del Vaticano, de 1870, no ha hecho más que sacar la conclusión de las premisas establecidas en los siglos anteriores. Ya no hay concilio, en el sentido antiguo de la palabra. El último abdicó oficialmente en manos del Pontífice. La infalibilidad personal del Papa *ex cathedra* basta y hace todo lo demás inútil.

Sabatier define el dogma como una ó varias proposiciones doctrinales, que llegan á ser, en la sociedad religiosa, por efecto de las decisiones de la autoridad eclesiástica, objeto de fe y regla de las creencias y de las costumbres. Los dogmas, mientras tienen vida, están, como todo lo que vive, en conti-

nua transformación. No se hacen inmutables hasta que mueren, y comienzan á morir desde que dejan de ser estudiados en su fondo, y, por sí mismos, es decir, desde que dejan de ser discutidos. Desde la Edad Media, el dogma, en el sentido católico, ha cesado de vivir. Ha dejado de vivir en la conciencia filosófica y científica, absolutamente emancipada de toda otra autoridad que no sea la razón; en la conciencia religiosa protestante, y en la conciencia católica misma, que no le conserva sino embalsamado en manos del Papa.

Cuando los idiomas no se renuevan, mueren. Igualmente, si los dogmas permanecen inmóviles, la vida se retira de ellos. Semejan entonces á esas viejas armaduras de nuestros museos que, apoyadas contra los muros, dibujan aún la forma de un guerrero de otra época. Si se les toca, suenan á vacías.

Así, pues, el dogma, si ha de ser cosa viva, ha de ser renovado con arreglo á la conciencia científica y religiosa, á la cultura de cada época. Porque es de advertir que, en todo tiempo, el dogma se ha nutrido con nociones tomadas de la filosofía ambiente y de la ciencia del tiempo en que la Iglesia ha construído su edificio dogmático. Para que se cumpla la ley de renovación y de evolución, ley de vida, el dogma ha de acomodarse, en los tiempos modernos, á las exigencias, á la índole de las ideas científicas y filosóficas que hoy rigen el mundo.

Termina Sabatier su admirable libro con una teoría del conocimiento religioso, basado en la filosofía moderna, y singularmente en Kant, cuyo análisis del conocimiento nos autoriza á asignar á la idea religiosa un fundamento real, tanto dentro como fuera del individuo. Kant ha podido, sin exageración, comparar la revolución consumada por él en filosofía á la de Copérnico en el sistema del mundo. Lo inteligible es, sin duda, real, pero no es seguro que todo lo real sea inteligible. La realidad excede no sólo á nuestros conocimientos, sino á nuestros medios de conocer. No conocemos más que el fenómeno, pero ignoramos *das Ding an sich*, esto es, el *noumenos*. De

esta manera entra en la conciencia la idea religiosa. Así, la ciencia positivista respeta esta región: lo incognoscible, con lo cual la religión puede vivir, coexistir con la ciencia moderna. Pero de aquí también se deduce que nuestro conocimiento de Dios no puede ser un conocimiento científico, fenomenal. Encarnar la idea de Dios en un conocimiento fenomenal cualquiera, es caer en la idolatría. Por consiguiente, el carácter de todo conocimiento religioso es el de ser simbólico, porque el objeto de la religión es trascendente; no es un fenómeno, y como la imaginación no dispone más que de ideas fenomenales, ni nuestro entendimiento más que de categorías lógicas que sólo tienen alcance en el espacio y en el tiempo, el conocimiento religioso está condenado á expresar lo invisible por lo visible, lo eterno por lo temporal, las realidades espirituales por imágenes sensibles, hablando necesariamente siempre por parábolas. La teoría, pues, del conocimiento religioso se resuelve en una teoría del símbolo y del simbolismo.

La inspiración religiosa, psicológicamente, no tiene por objeto recibir y comunicar á los hombres ideas exactas y objetivas, completamente acabadas, sobre lo que por su naturaleza es inasequible al entendimiento en forma científica, sino que consiste en una exaltación y enriquecimiento de la vida interior del sujeto, haciendo brotar nuevos sentimientos, constituyendo nuevas relaciones concretas entre Dios y el hombre, y engendrando espontáneamente nuevas imágenes y símbolos, cuyo contenido positivo y real es precisamente esta revelación de Dios-Espíritu en la vida íntima del espíritu del hombre.

La conclusión de todo lo que precede es que el conocimiento religioso está necesariamente sometido á la ley de transformación que rige todas las manifestaciones de la vida y del pensamiento humanos.

Esta es, en resumen, la doctrina que contiene el libro de Sabatier. En su examen nos hemos detenido con cierta prolijidad, á pesar de ser su autor protestante, porque creemos que resume y compendia, mejor que otra alguna obra, lo esencial

de la doctrina modernista, que el lector no hallará en ninguna otra parte expuesta con tanta claridad, precisión, arte y pureza.

*
* *

Hemos de ser brevísimos en la exposición de las doctrinas del sacerdote italiano Rómulo Murri, principal representante del movimiento católico moderno en Italia, tanto por las desmesuradas dimensiones que va teniendo este artículo, como porque, en realidad, Murri no añade nada en lo que á las doctrinas que vamos examinando se refiere á los expositores hasta aquí estudiados, los cuales dan la idea científica y filosófica de las nuevas teorías mejor que otro ninguno.

Rómulo Murri es, ante todo, un periodista, y un periodista que persigue fines políticos. Su principal obra consiste en haber fundado la Democracia cristiana. Fundó en 1895 la *Vita Nuova*, revista universitaria, órgano de la Federación universitaria católica italiana. A principios de 1898 salió el primer número de otra nueva revista, que contenía artículos de Franco Invrea, Iginio Petrone, Luigi Caissotti, G. M. Serzalunga, G. Semeria, V. Bianchi-Cagliari, y el mismo Murri, que exponía el programa de «una vida pública y social cristianamente nueva».

La revista titulada *Cultura Sociale* tuvo aceptación al principio, aunque luego suscitó oposición en los demás periódicos católicos, á quienes pareció audaz la tentativa de examinar los sistemas de enseñanza y de educación vigentes en los seminarios. Porque los principales ataques de Murri, que figuran en los artículos de esta revista, recopilados después en cuatro tomos bajo el título de *Battaglie d'oggi*, se dirigen á la incultura del clero y á su desvío absoluto del pensamiento moderno. El divorcio entre la ciencia teológica y la ciencia de nuestro siglo es la causa principal de la crisis religioso-elesiástica. La Teología ha permanecido fiel á su método silogístico y deductivo, mientras que la Ciencia está basada esencialmente en el

método experimental é inductivo. Esta variación en el método y tendencia de la cultura y el pensamiento modernos, imponía al clero nuevos deberes gravísimos, de los cuales no ha tenido una visión exacta. «Nuestro deber—dice—es éste: tratar de aproximar nuestra inercia á las ciencias modernas...; tratar de conocer el mundo moderno y su cultura; explicárnosla y hablar de modo que nos escuche, y, especialmente, apoderarnos de sus medios de difusión, periódicos, libros, conferencias, enseñanzas, etc.»

Privilegiado ante el derecho común y los honores públicos, propietario de una gran parte del territorio, aliado y siervo de la nobleza feudal, sujeto á gobiernos regalistas, ajeno á los estudios útiles y profundos para entregarse á una literatura vacua y artificiosa, numeroso sin espíritu, vano y mundano, dócil sobremanera, colocado en medio de un pueblo católico por costumbre y por tradición, adulador de las clases «cultas», entre las cuales la literatura francesa había propagado largamente la irreligión y la inmoralidad: tal era el clero de Italia á fines del siglo XVIII (1).

Prodiga sus ataques del mismo modo al sacerdocio actual, «preocupado de obtener las formas exteriores de la piedad, pero no de elevar eficazmente los ánimos; de deprimir la naturaleza, pero no de desarrollar la fuerza del carácter y la voluntad, ofreciendo la vida cristiana, más bien como un complejo de leyes y de actos que como un modo de entender la vida y de emplearla» (2).

La Teología es una enseñanza completamente especulativa y casuística; los libros ascéticos no son ya los grandes escritos de los Padres y Doctores de la Iglesia, que respiran la teología mística y la profunda piedad de los grandes siglos, sino recopilaciones ó compilaciones artificiosas sin valor intelectual de ninguna clase.

(1) *Battaglie d'Oggi*. Vol. II, pág. 55.

(2) *Idem*, pág. 70.

El 1.º de Febrero de 1899 salió el primer número de la *Cultura del Popolo*, hoja mensual de propaganda con la cual se fundieron en Marzo siguiente el *Popolo Italiano* y la *Democrazia Cristiana*, dirigidos por G. B. Valante.

En 1900, la acción juvenil social fué acrecentándose en intensidad, y comenzó á tomar cuerpo la proyectada Sociedad de cultura. Otro periódico, *Dominici!*, se inauguró el 7 de Diciembre de 1900, en cuyo manifiesto, firmado por Murri, Valente y Mattei-Gentile, se reconocía la existencia en Italia de un conjunto de fuerzas católicas que seguía nuevas orientaciones. Se constituyó definitivamente en asociación propia y autónoma la *Democrazia Cristiana Italiana*, cuyo programa se basó en la Encíclica *Rerum novarum*.

En Noviembre de 1901, la *Voce della Verita*, de Roma, comenzó á hablar de murrismo, tratando de caracterizarlo con acusaciones genéricas nada benévolas, reprochando principalmente la libertad de iniciativa y los métodos tomados del socialismo, viendo en él todos los vicios y amenazas de un liberalismo demagógico. Pronto vinieron las *Istruzioni* á quitar toda autonomía al movimiento y á restarle algunos adherentes. Poco después, en una reunión de demócratas cristianos, R. Murri pronunció el célebre discurso *Libertá é Cristianismo*, que un mes después, el 24 de Setiembre, sufrió la censura del cardenal Respighi, Vicario de S. S. en Roma. Por fin se produjo un dualismo en el movimiento, ocasionado por la actitud de G. Toniolo.

Por último, después de muchas vicisitudes, la Encíclica «Pascendi» ha puesto fin á la cuestión, alejando para siempre de la Iglesia este movimiento de renovación y regeneración católica, y dando carácter heterodoxo á las doctrinas de Murri y sus adeptos (1).

*
* *

(1) Es de advertir que la Encíclica «Pascendi» no cita nombres propios. Es más: reconoce á los mantenedores de las nuevas doctrinas una vida de actividad, asiduidad y ardor singulares hacia todo género de es-

Para terminar, reseñaremos sumarisísimamente algunas otras fases de aproximación científica y religiosa, que se extienden con rapidez por todas las naciones cultas, y que reflejan

tudios, y los considera como dignos de la estimación pública por sus costumbres, con frecuencia intachables (*moribus plerumque austeris quæsitæ laus*). A continuación exponemos las 65 proposiciones condensadas por el documento pontificio:

I. La ley eclesiástica, que prescribe someter á la previa censura los libros referentes á las Divinas Escrituras, no se extiende á los cultivadores de la crítica ó exégesis del Antiguo y Nuevo Testamento.

II. La interpretación de los Libros Sagrados no es, ciertamente, despreciable, aunque sometida al sabio juicio y á la corrección de los exégetas.

III. De los juicios y censuras eclesiásticas contra la exégesis libre y culta puede colegirse que la fe propuesta por la Iglesia contradice á la Historia, y que los dogmas católicos no se concilian realmente con los más verídicos orígenes de la religión cristiana.

IV. El magisterio de la Iglesia no puede ciertamente determinar el genuino sentido de las Sagradas Escrituras por medio de definiciones dogmáticas.

V. Conteniéndose solamente en el depósito de la fe las verdades reveladas, bajo ningún respecto pertenece á la Iglesia juzgar acerca de las cuestiones de las disciplinas humanas.

VI. En la definición de las verdades, de tal modo colaboran la Iglesia discente y docente, que nada queda á la docente sino sancionar las opiniones comunes de la discente.

VII. La Iglesia, al proscribir errores, no puede exigir de los fieles que se adhieran por un asenso interno á los juicios por ella formados.

VIII. Se han de juzgar inmunes de toda culpa los que tienen por no recibidas las reprobaciones de la Sagrada Congregación del Índice ó de otras Sagradas Congregaciones romanas.

IX. Los que creen que Dios es verdaderamente el autor de la Sagrada Escritura, arguyen simplicidad excesiva ó ignorancia.

X. La inspiración de los libros del Antiguo Testamento, consiste en que los escritores israelitas transmitieron doctrinas religiosas bajo cierto aspecto, poco ó nada conocidas de los paganos.

XI. La inspiración divina no se extiende á toda la Sagrada Escritura, de tal modo, que todas y cada una de sus partes sean inmunes de todo error.

á veces el carácter de los países en que nacen y se desarrollan. Representan el pragmatismo Peirce y su discípulo W. James, catedráticos de la Universidad de Haward, en los Estados

XII. El exégeta, si quiere dedicarse útilmente á estudios bíblicos, debe apartar, ante todo, la preconcebida opinión del origen sobrenatural de las Sagradas Escrituras, é interpretarlas no de otro modo que los demás documentos meramente humanos.

XIII. Los mismos Evangelistas y los cristianos de la segunda y tercera generación fabricaron artificialmente las parábolas evangélicas, como lo demuestran los insignificantes frutos de la predicación de Cristo entre los judíos.

XIV. En muchas narraciones, los Evangelistas no atendieron tanto á la verdad de las cosas como á la relación de aquellas, que, aunque falsas, juzgaron más provechosas.

XV. Los Evangelios fueron aumentados con adiciones y correcciones hasta un canon definido y constituido, y en ellos, por lo tanto, no permanece sino un tenue é incierto vestigio de la doctrina de Cristo.

XVI. Las narraciones de San Juan no son propiamente historia, sino mística contemplación del Evangelio, y los discursos contenidos en su Evangelio son meditaciones teológicas acerca del misterio de la salvación, destituidas de verdad histórica.

XVII. El cuarto Evangelio exageró los milagros, no tan sólo para que apareciesen más extraordinarios, sino también para que resultasen más á propósito para declarar la obra y la gloria del Verbo Encarnado.

XVIII. Juan reclama para sí la condición de testigo de Cristo, no siendo en realidad sino un testigo eximio de la vida cristiana, ó de la vida de Cristo en la Iglesia, al finalizar el primer siglo.

XIX. Los exégetas heterodoxos expresaron el verdadero sentido de la Escritura más fielmente que los exégetas católicos.

XX. La Revelación no puede ser otra cosa que la conciencia adquirida por el hombre de su relación con Dios.

XXI. La Revelación que constituye el objeto de la fe católica no fué completa en los Apóstoles.

XXII. Los dogmas que la Iglesia presenta como revelados, no son verdades descendidas del cielo, sino ciertas interpretaciones de hechos religiosos que la humana inteligencia ha formado con laborioso esfuerzo.

XXIII. Puede existir, y en realidad existe, oposición entre los hechos que se narran en la Sagrada Escritura y los dogmas fundamentales de la

Unidos, y es secundado en Chicago por Deurey, en Inglaterra por Schiler (Universidad de Oxford), en Francia por Bergson, Blondel y Le Roy, en Alemania por Simmel, Oswald, Match y

Iglesia, de tal modo, que el crítico puede rechazar los hechos que la Iglesia cree ciertísimos.

XXIV. No es reprobable el exégeta que se apoya en premisas de las cuales se sigue que los dogmas históricamente son falsos ó dudosos, con tal que no niegue de un modo directo los mismos dogmas.

XXV. El asenso de la fe se apoya en una acumulación de probabilidades.

XXVI. Los dogmas de la fe se han de retener solamente en el sentido práctico, esto es, como norma perceptiva de obrar, no como norma de creer.

XXVII. La divinidad de Jesucristo no se prueba por los Evangelios, sino que es un dogma deducido por la conciencia cristiana de la noción del Mesías.

XXVIII. Jesús, ejerciendo su ministerio, no hablaba con el fin de enseñar que Él era el Mesías, ni sus milagros tendían á demostrar esto.

XXIX. Es lícito conceder que el Cristo presentado por la Historia es inferior al Cristo que es objeto de la fe.

XXX. En todos los testimonios evangélicos, el nombre de *Hijo de Dios* equivale solamente al nombre de *Mesías*, y de ningún modo significa que Cristo es verdadero y natural Hijo de Dios.

XXXI. La doctrina de Cristo que nos enseñan Pablo, Juan y los Concilios Niceno, Efesino y Calcedonense, no es la que de Jesús concibió la conciencia cristiana.

XXXII. El sentido natural de los textos evangélicos es inconciliable con la enseñanza de nuestros teólogos en lo que se refiere á la conciencia de Jesús y á su ciencia infalible.

XXXIII. Es evidente á todo el que no se guíe por opiniones preconcebidas, ó bien que Jesús ha enseñado error acerca de la próxima venida del Mesías, ó que la mayor parte de su doctrina contenida en los Evangelios sinópticos carece de autenticidad.

XXXIV. El crítico no puede conceder á Cristo ciencia ilimitada sino en una hipótesis que históricamente no puede ser concebida y que repugna al sentido moral, es decir, que Cristo, como hombre, tuviese ciencia de Dios, y, sin embargo, no quisiese comunicar la noticia de todas las cosas á sus discípulos y á la posteridad.

XXXV. Cristo no siempre tuvo conciencia de su dignidad mesiánica.

otros, en Italia por los Modernistas de Florencia y por la revista filosófica *Leonardo*.

Mientras, como hemos visto, en Inglaterra el movimiento

XXXVI. La Resurrección del Salvador no es propiamente un hecho de orden histórico, sino un hecho de orden meramente sobrenatural, ni demostrado ni demostrable, que la conciencia cristiana derivó insensiblemente de otros.

XXXVII. La fe en la Resurrección de Cristo, en su origen, emana menos del hecho mismo de la resurrección, que de la vida inmortal de Cristo delante de Dios.

XXXVIII. La doctrina de la muerte expiatoria de Cristo no es evangélica, sino exclusivamente de San Pablo.

XXXIX. Las opiniones acerca del origen de los Sacramentos en los cuales estaban imbuídos los Padres del Concilio Tridentino, y las cuales tuvieron sin duda influjo en sus cánones dogmáticos, distan mucho de las que ahora saben los indagadores históricos de las cosas cristianas.

XL. Los sacramentos tuvieron su origen en aquello que los Apóstoles y sus sucesores juzgaron cierta idea ó intención de Cristo, según lo aconsejaban las circunstancias y los acontecimientos.

XLI. Los sacramentos no tienen otro fin que recordar al hombre la presencia siempre benéfica del Criador.

XLII. La comunidad cristiana introdujo la necesidad del bautismo, adoptándolo como un rito necesario, y adhiriendo á él las obligaciones de la profesión cristiana.

XLIII. El uso de administrar el bautismo á los niños fué una evolución de la disciplina en virtud de la cual este Sacramento se dividió en dos: en el Bautismo y la Penitencia.

XLIV. Nada prueba que el rito del Sacramento de la Confirmación fuese tomado de los Apóstoles, pues la formal distinción de dos Sacramentos, á saber, Bautismo y Confirmación, no pertenece á la historia del Cristianismo primitivo.

XLV. No todas las cosas que narra San Pablo acerca de la institución de la Eucaristía, se han de tomar históricamente.

XLVI. En la Iglesia primitiva no existió el concepto del cristiano pecador reconciliado por la autoridad de la Iglesia, sino que ésta asintió paulatinamente á este concepto. Antes bien, después que la penitencia fué conocida como institución de la Iglesia, no se llamaba con el nombre de Sacramento, porque se hubiera tenido por un Sacramento infamante.

XLVII. Las palabras del Señor: «Recibid el Espíritu Santo; á los que

presenta un carácter teológico místico y moral, y en Francia los trabajos histórico-críticos de Loisy una fase preferentemente exegética, este brote americano parece nutrido de la

perdonareis los pecados, perdonados le son, y á los que se los retuviereis, les son retenidos», de ningún modo se refieren al Sacramento de la Penitencia, como plugo afirmar á los Padres Tridentinos.

XLVIII. Santiago, en su carta, no intentó promulgar un Sacramento de Cristo, sino recomendar alguna piadosa costumbre; y si en esta práctica ve tal vez algún medio de gracia, éste no se recibe en el mismo sentido con que lo entendieron los teólogos que fijaron la teoría y el número de los Sacramentos.

XLIX. Habiendo la Cena cristiana tomado poco á poco la índole de la acción litúrgica, aquellos que acostumbraban presidir la cena, tomaron el carácter sacerdotal.

L. Los ancianos que en las ceuas cristianas desempeñaban el oficio de vigilantes, fueron instituidos por los Apóstoles, Presbíteros ú Obispos, para proveer á las necesidades y al orden de las crecientes comunidades, no propiamente para perpetuar la misión y potestad apostólica.

LI. El matrimonio no pudo llegar á ser Sacramento en la Iglesia, sino mucho más tarde; puesto que para que el matrimonio fuese tenido como Sacramento, era necesario que le precediese la doctrina de la gracia y la explicación teológica de los Sacramentos.

LII. Fué ajeno á la mente de Cristo constituir á la Iglesia como una sociedad sobre la tierra que había de durar por una larga serie de siglos; antes bien, en la mente de Cristo, el fin del mundo y el reino del cielo eran igualmente inminentes.

LIII. La constitución orgánica de la Iglesia no es inmutable, sino que la sociedad cristiana está sujeta á perpetua evolución, igualmente que una sociedad humana.

LIV. Los dogmas, Sacramentos y jerarquía, tanto en lo afecto á su noción como á la realidad, no son sino interpretaciones de la conciencia cristiana y evoluciones que desarrollaron y perfeccionaron el pequeño germen oculto en el Evangelio.

LV. Simón Pedro nunca sospechó ciertamente que el Primado de la Iglesia le hubiese sido conferido por Cristo.

LVI. La Iglesia romana no se hizo cabeza común de las demás Iglesias por ordenación de la Divina Providencia, sino por condiciones meramente políticas.

E. M.—*Mayo 1911.*

8

filosofía utilitarista, una de las notas esenciales del carácter inglés.

Según esta tendencia, el criterio del entendimiento, para juzgar la verdad de un hecho, es el valor de éste, su utilidad práctica. Buscan un principio crítico en el mundo objetivo. Así dice W. James: «La moral pragmática se propone la formación de las convicciones ó creencias... Estas creencias son reglas de acción, y toda la función de creer consiste en producir hábitos de acción.» «La esencia y fin del pensamiento no puede ser otro que la producción de las creencias, siendo la

LVII. La Iglesia se presenta hostil á los progresos de las ciencias naturales y teológicas.

LVIII. La verdad no es más inmutable que el hombre mismo, puesto que evoluciona con él, en él y por él.

LIX. Cristo no enseñó un cuerpo determinado de doctrina á todos los tiempos y á todos los hombres, sino más bien inició un cierto modo religioso, adaptado y adaptable á diversos tiempos y lugares.

LX. La doctrina cristiana, en sus principios fué judaica; pero, por medio de sucesivas evoluciones, se hizo primero paulina, luego juanista, y, finalmente, helénica y universal.

LXI. Puede decirse, sin incurrir en paradoja, que ningún capítulo de la Escritura, desde el primero del Génesis hasta el último del Apocalipsis, contiene doctrina completamente idéntica á la que la Iglesia profesa sobre los mismos asuntos, y, por tanto, ningún capítulo de la Escritura tiene el mismo sentido para el crítico que para el teólogo.

LXII. Los principales artículos del Símbolo Apostólico no tenían la misma significación para los cristianos de los primeros tiempos que la que tienen para los cristianos de nuestros días.

LXIII. La Iglesia se muestra incapaz de defender eficazmente la moral evangélica, porque está obstinadamente adherida á doctrinas inmutables que no pueden conciliarse con los progresos modernos.

LXIV. El progreso de las ciencias pide que se reformen los conceptos de la doctrina cristiana sobre Dios, sobre la Creación, sobre la Revelación acerca del Verbo Encarnado y acerca de la Revelación.

LXV. El Catolicismo moderno no puede conciliarse con la verdadera ciencia, á no ser que se transforme en cierto Cristianismo no dogmático, esto es, en un protestantismo amplio y liberal.

creencia la semicadencia que cierra una frase musical en la sinfonía de nuestra vida intelectual... Toda parte de pensamiento que no ejerza influjo sobre sus consecuencias prácticas, carece de significación real. Para desenvolver el sentido de un pensamiento, nos es preciso determinar la conducta que es capaz de inspirarnos; esa conducta será para nosotros su sobresentido.» En suma: «El criterio del entendimiento, para juzgar la verdad de un hecho, es el valor de éste, su utilidad práctica. El fin del pensamiento no es buscar la verdad desinteresada, sino la utilidad de las cosas.»

De aquí, como consecuencia lógica y precisa, pasamos al humanismo, el cual proclama que la experiencia personal, la acción, el coeficiente personal, el hombre, es el centro de referencia, la medida del valor de las cosas y el criterio de la verdad. «Nosotros hacemos la verdad», dicen Schiler James y Simmel; y Le Roy, que llama nuevo positivismo al pragmatismo moral, se expresa así: «El valor de un dogma cualquiera no consiste en su verdad, sino en que se obre con arreglo á él, como si fuera verdad.» «El criterio único de la verdad es la vida.»

El valor del hombre, como individuo autónomo, instrumento vivo de sabiduría, fuente de verdad, es consagrado por Le Roy, diciendo: «Cuanto se nos impone de fuera como un dogma, es una restricción de la libertad, es una amenaza de tiranía intelectual.» Para M. Blondel, el principio de inmanencia, consiste en que nada puede admitir el hombre que no salga de sí mismo.» Y l'abbé Denis afirma que «la base de la filosofía moderna es la autonomía, ó sea «el atributo de la voluntad, de la razón del alma toda, de darse á sí misma la ley de la voluntad del pensamiento, de la vida interior, por medio de un acto reflejo...»

Fogazzaro, en su novela *El santo*, que retrata magistralmente el movimiento del clero italiano al impulso de estos nuevos ideales de renovación religiosa, escribe: «Un hombre puede negar á Dios, sin ser verdaderamente ateo, ni merecer

la muerte eterna, cuando la idea de Dios se le presenta bajo una forma que pugna con su razón.»

Doctrina auxiliar de todas estas especulaciones que, por el neo-kantismo, se enlaza directamente con Kant, el que, con Darwin, viene á formar los dos pilares que separan el mundo antiguo del mundo moderno, es el simbolismo (Helmholtz), según el cual, las sensaciones no son sino símbolos de los objetos exteriores; su conveniencia con ellos es menor que la que media entre los signos de la pluma en el papel con las ideas que representan. Nos informan de las realidades del mundo exterior, pero no con más propiedad que si tratásemos de enseñar á un ciego de nacimiento lo que son los colores.

Recordemos la idea de Taine: Un espíritu reflexivo puede aceptar el todo (religión y su organización eclesiástica), por lo menos, á título de símbolo.

Una frase preciosa encontramos en la obra de James (1): «La verdad tiene su paleontología y su prescripción.» Ella sintetiza el trabajo de estos atrevidos obreros que renuevan el edificio más poderoso que ha conocido la historia, trabajo de excavación en las profundidades del subsuelo católico, en que separan lo arqueológico, lo fósil, de lo vivo; trabajo que realizan con denuedo de luchadores iluminados por los albores de una nueva fe.

La Iglesia, el nuevo edificio medioeval, se derrumba, y antes que se consuma el cataclismo, las almas religiosas quieren salvar el depósito de fe y de ideal que ven amenazado de perecer entre sus ruinas.

EDUARDO OVEJERO

(1) *Pragmatism*. New York. Appleton, 1907.

ACTUALIDAD Y EXCELENCIA

DEL

PENSAMIENTO DE BALMES

**Conferencia leída en el Ateneo de Madrid el día 21 de Marzo de 1911,
cuya publicidad ha sido reservada para «La España Moderna».**

SEÑORES: Treinta años ha, ó poco menos, que el Sr. Cánovas del Castillo, de ilustre memoria, porque fué un mártir de la patria y del orden social, en un discurso leído, en el seno de esta misma Corporación, tributando un homenaje á la dulce y simpática memoria de Moreno Nieto, le comparaba con Balmes por su religiosidad y su espiritualismo, aunque para distinguirle de él en seguida por sus opiniones históricas y por su racionalismo político y filosófico. Y ahora se me ocurre á mí que del mismo modo pudiéramos comparar al brioso y elegante orador extremeño con el reposado y austero publicista catalán, por el temperamento suave y conciliador que en ambos prevalecía, y que me parece oportuno recordar ahora, en honra suya y del Ateneo, cuando este insigne Cuerpo literario, por iniciativa de su dignísimo Presidente, está dando la más elocuente prueba de su elevación y amplitud de miras al consagrar este acto á la memoria de la más alta encarnación de aquel espíritu de concordia en la perturbada España del siglo XIX. Lo único de lamentar en este momento, es que la persona designada para dirigiros la palabra no tenga otros méritos que el de haber sido un humilde, aunque fervoroso, narrador y expositor de la vida y del pensamiento de Balmes; y

puesto que, á mi modo de ver, lo único que puede justificar tanta benevolencia por vuestra parte y tan señalado honor por la mía, es la sinceridad, la buena fe y el *amor* con que yo emprendí mis estudios sobre el gran publicista y filósofo ausetano, he pensado ofreceros una muestra más de la convicción que tengo de la bondad y utilidad de la doctrina de Balmes, hablándoos de su *modernidad* y su *excelencia*.

La doctrina de Balmes, como la de casi todos los grandes publicistas de la época moderna, tiene cinco aspectos principales: literario, filosófico ó científico, político, religioso y social. No es posible, en el breve tiempo de que disponemos, considerarlos todos detenidamente, y fuerza será que nos fijemos especialmente en uno, con tanto mayor motivo, cuanto que el estudio de Balmes, en su conjunto y en líneas generales, como lo imponen los límites de esta clase de trabajos, nos le ha dado ya el Sr. Menéndez y Pelayo en la magnífica semblanza que trazó para el Congreso de Vich. Yo voy, pues, á solicitar esta noche vuestra atención hacia el aspecto político, sin perjuicio de arañar más ó menos en algún otro, porque todos están íntimamente relacionados los unos con los otros; y dejaré que hable, á trechos, el mismo Balmes, á fin de que su pensamiento ejerza más directamente sobre nosotros el influjo de las almas grandes y de los entendimientos superiores. Ya que el Ateneo no pudo oírle, á pesar de haberle invitado á presidir sus cursos y conferencias, del mismo modo que la Real Academia Española tampoco pudo verle sentado en el sillón que le había ofrecido; ya que la enfermedad y la muerte, que en edad tan temprana le arrebataron á sus contemporáneos, no permitieron á ninguna de las dos ilustres Corporaciones contarle en vida entre sus individuos y colaboradores, oigámosle ahora nosotros con ocasión del Centenario de su nacimiento, y procuremos verle con los ojos del espíritu, después de muerto. De este modo todos nosotros saldremos ganando; y en el curso, no de mi lección ó conferencia, para las cuales carezco de títulos y cualidades, sino de nuestra plática ó conver-

sación, á que me convidáis tan amablemente, iremos viendo la suavidad, la fuerza, la complejidad, la armonía y, por consiguiente, la modernidad y la excelencia de la obra de Balmes.

I

Una de la cosas que más caracterizan la época moderna, es el desarrollo simultáneo y armónico de todas las facultades del hombre, y, por lo tanto, de todos los objetos, de todos los órdenes de cosas sobre los cuales ejercen ellas su vasto dominio.

Ved de qué modo lo expresaba nuestro filósofo en su revista *La Sociedad*, y tened en cuenta que esto era en España y en la primera mitad de la pasada centuria: «Comparando nuestro siglo con los precedentes—decía,—se echa de ver que antes, las facultades del espíritu humano se ejercitaban y desarrollaban aisladamente; ahora se desenvuelven con simultaneidad. Quién se entregaba á la imaginación, quién á los sentimientos, quién cultivaba la razón, quién la memoria; pero acontecía con mucha frecuencia, que el hombre ocupado en uno de estos objetos, conocía apenas otro diferente. Los poetas, los literatos, los eruditos, los filósofos, eran clases que tenían entre sí poco contacto; y no se había creado esa homogeneidad que asemeja, en cuanto es posible, á todos los hombres de alguna ilustración. En la actualidad se piensa sintiendo, se siente pensando, se amontona erudición, pero se filosofa sobre ella; se trata de filosofía, pero se la siembra de erudición; el poeta razona como un filósofo, el filósofo canta como un poeta; ambos disertan como un erudito; y éste, á su vez, suelta cuando le viene en gana el fárrago de sus noticias, y os entretiene largorato con sus narraciones de novelista, con observaciones filosóficas ó con los armónicos acentos de un vate.»

Este ideal de progreso y armonía, no sólo en el orden literario y especulativo, sino en el orden práctico—político, eco-

nómico y social,—era el que Balmes quería realizar en España, cuando excitaba á los hombres políticos de su tiempo á que no quisiesen «cargar con la tremenda responsabilidad de desaprovechar para siempre la ocasión que nos deparaba la Providencia de extinguir la cuestión dinástica, de fundir en uno varios partidos y de establecer un gobierno sólido que hiciese imposibles para mucho tiempo las revoluciones y las reacciones, dando á España la dirección conveniente para que entrara en el movimiento regular y progresivo de los pueblos europeos». Se trataba de unos momentos en que, hallándose la máquina «como desmontada», según había dicho Quadrado, «podía recomponerse con arreglo al sistema que mejor pareciese.»

Todos sabéis que Balmes era un sacerdote nacido en la montaña de Cataluña, y educado con arreglo á los principios, máximas, sentimientos y tradiciones dominantes en su país. Pues bien: apenas había salido de la montaña, apenas había puesto los pies en Barcelona, cuando, en su primer escrito político, en las *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, formulando ya su pensamiento capital, estampaba las siguientes frases:

«La violencia, la precipitación, el espíritu reaccionario con que se ha obrado en España de tantos años á esta parte, confundiendo monstruosamente las ideas y encarándose de golpe los sistemas más opuestos, ha producido una situación tan singular y extraordinaria, una confusión tal, que apenas se atina cómo será posible introducir en ese caos el orden y concierto. De una población á otra poco distante, de un país á otro su límite, de una clase á otra clase, se notan en las ideas y costumbres diferencias tan enormes, que no parece sino que se pasa de repente de una nación á otra, la más extraña del mundo. Más ó menos, sucede algo semejante en todas partes; pero tanto como entre nosotros, en ninguna; porque ni han mediado causas para ello, ni se ve que así lo indique el curso de los sucesos. Aquí hay todas las opiniones, todas las

escuelas, hombres de todos los siglos: españoles que pertenecen al tiempo de Carlos II tropiezan frecuentemente con partidarios de la Convención. Y, no obstante, si ha de haber gobierno, si ha de haber nación, es necesario arreglarlo todo, armonizarlo todo, ver cómo se puede conseguir que vivan en paz, sin chocarse y sin hacerse mil pedazos, enemigos tan violentos é irreconciliables.»

Antes de pasar adelante, permitidme una breve digresión en descargo de mi conciencia. Hay en estos días una cuestión que parece agitar grandemente los ánimos, por más que á mí se me antoja que es un instrumento político: me refiero á la llamada cuestión religiosa. Yo, señores, no tengo fuerza bastante para remover las pasiones, y, si la tuviera, no hubiera venido á excitarlas, sino á calmarlas, no sólo por mis propios impulsos y deseos, sino porque tengo muy presente que no me habéis llamado á la candente arena de la política, sino á la región serena de la ciencia y del pensamiento. No me propongo, pues, ventilar esta cuestión, sino más bien descartarla. Balmes, casi no es necesario decirlo, era entusiasta defensor de la unidad religiosa; pero de las palabras suyas que os he leído, de otras que os leeré y de lo que seguiré exponiendo, acaso alguno de vosotros inferirá que lo más lógico sería hoy, dada la evolución de los tiempos y nuestro estado social, establecer la libertad de cultos. A los que tal penséis y no sintáis prevención alguna contra el catolicismo, sólo os dirigiré una pregunta: la libertad de cultos ¿respondería á una verdadera necesidad sentida por la Nación? ¿Resolvería algún problema, ó, antes bien, lo complicaría? Pensadlo bien, y resolvedlo, allá en el fondo de vuestra conciencia, como observadores imparciales y como buenos españoles.

Prosigamos ahora.

La fatalidad ó la serie de fatalidades que nos habían conducido al lamentable estado que Balmes tanto se esforzó por

remediar, jamás fueron reconocidas tan noblemente y pintadas con tanta veracidad como por él, en sus escritos políticos. En las mismas *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, trazando un cuadro de nuestra historia desde los tiempos de Carlos II, y de los sucesos exteriores y particularmente de la Revolución francesa, que influyeron en ella, declaraba sin rodeos que «más ó menos tarde hubiera cambiado la nación de rumbo, porque así lo hacía necesario la situación de Europa»; pero que, sin entrar en conjeturas sobre lo que entonces habría sucedido, difícilmente podía cabernos peor suerte de la que estábamos sufriendo.

Balmes vió desde el primer momento que la causa de nuestras discordias y de lo encarnizado de nuestra lucha era el haberse planteado de improviso, violentamente, *sin mediar ninguna gradación* (son sus mismas palabras), merced al trastorno causado por la invasión francesa, un régimen contrario á los sentimientos de la generalidad del pueblo español.

«En España—escribía—hay convicciones católicas muy vigorosas, sentimientos católicos muy profundos; y como la introducción repentina de la filosofía de Voltaire hizo que se hallasen encaradas de golpe, sin ningún preservativo, la religión católica y la impiedad, ha resultado que entre nosotros los sentimientos católicos son recelosos, suspicaces, se alarman con mucha facilidad, porque se les ha dado demasiado motivo para hacerlo.»

Sólo por la índole peculiar de su genio comprensivo y clarividente, pueden explicarse esos primeros puntos de vista, generosos, certeros y definitivos, de nuestro publicista; sólo se comprenden en hombres como él, que, muy joven todavía, en el Seminario de Vich y en la Universidad de Cervera, en medio de su sencillez, sentíase perplejo cuando sus maestros ponderaban la dificultad de ciertas cuestiones que su naciente y ya clara inteligencia resolvía llauamente.

Más tarde, desde su periódico *El Pensamiento de la Nación*, echando una ojeada sobre los principales acontecimientos ocu-

rridos en el curso de nuestra revolución, desde el último casamiento del Rey Fernando, escribía:

«La guerra dinástica se hubiera evitado teniendo el Rey Fernando un hijo varón; no lo tuvo.

La guerra podía aplazarse, y probablemente evitarse, viviendo el Rey algunos años; el Rey muere en la flor de sus días.

Una victoria pronta de uno de los contendientes podía evitar grandes desastres; ambos son bastante fuertes para luchar, ninguno para vencer.

Descuella en las filas de D. Carlos un hombre de genio, que en pocos meses arrolla y destroza cuanto se le opone, vence en las Amezcoas, rechaza sobre el Ebro el ejército de la Reina, y ataca á Bilbao para marchar luego sobre Madrid. ¡Vanos pensamientos del hombre!; la bala que respeta á sus granaderos le hiere á él; á los pocos días se leía en todos los periódicos con abultados caracteres: *Zumalacárregui ha muerto*.

Los sucesos preparan la elevación de un hombre en las filas de la Reina; la guerra termina; este hombre es proclamado Regente; pero carece del genio de Cromwell y Napoleón, y cae de una manera lastimosa.

Otro hombre le sucede: su carácter es más enérgico, pero su pensamiento político no iguala á su energía; su prestigio mengua rápidamente, y al fin cae, y también de una manera lastimosa.

¿Por qué después de habérsenos cerrado todos los caminos regulares, hemos debido ser tan infortunados que no se haya levantado entre nosotros un hombre que con el ascendiente de su genio haya justificado sus derechos al mando? Ese *por qué* es un secreto de la Providencia; nosotros vemos el hecho; ignoramos el fin.»

¿Qué conducta, pues, se proponía seguir el fundador del *Pensamiento*, para conjurar en lo posible hados tan adversos? ¿De qué modo, en qué sentido hubiera hecho prevalecer sus deseos, á la vez de conservación y de progreso, y su intento

de conciliación? Aunque ya se desprende de lo poco que llevamos expuesto, pongámoslo de relieve, haciendo resaltar los conceptos más fundamentales del pensamiento del publicista.

II

De los escritos políticos de Balmes, sin excluir algunos pasajes del *Protestantismo*, pueden extraerse dos ideas trascendentales: la de *libertad* y la de *evolución* (por más que él empleara con más frecuencia la palabra *reforma*); y yo no creo que en otra parte alguna estén mejor entendidos y más discretamente aplicados estos dos conceptos que tanto apasionan los espíritus en la época moderna, por más que la realidad á que corresponden sea tan antigua como el mundo. Como ya expuse algo de esto en un estudio de *Las ideas de Balmes*, no haré más que ampliarlo y confirmarlo.

Podríamos decir, abusando un poco de las palabras, pero de un modo muy conforme con los gustos de la época, que Balmes nos dió una excelente *psicología* de la libertad; psicología que también hallaríamos en los místicos españoles. La verdadera idea de libertad, que uno y otros nos sugieren, no consiste en seguir impulsos groseramente *naturales*, ciegos, como los de los brutos, sino en los adecuados á la naturaleza del hombre. Por eso aparece como propiamente *natural* el gobierno, la potestad civil, que implica una merma de la libertad individual como cosa necesaria á la existencia de la sociedad, es decir, de la humanidad, del hombre, en el completo y noble sentido de la palabra. El hombre no obra sólo por instinto, sino también por discurso: la libertad, pues, en el hombre es cosa *racional*. Los modernos demagogos la predicán *brutal*, que es destructora del hombre. ¡A cuántas reflexiones se presta esto! ¡Cuán *naturales* aparecen á todo entendimiento sano las sublimes enseñanzas de la religión cristiana! ¡Qué profundo y acabado conocimiento del hombre demuestran! El hombre justo

¡cuán libre se siente! Este sí que experimenta el sentimiento de la verdadera libertad, tal como es dado tenerlo en la vida presente, donde siempre ha de haber alguna coacción en algún sentido. Y es éste un argumento de experiencia, psicológico, innegable, que nadie puede rechazar, pues si todos nos hemos sentido con frecuencia pecadores, alguna vez también nos hemos sentido justos, y con la comparación de un estado con otro, se percibe mejor la *tiranía* de las pasiones, de los apetitos, de las inclinaciones ilícitas; del predominio de la materia, de la carne, de los sentidos.

No creáis, señores, que sea en vano tener una verdadera y exacta noción de la libertad individual, porque es el fundamento de la colectiva, y sus infracciones son causa de las revoluciones políticas y sociales, lo mismo en los que las efectúan que en los que dan pretexto y ocasión á ellas. Goethe, á quien volveremos á citar muy luego á propósito de Balmes, aleccionado por la experiencia, lo mismo condenaba á los unos que á los otros, á los revolucionarios directos que á los indirectos. En el mundo no hay nada insignificante, y los más pequeños deslices de la vida privada repercuten en la vida social. Entre los actos humanos, individuales y colectivos, hay un encadenamiento, invisible y misterioso en apariencia, perceptible y admirable muchas veces á los ojos del observador sincero y reflexivo.

Algunos gobiernos han pretendido fundar el régimen político en el solo concepto de libertad. ¡Error profundo ó vana palabrería, ya que no hipocresía refinada! La libertad es una cosa relativa y fluctuante, en la cual no puede estribar, como en una base sólida y única, el gobierno de un Estado. Tomada en su concepto más general, absoluto y primario, no es más que la *ausencia de coacción*; es, en cierto modo, un concepto negativo. Así lo vió y supo expresarlo, con su perspicuidad acostumbrada, el autor del *Protestantismo*. Tomada en un sentido más positivo, más práctico y de aplicación, envuelve siempre el concepto de limitación, de restricción, y es, por lo tanto,

variable y relativa. Por eso algunos la han definido por lo que parece su antídoto ó, á lo menos, su propia limitación y restricción: «el respeto al derecho ajeno»; por eso Balmes, en uno de sus escritos políticos, dijo que la verdadera libertad consiste en ser esclavo de la ley.

¿No veis, pues, cómo se conforma el concepto político y colectivo de la libertad, con el concepto moral, individual, psicológico, según al principio os anunciaba?

Yo no sé qué secreta é inexplicable afinidad encontramos á veces entre las doctrinas al parecer más opuestas, y entre los hombres que las sustentaron. En el último volumen de la correspondencia de Taine, recientemente publicado y de un interés extraordinario (y aquí, sin salir aún de la idea de libertad, estamos rozando ya con la de evolución), vemos cómo el gran escritor intentaba en vano, repetidas veces, convencer á sus amigos y correspondientes, de la estrecha alianza entre el determinismo y la responsabilidad individual, afirmando que los moralistas más rígidos, desde los estoicos hasta los calvinistas y los puritanos, y los mismos filósofos de más alta significación moral, como Santo Tomás, Spinoza y Leibnitz, fueron deterministas. Si de alguna explicación fuera susceptible el pensamiento de Taine, en cuyo fondo se descubre la honradez y quizás alguna vislumbre de la verdad; si de algún modo pudiesen conciliarse dos términos que, enunciados como él los enunciaba, constituyen una antinomia irreductible, sería sin duda por medio del siguiente pasaje de Balmes en uno de los artículos que consagró á la reforma de la Constitución, asunto que trataba, como solía, hasta llegar á las raíces más profundas.

«En la sociedad, como en la naturaleza, nada sucede sin causa; no hay anomalías propiamente dichas: si pudiésemos penetrar en el seno de todos los objetos y descubrir las íntimas relaciones que los enlazan, hallaríamos que acontecimientos á primera vista muy fortuitos, tienen causas muy naturales y profundas; y que un orden de cosas muy raro y extravagante

en la apariencia, no es más que el desarrollo espontáneo de efectos íntimamente enlazados con sus causas, y sometido á una regularidad admirable.»

No quisiera comparar á Balmes con Goethe, porque no desconozco las profundas diferencias que median entre ambos en cuanto al sentimiento religioso, al temperamento poético y á las costumbres privadas; pero no es posible dejar de colocar á Goethe, lo mismo que á Balmes, en la misma línea de esos que yo llamaría grandes expertos de la realidad, amaestrados por la experiencia, como Burke, como Bonald, como Le Play, como Taine en el último período de su carrera literaria, que tanto aborrecieron la destrucción y las transformaciones violentas. A partir de los horrores de la Revolución francesa, el gran pensador y poeta alemán sintió por ella, como la había sentido Franklin, profunda aversión, y detestaba las intempestivas y ridículas parodias que de ella hacían los alemanes. «Todo lo que es violento y atropellado me repugna—decía,—porque no está conforme con la naturaleza» (1). Amigo como era de las flores, se extasiaba ante la rosa, que le parecía la flor más bella de cuantas se abrían bajo el cielo alemán; pero como en el mes de Abril naturalmente no podía dársela el clima de Alemania, lejos de pretenderla á destiempo y artificiosamente por medio de la estufa y del invernadero, esperaba con calma el mes de Junio para admirarla en toda su magnificencia y aspirar sus perfumes.

Parecidamente, Balmes, que había presenciado lo más cruento de nuestra guerra civil y los desmanes de una revolución miserable y estéril, abogaba por una reforma lenta y gradual, acomodada á la estructura de la sociedad española y propulsora de su adelanto, y condenaba todo trastorno violento y destructor. Este pensamiento—el de la evolución suave y natural, ajustada á las modificaciones de los tiempos,—aparece á

(1) En otras ocasiones, Goethe no se conformó de este modo con las sanas prescripciones de la Naturaleza.

cada paso en sus escritos políticos, en medio del reconocimiento imparcial de las dos Españas, la vieja y la nueva, que, por fatales circunstancias, habían trabado entre sí enconada lucha. La evolución supone el desarrollo de gérmenes ú organismos ya existentes; una adaptación de elementos nuevos á los viejos, y, en parte, en lo gastado y caduco, la sustitución de éstos por aquéllos de un modo prudente y adecuado. En España se quiso hacer aplicación de elementos no adaptables, mientras se destrozaba y destruía lo antiguo. Lo nuevo ha dañado por haber sido mal escogido y mal aplicado; de lo viejo no se ha querido conservar lo fuerte y lo vivo, el tronco robusto, con savia bastante para renovar la corteza y echar nuevas ramas.

Si yo tuviera autoridad para ello y si tuviera esperanza de ser escuchado, ahora que se trata de conmemorar el Centenario de las Cortes de Cádiz, les diría á los organizadores: tened cuidado en el sentido que vayáis á darle á esta conmemoración. La verdadera historia de aquellas Cortes, la historia detallada y definitiva, está aún por escribir; todavía no se ha deslindado bien lo que tuvieron, por una parte, de precipitación, inexperiencia é insano apetito de novedad; y por otra, de legítimo anhelo de renovación y mudanza; anhelo que el gran publicista y observador catalán, teniendo presentes los escándalos de la Corte de Carlos IV y las miserias de Bayona, compartió con la mayoría de los españoles. Creo que los puntos de vista de Balmes sobre la labor de las Constituyentes de Cádiz, y sobre la reforma constitucional, expuestos en artículos que debieran haber aprendido de memoria cuantos en España han tratado de intervenir en los negocios públicos, prevalecerán, en definitiva, en el fallo de la Historia, como los más acertados; pero aunque se opinara de otro modo, aunque se creyese que Balmes concedió demasiada importancia al elemento antiguo, y que no acertó á formular nuestra Constitución externa de un modo suficientemente claro y comprensivo, bien podrían tenerse en cuenta las equivocaciones padecidas en el camino em-

prendido, y comprobadas por la más dolorosa experiencia, y, anunciando una rectificación, dar al acto que se celebre un carácter verdaderamente nacional en que cupieran las esperanzas de todos los buenos españoles.

Balmes no quería más heridas, más desgarramientos de la contextura nacional. Lo que aquí se estaba haciendo no era reformar, sino intoxicar ó mutilar la Nación. Como no era posible una conflagración espantosa como la Revolución francesa, dado el estado de la sociedad española, el instinto revolucionario obraba de otro modo y con otros resultados: ahora una clase, después una institución, aquí un privilegio, allá una tradición y una costumbre, iba atacando las obras de los siglos, verdaderas *acumulaciones de experiencias*, como ha reconocido la ciencia moderna, que no podían ser suplidas por la novedad, la impericia, la alucinación, la exaltación, el egoísmo y las pasiones políticas puestas en juego por los revolucionarios. Esto no era *progresar*, no era *marchar hacia delante*, *hacia la perfección*, como decía nuestro filósofo; esto era caminar hacia la destrucción y la muerte. Y melancólicamente exclamaba, después de hacer votos por la recomposición y soldadura de los rotos organismos nacionales: «este es nuestro deseo; no diremos que sea nuestra esperanza». En una colección de notas ó pensamientos suyos, recientemente publicada (1), se leen estas palabras: «los empíricos de España, para curar al enfermo, le han aplicado el escalpelo al corazón».

Señores: yo no quisiera que me acusarais de pesimista; yo no quisiera que dijeseis que he venido aquí á deprimir los ánimos y á ensombrecerlos. Yo vengo sólo á exponer lealmente el pensamiento del gran publicista español del siglo XIX; yo no sabría disfrazarlo ni disimularlo, y vuestra nobleza y sinceridad tampoco me lo perdonaría. Porque la verdad, aunque amarga á veces, es provechosa, y yo creo que muchos de los

(1) *Reliquias literarias de Balmes*, recogidas y publicadas por el padre Ignacio Casanovas. Barcelona, 1910.

grandes daños que hemos padecido, ha sido por desconocerla. Por otra parte, algunos de vosotros opinarán quizás, contra lo que yo creo firmemente, que Balmes no estuvo en lo cierto y en lo justo. Yo respeto vuestra opinión; pero sigo creyendo que no hubo nadie en España que, tanto por temperamento, como por el estudio y la aplicación, se identificara, como él se identificó, con la verdad política, del mismo modo que se apropiaba y se hacía el verbo de la verdad religiosa, de la verdad científica y de la verdad social. ¡Y con qué firmeza, con qué persuasión, con qué evidencia, afirmaba verla y contemplarla! Luego después del casamiento de la Reina Isabel, Balmes, que se hallaba en Barcelona, pensó en suspender el periódico *El Pensamiento*, y el Marqués de Viluma le escribió para disuadirle de ello. Balmes le contestó en los siguientes términos:

«Honda impresión me ha producido la sentida carta de usted. La voz de una persona, para mí, que puedo conocerla bien, tan franca, tan cordial, no ha dejado de conmoverme, y de hacerme pensar si tal vez me engañaba; por desgracia, mi convicción se robustece cuanto más medito. No estoy todavía resuelto, pero es harto probable que me resolveré á no tardar. El voto de los amigos, los Sres. de Veragua y de Isla, pesa mucho en mi juicio; pero pesan todavía más las cosas en su triste realidad. Dudo mucho que pueda hacer bien escribiendo de política. Las circunstancias han variado completamente: falta la base; no sé cómo se pueda levantar el edificio. Indica usted que si ceso de escribir, dirán que mi único objeto era el matrimonio de Montemolín; el objeto era un sistema cuya clave era el casamiento; si dicen esto, dirán la verdad. Me conjura usted á que lo piense bien: lo haré. Queda mucho que hacer en interés de la Nación, es cierto; pero yo no puedo detener las borrascas que van á desencadenarse, ni nadie tampoco; quien lo intente se estrellará. Me dice usted que el Príncipe es buen sujeto; no lo dudo; pero ¿qué tenemos con eso? ¿Qué podrá hacer el Príncipe con la mejor voluntad del mundo? Nada, Sr. Marqués, nada.»

Y después de exponer la situación de las cosas, escribía estas palabras que parecían tener un acento shakesperiano:

«Es la verdad pura, Sr. Marqués; la veo, la palpo.»

Hasta qué punto los sucesos posteriores hayan confirmado la visión de Balmes, todos lo sabéis mejor que yo. Permitidme, no obstante, un recuerdo de aquel artículo que escribió José María Quadrado, veinticinco años más tarde, en circunstancias que ojalá pudieran caer en el olvido para siempre, con el título de *¡Si viviera Balmes!*, y en el cual, evocando la augusta sombra del que fué su amigo y su maestro, é imaginando su inútil esfuerzo en medio de tanta disolución y tanta desdicha, concluía preguntando:

«¿Desesperaría por esto de su patria? No lo sé; pero ante esa patente degeneración de caracteres é inteligencias, ante ese falseamiento y adulteración de principios, ante esa confusión de ideas y brutalidad de formas que retrae al hombre culto de leer y todavía más de escribir, sentiríase á ratos abrumado de tedio y desaliento nuestro inmortal estadista, é imploraría por merced del cielo la misma tumba que previno sus deseos y que le ahorró tantos pesares.»

La España que Balmes quería, derivaba de aquellos tiempos en que presentaba el mismo carácter generador de las otras grandes naciones de Europa: religioso, disciplinado, serio. Definitivamente constituída y consolidada en tiempo de los Reyes Católicos, debía su formación al renacimiento, largo y penoso, pero fuerte, iniciado después de la invasión agarena, y esa reconquista era debida, á su vez, á lo arraigado y profundo de la obra religiosa y monárquica realizada por los godos, y que tuvo su consagración en la persona de Recaredo. Así opinaba nuestro filósofo historiador, que ciertamente no era de aquellos que sólo ven en la historia los cambios de dinastías y el número de muertos en las batallas, sino de los que perciben lo más hondo y lo más complicado de la organización social. ¡Otra escena como la de Recaredo! ¡Quién sabe si

la veremos desempeñada por el Rey de Inglaterra ó por el Emperador de Alemania!

Esa España hubiera podido acomodarse á los modernos tiempos, como lo han hecho otras naciones, sin perder nada de lo que constituía su esencia. No hay que confundir su decaimiento desde la época de Felipe II hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX, con la obra ruinoso y disolvente de la Revolución. No es esta la ocasión de tratar de las causas de aquella decadencia, ni tampoco puede afirmarse que Balmes las expusiera con detenimiento, aunque alguna vez las indicó; pero es innegable que hasta la época del levantamiento contra los franceses, que, por desgracia, lo fué también de otro levantamiento en favor suyo, quedaba sano el meollo del cuerpo nacional y palpitaba aún en toda su integridad el alma española. Con el pueblo español podía operarse fácilmente en el mejor de los sentidos; en una palabra, podía llevarse á cabo la reforma que exigían los tiempos y la misma situación de España, y que anhelaba una buena parte de la nación. Los psicólogos y sociólogos del liberalismo, tomando en globo á nuestro pueblo desde los tiempos de la Reconquista, sin distinción de épocas, han supuesto en él un estado morbosos de origen que, en realidad, conviene sólo á la España del siglo XIX. Los vicios naturales de la raza, esos vicios de que podemos contemplar expresivas muestras en nuestra literatura, singularmente en la clásica picaresca y en las *Novelas ejemplares* de Cervantes, no tienen nada que ver con esa malsana impetuosidad, con ese predominio de la vida afectiva é imaginativa, ó, mejor dicho, de la vida sensual, de las pasiones desatadas, que ha obscurecido entre nosotros el sentimiento de la justicia, ha traído la impunidad de los culpables, y tantas flaquezas de la voluntad, tantos excesos del egoísmo y abdicaciones de la dignidad y del honor, que los mismos escritores del racionalismo están contestes en reconocer y lamentar. Y si los defectos ingénitos de nuestra raza tienen alguna relación con la influencia revolucionaria, consiste en lo que por ella han sido fomentados y exagerados. Ja-

más esas desapoderadas energías para la discordia se habían manifestado entre nosotros con los caracteres que han presentado en la época revolucionaria. Los españoles (salvo en muy raras ocasiones, como la guerra de las Comunidades y la de sucesión, en tiempo de Felipe V) habían luchado siempre por motivos más nobles, más altos, con perseverancia y con cálculo, pero con generosidad, con resolución, con profundas convicciones. El sentimiento religioso y el monárquico habían engendrado el sentimiento del honor, que tanto resaltaba en el carácter español, y que fué siempre su más poderoso estímulo.

La revolución alteró profundamente nuestra fisonomía espiritual. Artículo de importación, planta exótica en nuestra tierra, amenaza con destruir toda huella de españolismo en esta sociedad desquiciada. Me parece que fué Pascal quien dijo que no hay nada más funesto que quitar la libertad de donde Dios la puso, ó establecerla donde no estaba puesta por Dios. Estas palabras encierran un significado profundo; y si se toma la libertad política en su verdadero sentido; si se entiende por ella la que se funda en los sentimientos, tradiciones y costumbres legítimas y laudables de todo un pueblo, tienen para España una aplicación y una actualidad sorprendente.

Algunos historiadores y sociólogos han pretendido que la evolución histórica ha de adaptarse necesariamente al país y á la raza, tomándolos en un sentido geográfico puramente natural. En tal caso, sería en vano cuanto se intentara por medio de la educación; si el producto de los factores naturales ó materiales es fatal é inevitable, la transformación por medio de la educación será imposible. Ved ahí el inconveniente de dar excesiva importancia al elemento físico; sobreviene el pesimismo y el desaliento, y, en consecuencia, la desesperación ó el embrutecimiento, algo así como la vida puramente vegetativa, á expensas del suelo patrio, con intervalos convulsivos y la inevitable consunción de fuerzas nacionales; vida miserable y precaria que arrastra la política española desde

que abandonó toda tradición espiritual, toda su antigua significación y grandeza.

Balmes—repitámoslo una vez más—no quería á ciegas la conservación de lo pasado y de una tradición exclusiva y cerrada, sino una renovación de lo caduco y gastado y de lo incompatible con el progreso de los tiempos, y entendía, á no dudarlo, como lo han entendido todos los grandes pensadores, que la vida es una perpetua conservación y renovación. El mismo Galdós, en su bellissimo discurso de contestación al de Pereda en la Academia, expuso admirablemente este pensamiento. Balmes observaba cómo se iban planteando y desarrollando en Europa las cuestiones políticas y sociales, y quería prevenirlas y evitar sus peligros; lo que no quería era plantearlas anticipadamente, de un modo artificioso y violento, como se ha hecho en España casi siempre, para ponerlas al servicio de las pasiones personales y de partido.

Para comprender bien hasta qué punto, con amar tanto el espíritu y el carácter de la España antigua y creer algo de ello indispensable para la continuación de la vida nacional, apreciaba también en todo su significado el espíritu moderno, no hay más que fijarse en los términos que empleaba en su artículo titulado *Dos escollos* (que ya adivinaréis cuáles eran, el de la precipitación en el obrar y el de la inacción absoluta), al reconocer la existencia de ese elemento nuevo que entonces era una minoría en nuestra nación, y cuya fuerza, importancia y significación definía él admirablemente.

Al lado de «la España antigua, de la España religiosa y monárquica, de la España de las tradiciones, de los hábitos tranquilos, de las costumbres sencillas, de escasas necesidades, de un carácter peculiar que la distingue de las demás naciones de Europa», veía «la España nueva con su incredulidad ó indiferencia, su afición á nuevas formas políticas, sus ideas modernas en oposición con nuestras tradiciones, su vivacidad y movimiento, sus costumbres importadas del extranjero, sus necesidades hijas de un refinamiento de cultura, su amor á los pla-

ceres, su afán por el desarrollo de los intereses materiales, su prurito de imitar á las demás naciones, en particular á la Francia, su fuerte tendencia á una transformación completa que borre lo que resta del sello verdaderamente español, y nos haga entrar en esa asimilación ó fusión universal á que parece encaminarse el mundo». Y declarando que esta España nueva no constituía la mayoría de la nación, reconocía, no obstante, que era «su parte más inquieta, que más se agitaba, que más sonaba en todos los negocios públicos; la que hablaba, la que escribía, la que viajaba, la que tenía en su mano mil medios para dar circulación á sus ideas, propagar sus pasiones, defender sus intereses; la que había ocupado todos los puestos, todas las avenidas del poder, la que estaba en relaciones, en incesante contacto con el resto de la Europa».

Ya sé que no faltan quienes creen ó aparentan creer imposible esa conciliación y compenetración, esa continuidad gradual y sucesiva, si se me permite la expresión, de lo antiguo y lo moderno, que Balmes preconizaba. Yo, señores, me limitaré ahora á decir que hay cosas que se ven y se sienten mejor que se explican y se demuestran; y, á mi juicio, ésta es una de ellas. Un ejemplo irrecusable y viviente de esa gradación y yuxtaposición, de esa conjunción y convivencia, es nuestro insigne filósofo y publicista.

III

La actualidad y utilidad de la obra de Balmes por lo que toca al pensamiento religioso, científico y social, se descubre también si se trata de aplicarlo á las cuestiones que se han suscitado después de él en semejantes esferas, que tantas y tan inevitables relaciones tienen con la política. Ensayémoslo con la brevedad á que nos obliga el tiempo de que disponemos, sin abandonar, más que por breves momentos, el punto de vista directamente político, empezando por lo que impropriamente se

ha llamado la *evolución del dogma*. Para él, para Balmes, el dogma no cambia nunca; la Iglesia descansa siempre en la fijeza de sus principios, y sólo varía en sus aplicaciones, en la forma y el modo de inculcarlos á la sociedad, según su estado. En otra parte cité un pasaje de Balmes, revelador de su pensamiento en este particular; hoy, permitidme que os lea otro no menos expresivo y no más conocido que aquél, porque, uno y otro, después de haber sido publicados en la Revista en que él colaboraba junto con sus amigos Roca y Cornet y Ferrer y Subirana, titulada *La Civilización*, no han sido reproducidos. Trata Balmes allí de la instrucción del clero, y con un espíritu amplio y comprensivo, teniendo en cuenta las circunstancias de la época, aconseja que una parte, á lo menos, del clero, se forme, no sólo en los Seminarios, sino también en las Universidades (las Universidades eran entonces cosa muy distinta de lo que son ahora), para que «de esta suerte (son sus palabras), cuando se haya de hacer palpable que el Catolicismo no ha muerto, que vive aún con toda la plenitud de la vida que le comunicó el espíritu del Señor; cuando sea preciso demostrarlo con hechos, con aplicaciones de la enseñanza y de la caridad religiosa á las necesidades de la época, ora se trate del planteo de nuevas instituciones de beneficencia ó de enseñanza ú otro género, ora del arreglo y fomento de las existentes, se hallen hombres instruídos de lo que se está practicando en otras naciones, hombres conocedores de las mudanzas y revoluciones que se hayan verificado y se verifiquen en el estado social de los pueblos, capaces de dirigir la aplicación que al propio país se hiciera y de adoptar las modificaciones reclamadas por la diferencia de las circunstancias.

»Estas utilidades resultarán de concurrir á los grandes centros de enseñanza pública los jóvenes destinados á la carrera eclesiástica, pues no cabe duda que las ideas adquieren más amplitud, las miras mayor elevación y el ánimo más prudente flexibilidad, á medida que el trato del mundo, la vista de las cosas, evidencian una muchedumbre de verdades de que no es

posible formar concepto con el mero auxilio de los libros en el retiro de un gabinete.»

Añade luego que, cuando habla de prudente flexibilidad, no quiere decir culpable condescendencia con los extravíos de la razón y los torcimientos de la moral evangélica en favor de las pasiones insaciables, y dice que, «si bien se mira, no es más lo que está diciendo que una aplicación á la época actual de lo que en todos tiempos se ha practicado en la Iglesia. La unidad é inmutabilidad de sus dogmas, y la invariabilidad de su moral, no la impiden acomodarse á la diversidad de tiempos y países; y este es el origen de las incesantes modificaciones que en su disciplina ha tenido por conveniente adoptar en todas épocas, y está adoptando todavía en la nuestra».

No escrupulicemos demasiado, señores, en el estilo de Balmes, que, si nunca fué brillante, en aquella época no estaba aún enteramente formado, por más que ya tenía la claridad que le distinguió siempre; y paremos mientes sobre todo en la penetración y el alcance de su pensamiento, que, aun hoy, en muchas cuestiones, tiene una actualidad y aplicación innegables.

Uno de los principios capitales de su apologética consistía en afirmar, apoyado en la experiencia interna y externa, la insuficiencia de la razón humana para dar cumplida explicación del hombre y conducirlo á la perfección. Aunque, á la verdad, no podía ser tachado de desafecto á la ciencia, reconocía los límites naturales del entendimiento humano, que, después de los más grandes y nobles esfuerzos, delante de lo inmenso y de lo infinito, de lo misterioso y de lo inefable, pero tan íntimo y eficaz como la misma vida, pronuncia un perpetuo *ignorábimus* para dejar el paso libre á la influencia luminosa y vivificante de la religión.

Se habla mucho de separar la religión de la política, y no sin motivo en ciertos respectos; pero conviene evitar en este punto la confusión de ideas. Es imposible que la Iglesia permanezca siempre indiferente ante una política que de mil ma-

neras puede serla favorable ú hostil, así como el Estado ha de contar siempre con la influencia religiosa, ya sea para apeteerla, ya para rechazarla. Prescindamos ahora de lo sobrenatural en lo religioso: cuando se trata de elementos naturales (y la religión es natural en el hombre), no basta la más firme voluntad para suprimirlos, y es necesario contar con ellos para la lucha ó para la concordia.

No era Balmes ciertamente de los que consideran ó quieren la religión sólo como un *instrumentum regni*, pero apreciaba en toda su extensión el saludable influjo que ejerce en la sociedad; y en *El Protestantismo* citaba un pasaje del P. Zaballos, que demuestra claramente de qué modo la religión constituye una ayuda, un *alivio*, como él decía, de la política. Y, en efecto, señores: ó hay que rechazar la influencia de las ideas, ó es preciso convenir en que la influencia del Cristianismo es la más benéfica que puede haber entre los hombres. Si se tuviera esto en cuenta, ¡cuántos males se evitarían! ¡Cuántas fatigas! ¡Cuántos desastres! ¡Cuánta cosa inútil! La civilización, el progreso, serían justos y verdaderos hasta donde lo permite la imperfección de la naturaleza humana. El sentimiento religioso causa en el ánimo, no depresión é indiferencia, como algunos suponen, sino alegría, serenidad ó resignación, que, lejos de enervar ó destruir la actividad humana, la fortalecen, regulan y perfeccionan. Yo no negaré que algunos estoicos y algunos naturalistas hayan dado pruebas de invencible constancia en el trabajo y los sufrimientos, y de espíritu de sacrificio y abnegación, pensando sólo en la fuerza del Destino, ó afectando entregarse, como en nuestros días el pensador inglés Meredith, en brazos de la Madre Tierra; pero, aparte de que muchos de estos casos no han sido bien observados y analizados por espíritus imparciales y dotados de suficiente penetración, y, por lo tanto, distan mucho de ser conocidos á fondo, es lo cierto que constituyen una excepción en el mundo, y que no pueden compararse con la fuerte y universal impresión que causan los dogmas de la religión católica, calificados en-

tre nosotros de «criterio mezquino», por quienes no tienen otro que el de su propia razón y voluntad, á menudo vencidas y arrastradas por las pasiones más comunes y miserables.

Puesto que he mencionado á un escritor inglés, cuyo pensamiento se relaciona estrechamente con las corrientes reformadoras que tanto dan que hacer actualmente en la Gran Bretaña y que hablar en todo el mundo, permitidme acerca de ello un corto paréntesis.

El culto de la *Madre Tierra* no fué bastante para que Meredith conservara la serenidad, y se mantuviera impassible delante de las que él creía injusticias de los hombres, en particular de la crítica literaria y del público inglés, respecto de sus obras. Verdad es que no fué un materialista en el sentido riguroso de la palabra, y que sus creaciones se hallan impregnadas de un vago espiritualismo que parece exhalarse de la misma Tierra; de un idealismo singular que le conduce á la extravagante concepción del *Espíritu Cómico* como ángel tutelar de nuestro planeta.

A pesar de sus acerbos diatribas contra Inglaterra, conserva Meredith el culto de sus grandes hombres, y no poco del positivismo y del carácter práctico de su raza, como Emerson; con quien tiene más de un punto de semejanza; coincidiendo en ese amor y entusiasmo por las glorias nacionales, con el mismo Rudyard Kipling, que parece, en política, el polo opuesto de su pensamiento.

Inventa fábulas como la de Richmond Roy, producto de una imaginación robusta y ardiente y de un espíritu despierto y ágil, y que no suelen darse ó merecer favor en países decadentes. Es un observador finísimo y un psicólogo sutil, y sus narraciones y su poética visión de la naturaleza, sin ser puras siempre, son más sanas que esa literatura sombría y deprimente que tantos estragos ha causado en Europa.

Bien quisiera yo decir ahora cuatro palabras acerca de otros reformadores ó revolucionarios ingleses más tocados de

la influencia corrosiva y demoleadora de las doctrinas continentales, M. Wells, por ejemplo, futurista ó hegeliano, cuyas teorías, que no sé si llamar pragmatistas ó idealistas, ni si comprenderlas en el socialismo ó en el individualismo, ha querido alguien trasplantar en nuestra nación, diciendo que lo que aquí hace falta son ideas, muchas ideas (como si las ideas fueran todas iguales ó indiferentes, y no fueran unas nocivas y otras provechosas), y que deben desaparecer todos los partidos conservadores, y qué sé yo cuantas cosas más. ¡Dios nos tenga de su mano! ¿Cuándo tendremos presente que no nos hallamos en Inglaterra, ni en Francia, sino en España? ¡Y pensar que tal vez ni uno solo de estos intelectuales, de estos *sembradores de ideas*, se ha tomado la pena de hojear á nuestro Balmes, y ver lo que opinaba de la tradición y de las reformas, de la razón y de la experiencia, del instinto y de la reflexión, de la voluntad y de la inteligencia, de la intuición y del discurso! Ya veremos si este afán de renovación que, en política, se traduce en Inglaterra en la campaña contra el privilegio de la Cámara de los Lores, la reforma tributaria y otros proyectos, quizá muy justos y puestos en razón, afecta en nada á la substancia nacional. ¿Y les parece á nuestros reformadores y revolucionarios que en España conviene destruir lo poco que de ella queda?

Si en cuanto á la esencia del dogma no puede hablarse propiamente de *evolución*, tampoco en rigor puede aplicarse esta palabra á la Filosofía, entendiéndola en el sentido puramente especulativo y restrictivo de la palabra. La Filosofía, en este sentido, no es más que la aplicación del entendimiento, siempre á unos mismos objetos. En una ú otra forma, todas las filosofías se han dirigido las mismas preguntas, todos los sistemas filosóficos han pretendido dar la solución de los mismos problemas. Dios, el mundo, el hombre, el espíritu, la materia, la vida: he ahí lo que ha sido el objeto de las indagaciones de todas las escuelas filosóficas, desde las más antiguas

de la Grecia y aun desde las que pudieron inspirarlas. Y las más modernas no han hecho otra cosa que repetir con distintas palabras lo mismo que habían dicho las antiguas. Las variaciones en el método, más que de evoluciones, deben calificarse de etapas ó de revoluciones, de dictaduras ó de anarquías, que pueden sintetizarse en algunos nombres: Platón y Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Kant. Así, Platón y Aristóteles representan el pensamiento del mundo antiguo, á lo menos en sus formas más perfectas y culminantes; Santo Tomás, en medio del caos de la Edad Media, una organización y una disciplina; Descartes, una revolución; Kant, una especie de disolución intelectual.

Esto que hemos dicho, tanto relativamente al orden sobrenatural (el dogma), como respecto del orden natural (el pensamiento humano), nos conduce á dos conclusiones: 1.^a, que los principios no cambian nunca; 2.^a, la excelencia de la filosofía de Balmes; la importancia que tiene y tendrá por mucho tiempo, por no decir siempre, tanto por su fuerza intrínseca, como por sus aplicaciones, el pensamiento de nuestro filósofo; conclusiones que, dentro de los fines del tema que nos ocupa, vienen á reducirse á una sola, á saber: la actualidad y eficacia que tiene la filosofía de Balmes, según su carácter, que luego expondremos.

Pero si se entiende la palabra filosofía en otro sentido más general, menos metafísico, más positivo y más práctico, más semejante al de ciencia, entonces sí que hallamos el concepto de *evolución* en el que Balmes tenía de la ciencia, á la cual consideraba como una sucesión y un enlace de percepciones en lo subjetivo, y de hechos en lo objetivo. Como quiera que sea, su filosofía propiamente dicha, más que por haber formulado rigurosamente una teoría propia, un sistema original, se distingue por haber analizado los ajenos, pero de un modo tal, de un modo tan adecuado á las necesidades de los tiempos actuales, que yo dudo que, para esta clase de estudios, pueda encontrarse una introducción mejor, un instrumento de trabajo

más excelente que la *Filosofía fundamental*, que yo considero como un *tamiz* para aquilatar el valor de todos los sistemas filosóficos. Ya sé que el mejor tamiz ha de ser el entendimiento propio; pero ¡cuán pocos son los que pueden prescindir del ajeno! En absoluto, nadie. En general, los libros de Balmes sirven tan admirablemente para juzgar de las cosas, que yo diría que vienen á formar como un segundo entendimiento, un entendimiento impersonal, objetivo y utilizable para todos. ¿Y no vale más esto que todos los sistemas?

Tomemos por ejemplo la filosofía de Stuart Mill, por fijarnos solamente en la historia del pensamiento humano después de Balmes. Para él, para Stuart Mill, la primitiva y sola realidad es la vida del espíritu; pero supone que actúa sólo por sucesivas experiencias, sin sujeción á ninguna ley, hasta el punto de que la inducción es al principio inconsciente; y así viene á destruir la conciencia psicológica, para cuya explicación no basta el asociacionismo, la serie de estados de conciencia y de ideas que establece. Influidó hasta el exceso por Kant, y acaso por Condillac, se revuelve contra Hamilton y Mansel, porque nada quiere afirmar del objeto, ni de una regla exterior, y sólo admite el desenvolvimiento y la sucesión de los fenómenos, ciega é inexplicable en su principio y en su fin... Dejemos ahora á un lado la utilidad de su sistema, de su lógica inductiva, por algunas reglas que da para el discurso y para el método experimental; pasemos también por alto sus dudas, vacilaciones y contradicciones, lo caprichoso de su explicación de Dios y de la inmortalidad del alma, en desacuerdo con su psicologismo ó subjetivismo cerrado, y que sólo puede fundarse en su peregrino concepto de la creencia, igual, para él, al conocimiento; la admisión de un antecedente incondicional, y aun del universal, no reñido con lo absoluto, tanto si se concibe como lo Incognoscible de Spencer, como al modo personal de los espiritualistas cristianos; y fijémonos en el punto fundamental de su sistema: la actividad del espíritu. Teniendo presente lo que dice Balmes tan luminosa y profundamente en

la *Filosofía fundamental* sobre la identidad del yo, sobre la especie y el grado de intuición que el alma puede tener de sí misma, sobre la sustancialidad del humano espíritu, sobre la estatua que pretendía animar Condillac únicamente por medio de las sensaciones, se nos ocurre en seguida preguntar al positivista inglés: pero ¿qué es el espíritu, si no es más que transformación, sucesión incesante? ¿Cuál es el sujeto de esa transformación? ¿Hay uno no más, universal y para todos, ó uno en cada hombre? ¿O por ventura no hay ninguno? Y si le hay, ¿de dónde viene? ¿Cómo podremos saber nada de la verdad, ni de lo exterior, ni de lo general, como pretende Stuart Mill en su lógica, si no hay un punto de reunión, de comparación de todas las impresiones é ideas, y una ley, norma ó principio á que sujetarlas ó con que comprobarlas? Actividad abstracta, sucesión en el aire, en el vacío, transformación inexplicable... ¿no os parece todo eso más arbitrario, más dogmático, inflexible é intransigente, menos conforme á la naturaleza, que la admisión de un criterio interior y exterior?

Poco tendríamos que decir de Nietzsche en relación con Balmes, porque mientras la vida de nuestro filósofo es un modelo de equilibrio y armonía intelectual, la del solitario de Sils-María es un drama trágico del entendimiento, un trastorno mental continuado y creciente; ni de Emerson, el solitario de Concord (ya va picando en historia tanto solitario de la inteligencia como, desde el famosísimo de Kœnigsberg, viene á caer en la cavilosidad y en la extravagancia); de Emerson, digo, cuyo pensamiento, caprichoso y ondulante, parece disolverse en el éter, á cuyas regiones le place elevarlo y explayarlo. No puede negarse que, tanto en Emerson como en Nietzsche, hay sorprendentes puntos de vista, cierta profundidad y grandeza, hondas y poéticas visiones de la realidad, que á veces despiertan el presentimiento de lo inefable y de lo infinito, y descubren y expresan, hasta cierto punto, los misterios del universo y de la vida; pero, en medio de estas ráfagas de luz, abunda en el uno lo deforme y monstruoso y hasta repugnan-

te, algo que contiene el germen de una espantosa locura *intelectual* (perdonadme el pleonasma ó la tautología) que parece extenderse como funesto contagio; y en el otro, lo vago y lo inconsistente, falta de objeto y de aplicación, movedizo y variable como una mariposa; mientras que Balmes, al paso que nos sugiere también el presentimiento de algo nuevo, indefinible y grandioso, como un mundo de relaciones, ideas, sentimientos y deseos desconocidos, apenas sospechados é indefinibles; la perspectiva de lo insondable del pensamiento y lo insaciable de las aspiraciones del corazón, no se ciñe á componer frases y períodos para lograr con el ritmo de la palabra una vaga representación simbólica de cosas impalpables y fugitivas, sino que se aplica principalmente á las reales, visibles y comprensibles, y no se limita á ser un simple manipulador de ideas, como tantos otros que han salido de esa orgía intelectual inaugurada con la crítica de Kant.

Y si de éstos pasamos á otro que tiene una representación más propia y peculiar en la ciencia, y que no ha dejado de influir en algunos de ellos, á lo menos en el célebre apologista de la fuerza; si consideramos, no lo que tiene propiamente científico, sino más bien de pretensiones filosóficas, Carlos Darwin, veremos que, cuando se aparta de las reglas científicas, cuando traspassa los límites del valor de la experiencia, tan claramente comprendidos y expuestos por nuestro Balmes, no sólo encuentra por impugnadores á sabios como Quatrefages, que le acusa de confundir la raza y la especie; al mismo Virchow, descubridor de calidades vitales y patogénicas en las células, y otros adversarios no menos autorizados y respetables, sino que incurre en chocantes contradicciones y extravagancias al interpretar y definir el pensamiento, la moral, la religión, el universo, la vida y la materia misma en sus primeros elementos, en su esencia y en su origen. ¡Qué lección para el orgullo humano (si fuese capaz de recibirla) cuando, fiándolo todo á sí propio y á la individual experiencia, se desentiende de toda autoridad, de toda guía y de toda regla exterior y superior! Y cuen-

ta, señores, que el que tiene el honor de dirigiros la palabra no es de los que pretenden desconocer los servicios prestados á la ciencia por el que podríamos llamar el empírico de la evolución, con sus ingeniosos experimentos, con su trabajo asiduo y perseverante, con su método de observación, con sus descubrimientos (por más que, aun dentro de esas experiencias particulares entre sí, hallaríamos lucha y contradicciones, y, por consiguiente, algunas dudas y sospechas respecto de su legitimidad); y que, en vez de impugnarle razonadamente oponiendo á sus hechos otros hechos, y, sobre todo, á sus discursos otros discursos, le insultan y le toman como una bestia ó como un monstruo. Pero nunca me cansaría de señalar, á la luz de las doctrinas de Balmes, y con la fuerza y la suavidad de su procedimiento, esas inconsecuencias de un hombre que no quería pasar por ateo, y en una ú otra forma admitía las causas y las direcciones *finales*, y hasta lo incompleto y arbitrario de ellas, si no se reconoce al mismo tiempo una providencia y una causa universal; y, sin embargo, sentaba unos principios que conducían á Haeckel, el más lógico de sus discípulos, á profesar el ateísmo como un dogma y convertir el materialismo en una religión. Permitidme que insista sobre ese punto de la energía, suave y persuasiva, noble y sincera, de que usaba Balmes al combatir á los escépticos y á los incrédulos, ahora que acabo de referirme á uno de los representantes de la ciencia moderna sobre quien han descargado con más fuerza los anatemas de ciertos indiscretos defensores de la religión, á quienes, lo mismo que á todos los agresivos é intemperantes, debiera servir de ejemplo el procedimiento de nuestro filósofo y apologista. Nunca serán, á mi juicio, bastantemente impugnados los errores de esos patriarcas del positivismo y del materialismo; aunque no fuera católico, yo sería el primer iconoclasta de esa religión laica que ha levantado sus santos como cualquier otra, desde Marco Aurelio hasta Renán y Littré, y contemplaría con espanto el doble y extraño ejemplo y las funestas enseñanzas de esos materialistas como Bichat, que, se-

gún la expresión de Flaubert, practicaban la virtud sin creer en ella; pero muchos de ellos me parecen dignos del mayor respeto, y aun de admiración profunda, por la pureza de sus costumbres y la nobleza de sus mismas contradicciones, y pienso en ellos cuando leo en Balmes su admirable retrato de los incrédulos de buena fe.

De la escuela escocesa, de Balmes y de otros pensadores á quienes se considera como particularmente afectos á ella, se ha dicho que adolecían de cierta cobardía mental, del temor de abordar de lleno los grandes problemas; se ha dicho que toda esa filosofía del sentido común era cosa muy *terre à terre*, incapaz de levantarse á las alturas y descender á las profundidades del pensamiento humano. Pero yo creo, sin definir ahora lo que entendió por *sentido común* la escuela escocesa, y sin afirmar que sea un producto de la experiencia colectiva ó un dictado de la razón universal, que en él está lo mejor y lo más sano de la filosofía. Porque, ¿qué mejor filosofía que el procurar incesantemente y hasta donde sea posible la adecuación del entendimiento á la realidad de las cosas? ¿Y á qué otra cosa nos impele el sentido común? En cuanto á Balmes, si no tuvo las audacias y los atrevimientos, no siempre felices y saludables, de otros pensadores, ni el arrebató poético ó la misteriosa grandeza de algunos que hemos nombrado, no demostró ciertamente cobardía intelectual, ni dejó de abordar ninguno de los grandes problemas de su tiempo. Dijo en una carta á García de los Santos, que, en su *Filosofía fundamental*, se proponía agitar las grandes cuestiones filosóficas que entonces se ventilaban en Europa. No sólo las agitó, sino que por sí mismo las ventiló también; y ahí está el libro para probarlo. Lo que hay, señores, es que muy pocos de nuestros kantianos y hegelianos lo han leído.

Entendimientos muy claros y expertos sociólogos de Francia, opinan que la cuestión social ha llegado allí á un punto en que cada una de las dos clases militantes, la que posee los

brazos y la que posee el capital, no tiene más remedio que aceptar de la otra la guerra, ó declarársela á su vez francamente y con todas sus consecuencias, entendiendo por guerra, no precisamente el uso de la dinamita y del puñal, y el de los cañones y las bayonetas, sino el de todos aquellos medios que el curso ordinario de las cosas pone al alcance de cada uno de los contendientes para hostilizar y rendir al adversario ó para defenderse de él. Cuando Balmes escribió en España sobre esta cuestión, las cosas no habían llegado á tal extremo, y podía no ser una fórmula vaga, y ciertamente no lo era con las aplicaciones que hacía Balmes, la que él daba á los amos respecto de los trabajadores: *hacerlos buenos y hacerles bien*. La industria moderna no había alcanzado aún toda la extensión y transformación que hemos presenciado, y la reforma ó la revolución política no había llegado á los últimos grados del sufragio universal y la libertad de imprenta que ahora vemos establecidos. Todavía se conservaban restos de los hábitos y costumbres de los antiguos gremios en algunas industrias, y los patronos tenían sobre los obreros un ascendiente moral, cuyo más sólido fundamento era la religiosidad y las buenas costumbres de unos y otros. Yo no sé si el espíritu revolucionario ha llegado ya á borrar todo eso, hasta el punto de que la fórmula de Balmes sea hoy no más que una bella fórmula, de esas que con tanta frecuencia se nos dan hechas en discursos y congresos. Todavía me parece ver en España algún asidero para hacer las reformas que indicaba el publicista de Vich, á fin de conservar lo mejor del espíritu antiguo entre las modificaciones modernas, y no puedo resignarme á creer, con algunos sindicalistas y algunos católicos, que la organización obrera deba ser en absoluto independiente y estar completamente separada de la organización patronal. Me parece tan natural, tan eficaz y tan insustituible la influencia del amo sobre el trabajador, que veo en ella no sé qué de paternal, algo como la adopción de unos hijos del trabajo, que es ley de la vida; y como consecuencia de la desaparición de esas naturales influencias, no sólo direc-

tas, sino por medio de intermediarios tan eficaces como la influencia religiosa, veo el predominio de esos grandes malhechores de la sociedad, designados con el eufemismo de conductores de muchedumbres, que se aprovechan del estado de aislamiento y relativa debilidad intelectual de los obreros para sus fines particulares y reprobables.

Balmes no era partidario de tirar *à priori*, arbitrariamente, esas líneas divisorias entre clases y partidos; y aunque distinguía ciertamente los dos campos, siempre irreconciliables, del bien y del mal, yo creo que se afligiría profundamente al ver esa lucha preconcebida, esa calculada distinción entre *derechas é izquierdas* (por citar sólo la división más genérica y trascendental), nacida, más de la pasión política y de la concupiscencia individual, que de convicciones fuertes y sinceras; y quizá diría que definiciones y separaciones semejantes debieran dejarse para el Juez de vivos y muertos. Aun por lo que toca á lo puramente político, me parece que todos los hombres de recto sentido, en sus momentos de calma y serenidad, han de reconocer, no ya lo innecesario, sino lo nocivo que esas divisiones han resultado en España. Me río yo, si es que no siento profunda pena, cuando oigo exclamar á hombres de todos los bandos y opiniones: «Nosotros somos los más y los mejores.» ¿Y qué significa que seáis los más? ¿Y quién os ha dicho que sois los mejores? Lo que debierais alegar es que no queréis otra cosa que el imperio de la ley, la justicia y el derecho; el triunfo de la moral y la prosperidad pública.

Es indudable que, de todos modos, las teorías del socialismo y del anarquismo hubieran hecho mella en nuestra Nación; pero ahora, lejos de encontrarnos prevenidos para la defensa, han hallado aquí toda clase de facilidades por el allanamiento de todo obstáculo tradicional; y desde Carlos Marx hasta los más exaltados representantes de esa literatura social que estalló en Rusia y en los países escandinavos como un volcán entre los hielos del Norte, por no citar más que manifestaciones intelectuales posteriores á Balmes, esas ideas han inva-

dido nuestro país y han causado en él estragos incalculables.

De este modo tocamos las consecuencias de la falta de previsión y preparación que, en su tiempo, se esforzó Balmes por remediar, y que posteriormente se ha hecho más grave, porque, desprendiéndonos de todos los medios, no sólo de resistencia, sino de avance, que nos quedaban; de todo lo que significaba para nosotros fuerza propia y peculiar, hemos venido á parar á una situación semejante á la de un navío cuyos tripulantes, hallándose en medio de la borrasca, para evitar los embates del viento y el ímpetu de las olas, en vez de contentarse con arrojar el lastre, destruyesen la maquinaria y la arboladura y las arrojasen al mar; con lo cual vendría á quedar el buque ingobernable.

Jamás desconfió Balmes de nuestra raza, de sus tradiciones y de sus destinos, supuesta la firme voluntad de cumplirlos; y, con la historia en la mano, mostró de qué modo la civilización se ha ido paseando, desde los tiempos más remotos, por todas las regiones del globo, desde las nieves eternas hasta los ardores ecuatoriales. No desconocía la influencia de los factores naturales, pero señalaba la definitiva eficacia de la educación; y si en España veía diferencias profundas en el suelo y en el clima de sus varias regiones, trabajó siempre para que viviesen en paz y unidos por un mismo espíritu todos sus moradores, bajo el cielo velado por los celajes del Norte, ó azulado y esplendoroso en las regiones del Mediodía; entre los pinos del Guadarrama y entre las hayas del Montseny.

Pero he dicho ya que para la felicidad y prosperidad de la nación, consideraba preciso el empleo de medios adecuados, y voy á aclarar el concepto de un modo que quizás á alguno de vosotros, á estas alturas, cuando ya han empezado á regir los presupuestos generales del Estado, aprobados por las Cortes para el año de gracia de 1911, le parecerá rayano en la candidez.

En uno de los aspectos de la política, en el aspecto económico, en que se fijó Balmes con insistencia y con su penetra-

ción acostumbrada, se nota, como siempre, su espíritu de conciliación y de armonía, con el cual lo mismo tenía presentes á las regiones industriales y adelantadas de la Península, que á las más atrasadas y á otras puramente agrícolas; y atendiendo siempre á los intereses generales, censuraba enérgicamente el despilfarro y el desconcierto administrativo, tanto por el número como por la índole de los empleos creados y provistos de un modo inadecuado, inútil ó perjudicial á los verdaderos servicios y necesidades del Estado. Si Balmes volviese hoy á la vida, al considerar que en tiempo de Fernando VII, con 600 millones de reales había lo bastante para atender á todos los gastos de la nación, y que aún era desconocida la plaga del pauperismo; que en 1868 la contribución importaba ya cuatro veces más, y no bastaban 2.000 millones de reales para los gastos, al paso que los pobres lo inundaban todo; que en nuestros días, en fin, los pobres todo lo vuelven á inundar (y eso que con el pauperismo corre parejas la emigración), y que no bastan ya 1.200 millones de pesetas para las obligaciones del presupuesto; al ver á su patria quebrantada y reducida casi á su territorio peninsular, y al contemplar esa gran máquina administrativa en que se va convirtiendo el Estado junto con las provincias y los municipios, sin exceptuar aquellos organismos en que debieran radicar especialmente la fuerza y la sustancia nacional, y que amenaza acabar con la vida del país por estrangulación, indudablemente nos había de mostrar bien á las claras él, que con tanta lucidez explicaba las aparentes anomalías que presentaba la nación española, por qué trámites un gran pueblo puede llegar á convertirse en un ostentoso aparato de fuerzas burocráticas, detrás de las cuales, en vez de palpitar una sociedad llena de vida y esperanza, se ofrezca la dolorosa perspectiva del atraso y desorganización del país; de la confusión y desmoralización en todos los ramos y esferas sociales; del desenfreno de todos los apetitos, pasiones y concupiscencias, y, en último término, la tristeza y la desolación de una vasta necrópolis.

IV

Algunas notas sacadas de documentos que han visto la luz pública recientemente, acabarán de mostrarnos á Balmes como uno de los hombres más activos, más excelentes y mejor dotados para sentir, comprender y satisfacer las legítimas aspiraciones del espíritu moderno. Pasma verdaderamente contemplar en las cartas que dirigía á su editor D. Antonio Brusí (1), cómo, al mismo tiempo que concluía aquella magnífica serie de ejemplos y lecciones de filosofía social con que comparó el Protestantismo con el Catolicismo, redactaba por sí solo una revista de alto vuelo, con el nombre de *La Sociedad*; fundaba luego en Madrid el periódico *El Pensamiento*; publicaba, á no tardar, *El Criterio*, el manual de la vida práctica más excelente que en castellano poseemos; coleccionaba y adicionaba con otras las *Cartas á un escéptico* que ya tenía publicadas en *La Sociedad*, y que constituyen un insinuante y eficacísimo tratado de apologética, y escribía la *Filosofía fundamental*; todo esto entre viajes á París, Londres y Bélgica, entre idas y venidas á Madrid y Barcelona y á su ciudad natal, y en medio de los sinsabores y cuidados de la política. Ahora sí que, por lo menos en aquellos cuatro ó cinco años que mediaron desde la publicación del *Protestantismo* hasta la de *Pío IX* y la *Filosofía elemental*, podemos compararle con Goethe, por la varia y prodigiosa actividad y el equilibrio inalterable, aunque adivinando siempre, detrás de tan rica y *mundana* envoltura, un alma sencilla como la verdad, pura como el pensamiento,

Lamentábase Brusí, que era el editor de *La Sociedad*, de que Balmes hubiese tomado á su cargo la dirección de un periódico, creyendo que con esto saldría perjudicada la Revista; pero Balmes, que no ocultaba nada á su editor respecto de la naturaleza del periódico, en el cual declaraba que había de tra-

(1) *Á Balmes: La Casa Brusí. Barcelona, 1910.*

bajar, «no con vagas generalidades, sino con aplicación á los hechos, con la mira de que *El Pensamiento de la Nación* (el periódico) se erigiese en gobierno (así, tal como suena), repitiendo que su objeto era principalmente político, práctico, de aplicación, explicaba á Brusi el carácter de los distintos trabajos de *La Sociedad*, tan importantes como el estudio de *Espartero*, que, si Brusi tenía algún reparo en publicar, él lo haría en un cuaderno suelto, considerándolo, no ya como una simple biografía, sino como algo más, y como un doble estudio del militar y del político (en lo cual he visto confirmada, casi *expressis verbis*, la calificación que hice de este trabajo en mi biografía de Balmes, antes de haber podido ver su correspondencia con Brusi); como las *Cartas á un escéptico*, que él consideraba tan interesantes como *El Criterio*; los artículos sobre las Comunidades religiosas y otros estudios no menos graves, teniendo como cosa muy natural la dirección de varias empresas, y haciendo notar cómo esto acontecía en Francia y en todos los países del mundo, con éxito y utilidad para los directores; y cuando hubo logrado desvanecer los celos y temores de su editor, le dijo bellamente que quedaba disipado «aquel leve soplo que, sin empañar la amistad entre ambos, podía haberla quitado el brillo y tersura que antes tenía».

Poco después, Brusi debió de quejarse de escasez de original para *La Sociedad*, y Balmes le replicó ingeniosamente: «Me habla usted de la buena digestión que piensa usted hacer, y la indicación parece dirigida á significar que el alimento no será abundante. Tampoco creo que se muera usted de flaqueza, aunque delgadito. Por lo menos hay una cosa, y es que mis obras no embarazan el almacén; para un editor, esto no es indiferente.»

En medio de las incesantes y graves ocupaciones que le abrumaban, según confesión propia, soltaba algunas notas interesantísimas sobre el estado de la política, el carácter leal y resuelto de Viluma, sus principios firmes, sus intenciones rectas, su probable actitud, que contrastaba con la del Gobierno,

que desde muchos años le parecía ó un moribundo ó un frenético; y dirigía á Brusi palabras tan expansivas, y casi diríamos divagadoras, como las siguientes: «Ya ve usted que la solución del *statu quo* se va adelantando; la crisis es grave, gravísima; Dios sobre todo. Muy triste se manifiesta usted en su última; pero añade usted la observación consoladora de que son tantos los más desgraciados que usted... En efecto; con veintiocho años de edad, soltero, casi solo, dueño de una pingüe fortuna, con regular salud, con muchísimas relaciones, con un nombre respetado por la proverbial honradez de la casa, con variados conocimientos, con recuerdos de largos viajes, con... no parece tan mala la suerte de una vida que se desliza en medio de una ciudad opulenta, á la orilla del mar, bajo un cielo hermoso, en clima templado, sin faltar una buena quinta para disfrutar de las delicias de la campiña barcelonesa. Pero así es nuestro corazón: siempre vacío ó sediento, siempre el tedio ó la anhelante inquietud. Ya debe estar usted temiendo que voy á descolgarme con un sermón; nada de eso, ya sabe usted que en este punto soy parco. Crea usted que algunas veces recuerdo las conversaciones que teníamos, porque en la corte, si bien abundan más las personas con quienes se puede conversar, no siempre se las halla de mejor paño que las de provincia. Todo es farsa en este mundo.»

¡Y qué modo tan admirable de administrar y defender sus obras é intereses! ¡Con qué claridad y exactitud redactaba los contratos por ediciones, y con qué sagacidad vigilaba el despacho de los miles de ejemplares que se vendían, y calculaba su producto y su valor probable, hasta llegar á pedir por la propiedad de los 10 tomos de sus principales obras, cuando aún no había publicado la *Filosofía fundamental* y el opúsculo sobre *Pío IX*, 40.000 duros; empleando en todo ello, al lado de una corrección exquisita, una lógica inflexible! Decidme si no puede compararse en esta época nuestro escritor con el pensador alemán, que fué un portento de actividad en las cosas más divergentes, y si no puede sospecharse de Balmes que, de ha-

berse dedicado con preferencia á la literatura, hubiera resultado un literato de primer orden, cuando, espoleando á Brusi para que despachara no sé qué envío, le salían del modo más natural y espontáneo párrafos tan briosos y tan gráficos como el siguiente: «No le tenía á usted por descuidado ni flojo; de esto no necesita usted vindicarse; pero faltaban hace tiempo ejemplares; en casa Rodríguez me fastidiaban; di una puntadita, y lejos de estar usted flojo, los ha mandado usted por la diligencia, como si dijéramos que en un momento de enfado los ha arrojado usted con una honda. Esto prueba que yo no calculé mal; y que el alazán, lejos de ser flojo, no podía ni aun soportar la vista del acicate. Bien sabía yo que había de dar un brinco; ya lo ha dado; esto quería. Por lo demás, creo que no había expresión ofensiva; que, si la hubiese, la recogería con mucho gusto, desaprobándola al instante.»

Lo mismo hacía el elogio y la recomendación del administrador de *El Pensamiento*, Sr. Pérez, diciendo de él que le «llevaba hermosamente las cuentas, y que podría fiársele oro molido», y pidiendo para él á D. Pedro de Egaña una colocación en las dependencias de Palacio (1), que ponderaba, como hemos visto, las cualidades personales y políticas del Marqués de Viluma, de quien decía que era un cumplido caballero, y que mucho le engañaría si se prestaba á ser el instrumento de nadie, por elevada que fuese su categoría; mezclando en todo esto rasgos y frases llenos de gracia y humorismo, y toques de la más exquisita prudencia y circunspección; no sin que se advirtiese con frecuencia un cierto aire de superioridad y un tono de mando.

A medida que uno va siguiendo los últimos pasos de aquel hombre insigne, parece que va creciendo el interés que despierta su breve, pero intensa vida intelectual y política. De su *Pío IX*, que tantos disgustos le atrajo, decía: «Está escrito con

(1). Carta inédita, cuya copia nos ha sido facilitada por D. Segismundo Cunill.

calor, pero con mucha premeditación.» Para justificar el valor de sus obras ante los editores, sobre el interés que el público demostraba por ellas, alegaba la juventud del autor, cuando ya á dos pasos le estaba acechando la muerte.

Poco tiempo antes de asaltarle la implacable y traidora enfermedad que tan rápidamente destruyó aquel maravilloso organismo, devoraba los periódicos franceses que reflejaban en toda su magnitud la revolución que implantó en la nación vecina la segunda República, y escribía aquellas profundas impresiones que constituyeron una publicación póstuma con el título de «República francesa», y que juntamente con el opúsculo *Pío IX*, nos dan á entender de qué modo Balmes hubiera sido siempre, no un Lamennais, ni un Loisy, ni un Murrri, sino un centinela avanzado de la civilización católica.

Sus obras y sus actos nunca estuvieron en desacuerdo con sus principios. Con la palabra y con el ejemplo persiguió siempre la realización en España del verdadero ideal de la civilización, que él formuló de un modo definitivo, *inteligencia, moralidad, bienestar*, y del cual, en sus mismos escritos políticos, particularmente en el art. VII de los dedicados á la *Reforma de la Constitución*, hizo aplicaciones aceptables para gentes de todas las creencias y opiniones.

Para volver á una comparación entre nuestro filósofo y el que fué vuestro querido Presidente, diré que mientras el pensamiento de Moreno Nieto fué vago, nebuloso y oscilante, el de Balmes, en todas las cuestiones fundamentales, fué invariable, fijo y transparente como un cristal; y la realidad de las cosas, que en tantas manifestaciones intelectuales aparece dispersa, rota en fragmentos, como la luz á través de un prisma, descompuesta por la refracción, en él, en su pensamiento y en sus escritos, se reflejó siempre como en un claro espejo.

Mucho se ha hablado y escrito acerca de Balmes en España; pero su nombre y su significado no han alcanzado la divulgación y la popularidad que merecen. Si nuestro pensador

no hubiera escrito más que la *Filosofía fundamental*, todavía pudiera explicarse que su nombre no tuviese entre nosotros más resonancia que la que han alcanzado en Francia, por ejemplo, Cournot, Lachelier, Renouvier, Ravaisson, que han consagrado su actividad casi exclusivamente á la especulación intelectual; pero Balmes fué además un gran escritor político y de ciencias sociales, un gran filósofo-historiador y un hombre de acción, y tiene para España una importancia muy superior á la de aquellos pensadores en la nación vecina; y aun podría afirmarse que el no haber en la España moderna otro filósofo y publicista de su talla, así como hay varios en otras naciones, por ejemplo, en la Francia misma, si por un lado parece acusar en nosotros menos riqueza intelectual, por otro pudiera constituir una ventaja para la orientación del pensamiento colectivo, que en ninguna parte aparece tan vigorosamente representado como en Balmes.

Hay quien cree que un libro de Burke, las *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, salvó á Inglaterra en 1790. Sin pretender que nuestro estado social en la actualidad sea comparable con el de Inglaterra en aquella época, bien puede afirmarse que, si hay alguna obra, si hay algún pensamiento que pueda salvar á España, aplicado en lo posible á las circunstancias presentes, es el pensamiento de Balmes. Uno de los extremos, una de las afirmaciones que comprendía ó á que se inclinaba, era el de que la salvación había de venir principalmente de arriba. Mucho entendía que podía hacerse *de abajo arriba*; pero estimaba que el impulso había de ser *de arriba abajo*. Todavía hoy, á pesar de lo maleada que está nuestra sociedad, de lo que ha sufrido con tanto tiempo de sacudidas revolucionarias, puede afirmarse, aunque en diferente grado, lo mismo. Más que en tiempo de Balmes, es necesaria hoy la regeneración del individuo y de la sociedad, por lo mucho que desde entonces han degenerado; pero es evidente que sin la acción del Gobierno no se logrará nada. «Hay que ahogar el mal con la abundancia del bien», decía Balmes; pero como no era hombre para contentarse con

fórmulas generales y abstractas, quería asegurar la acción del bien por medio de instituciones fuertes y duraderas. Y estas instituciones no pueden establecerse y consolidarse sin el apoyo de los Gobiernos. Todos los esfuerzos serán vanos y estériles sin el impulso gubernamental, prudente, discreto y hábil, es cierto; pero, sobre todo, enérgico, firme y perseverante. Hasta ahora fueron vanos todos los esfuerzos que se hicieron, por la hostilidad con que casi siempre los recibía la política imperante; hoy los haría estériles la sola indiferencia del Gobierno.

Quizás alguno dirá que estas remembranzas del pensamiento de Balmes, y estas indicaciones de una aplicación posible á los tiempos presentes, aunque proferidas por indignos labios, resuenan aquí como una voz de ultratumba, como un eco del pasado definitivamente muerto; y calificando la elocuencia y la buena fe del inmortal publicista como el canto del cisne de la España tradicional inseparable del catolicismo y de la institución monárquica, creará que los que todavía consideramos vivas y posiblemente eficaces sus enseñanzas, nos encontramos fuera de la realidad, en el mundo de los recuerdos. Yo creo que quien tal pensara se equivocaría profundamente.

En dos libros he procurado sintetizar, con singular detenimiento, entre las demás, las ideas políticas de Balmes; en varios de sus escritos políticos que os he indicado, podéis verlas puntualizadas también. Reconozco que no es posible dejar de tener en cuenta el largo y penoso camino recorrido desde la muerte del insigne publicista; pero si, á pesar de esto, en los labios de alguno de mis lectores ó de mis oyentes, viera asomar una sonrisa benévola y articular las palabras «reacción imposible», yo no sé lo que en este momento le contestaría sobre la cuestión de imposibilidad; pero sí le diría que el sentido de la palabra «reacción» no siempre ha de ser odioso, y que, en determinados casos, el enfermo, si no reacciona, muere. Y mucho me temo que entre estos casos se halle el nuestro. Balmes hizo el diagnóstico de la enfermedad, y, por desgracia, lo hemos visto comprobado en todas sus partes. Ya que

tan sólida y tan alta ha quedado establecida la reputación del médico, ¿por qué no hemos de buscar en sus doctrinas la medicina? No es otro el fin á que se enderezan las investigaciones que yo emprendí; y la sinceridad en la exposición de los resultados, me ha parecido, dentro del círculo de mis escasas fuerzas, el mejor modo de honrar la memoria de Balmes, de prestar un servicio á mi país y de corresponder á vuestra benevolencia.

NARCISO ROURE

LA AMÉRICA MODERNA

Las leyes obreras y la regularización de la inmigración argentina. Opiniones de tratadistas y políticos.—La colonización interior en la Argentina; la acción del Estado y la acción privada; intervención de las compañías ferroviarias.—Nuevo cauce de la economía mundial; la gran vía euro-afro-sudamericana.

Ocioso sería repetir las consideraciones que se hacen encomiando la importancia de la Argentina como país de inmigración, singularmente para las ramas española é italiana del tronco latino-europeo. Ahora conviene repasar las opiniones y examinar la experiencia argentina respecto de los problemas que giran en torno del más importante hecho social que se registra en la gran República sudamericana: el movimiento migratorio.

Los juicios del profesor von Philippovich coinciden con las opiniones de tratadistas como T. Molinas (1) y políticos como Sáenz Peña. Afirma Molinas que, en el orden interno, las leyes argentinas velan por el mejoramiento de las clases obreras, atendiendo á la labor moderada é higiénica del hombre, como de la mujer y del niño; establecen el descanso do-

(1) Florencio T. Molinas: *La colonización argentina y las industrias agro-pecuarias*.—Buenos Aires, 1910.

minical, y un Departamento del Trabajo se encarga de estudiar todas las cuestiones relacionadas con el obrero, habiendo recientemente sometido para su aprobación un proyecto de ley de «Reparaciones para los accidentes del trabajo».

Además, los encargados de hacer cumplir estas leyes desempeñan las funciones de mediadores para solucionar las diferencias entre patronos y obreros, y mantener la armonía de relaciones entre ambos gremios.

Existe otra ley de salud pública, arbitraria si se quiere, por cuanto puede ser aplicada sin previo proceso verbal, bastando al efecto los antecedentes policiales. Esta es la llamada Ley de Residencia, para expulsar individuos connaturalizados con el crimen ó traición, fraguadores consuetudinarios de atentados y, en fin, gente tenebrosa. Pero la sola enunciación de estos delitos basta para justificar la naturaleza de la ley, que, si se aparta por acaso de los procedimientos considerados como legales, conviene no olvidar, empero, que ha sido dictada para aplicarla exclusivamente á aquellos que desconocen y burlan toda ley social, no pudiendo, por lo tanto, pretender que les alcancen los beneficios de un orden que repudian y persiguen con desnaturalizada maldad.

Las leyes nacionales sobre el trabajo son de muy reciente data, y señalan tan sólo los primeros pasos de una legislación aún en la infancia; pero estudiadas de acuerdo con las condiciones actuales del país y en consonancia con los acontecimientos que las motivaron, han respondido, hasta ahora, á sus fines.

Relacionado con estas cuestiones, existe otro problema de gran interés nacional, cual es el de evitar las crisis del trabajo, motivadas por la afluencia excesiva de inmigrantes, las que pueden en cualquier circunstancia provocar la relajación del salario y contribuir á angustiar la existencia de estos trabajadores.

Esta clase de peligros no la tienen generalmente en cuenta los partidarios de las grandes masas de inmigración, los cuales

pretenden sean fomentadas por todos los medios posibles, para poblar el país rápidamente.

Entretanto, es un hecho bien averiguado que nuestra inmigración no trae capital; son muy contados los que llegan con algunos recursos para poderse encaminar por sí solos, y, los más, carecen hasta de los instrumentos indispensables de labor. Son simples braceros.

Estos últimos son incorporados principalmente por las industrias agrícola y ganadera, que reclaman mayor número de brazos, y de las que depende substancialmente la utilización de sus servicios; porque las demás industrias, artes, profesiones ó comercio, carecen de la importancia de aquéllas, ejerciendo en relación una influencia secundaria.

Pero si en verdad son grandes los progresos que realizan las dos industrias madres, no es menos evidente que ese desenvolvimiento se opera dentro de una lógica limitación, como efecto de un resultado anterior; de donde se infiere que todo excedente de inmigrantes que no hallase colocación estable en ellas, vendría, *ipso facto*, á pesar exclusivamente en la balanza de los consumos, constituyendo una carga inútil, económica y social, á la vez que peligrosa y de descrédito, para la Nación.

Luego, pues, lejos de haber conveniencia en acoger sin medida á estos elementos, cuadra, ante todo, precaver y evitar las corrientes pletóricas, no sólo en salvaguarda de los intereses nacionales, sino también como medida de protección para esos nobles factores del trabajo universal, que, viniendo descaminados, hallarían tal vez la miseria en medio de la abundancia.

Este pensamiento, que si tiene trascendencia para nosotros, no carece igualmente de importancia para los países de emigración, ha sido llevado por el Gobierno argentino á los Congresos donde se discuten mancomunales intereses de las naciones, con el propósito de arribar á algún convenio tendiente á encaminar con acierto las corrientes emigratorias, para que la acción benéfica de esos brazos no sea esterilizada por el ex-

ceso de oferta, lo que puede ocurrir por desconocer las condiciones del trabajo en las comarcas accesibles al brazo adventicio.

Los fundamentos de este proyecto han sido expuestos con toda elocuencia por su autor, el Dr. Roque Sáenz Peña, representante del Gobierno argentino, ante el Real Instituto Internacional de Agricultura, en Roma.

«En los fenómenos relacionados con la economía rural, ninguno tan perturbador como el que procede del excedente ó del déficit de brazos para la recolección de los productos; el primero envilece los salarios, y el segundo disminuye las cosechas, dejando en pie la planta madre, cargada con sus frutos, que representan capital y trabajo malogrados. La discordancia gravita en definitiva sobre la riqueza nacional, cercenando las vendimias y las zafras, ó labrando la penuria del obrero, por obreros de la inmigración flotante, que, como todo excedente, se inutiliza ó desestima. Me refiero á la inmigración viajera, que se precipita á ciegas sobre cada cosecha, y que puede resultar excesiva, perjudicando en ese caso á la que está radicada y dañándose á sí misma por la común escasez de recompensa.

Estoy lejos de desconocer los beneficios de aquella avulsión periódica, como también las causas que la generan. Este fenómeno indica que se ha sembrado más tierra, ó han germinado más granos que los que pueden cogerse con los brazos permanentes. Ello acusa generosas fecundidades ó energías extraordinarias en la escasa población que ha roturado la tierra, y hace un llamamiento al brazo extraño para recoger el fruto propio. El suelo nuevo de la América, exento de preparado artificial, ha logrado abaratar el costo de producción, facilitando el cultivo de territorios inmensos, que vienen desalojando al desierto por ley y fuerza de la civilización; compuesta de economía y de feracidad, de extensión y de rendimiento, nace de allí la sorpresa que sobrecoge al labrador al advertir la multiplicación de su semilla y la superposición de su es-

fuerzo inicial. Es el grato conflicto de la abundancia ó el feliz embarazo de la riqueza lo que trae el llamamiento de las nuevas fuerzas, que parecen destinadas á recoger maduros frutos sin haber creado la planta que les dió sus jugos. La coparticipación favorece al país de origen de este inmigrante eventual, porque, en definitiva, realiza capital y lleva ahorros; y en común beneficio de los dos países debemos metodizar sus movimientos encauzando sus corrientes previsoramente.

El inmigrante que abandona su lugar nativo, con boleto de retorno, es huésped oportunista que aprovecha la bonanza cuando acierta con la necesidad que lo ha llamado, y fuerza perturbadora ó agente de subversión cuando trata de forzar las leyes inalterables de la oferta. Pero, ¿cómo evitaríamos los efectos del recargo ó de la deficiencia, ya que son igualmente perniciosos? Dándole los elementos de juicio y la visión exacta de la realidad, porque hoy ignora, hasta el momento de desembarcar, las extensiones cultivadas, los accidentes de las sementeras, los brazos permanentes de que ellas disponen y las fuerzas adventicias de que han menester. En esa condición, sin consejo ni luz que los oriente, viene á raíz del desengaño el descontento y la protesta para el país que los hospeda, y perjuicio de la rotación periódica que debemos sistematizar en el curso de las estaciones.

El procedimiento que vengo indicando se hace más necesario cuando se trata de corrientes variables en su destino, y distribuídas hasta hoy en múltiples direcciones; pero, sea por trastornos ó crisis económicas ó por plenitud de inmigración, suele, como ya ha ocurrido, clausurarse la compuerta de fuertes ingresos en los Estados que han tenido mayor capacidad receptiva; y si todo el volumen desalojado hubiera de afluir á un solo punto, sobrevendrían complicaciones que el proyecto se propone prevenir. Sigo refiriéndome á la emigración viajera; que, en cuanto á la permanente, hay países, como el que represento, que radicaría, sin complicación territorial, ciento cincuenta millones de habitantes.

El proyecto acompañado no se propone otra cosa que difundir la realidad y dar conciencia al inmigrante en la elección de su camino, habilitándolo para acertar con las probabilidades de lucro ó éxito, antes de desprenderse de su país natal. Así le será dado prever si habrá de ser recibido por una tierra fecunda y ávida de sus esfuerzos, ó si va á comprometer con su presencia el interés de los demás, como también su propio porvenir...»

Claramente dicen los mismos argentinos los inconvenientes de la emigración ciega, y dan la razón á los que aquí claman contra el agente de emigración que limita toda su finalidad á procurar buenos cargamentos de carne humana. Se podría regularizar la emigración si los centros burocráticos de los países emigrantes, sobre todo, en vez de dar muy de tarde en tarde noticias referentes á las comarcas y Estados, á los cuales la emigración se prohíbe, dieran noticia del curso de la demanda de trabajo ó de los movimientos de alza ó depresión económica de los países destinatarios, cosas ambas más útiles que el erizar de papeles administrativos los puertos de embarque, ó procurar la limpieza de los barcos traficantes en carne de emigrante, tal vez para que llegue con mejor salud al país donde ha de perderla.

*
* *

Comentando la experiencia de la colonización en la Argentina, afirma T. Molinas que se debe principalmente á la acción privada, y es de parecer este mismo autor de que la tierra pública debe entregarse paulatinamente al trabajo nacional. Ciertamente que una burocracia incipiente en cierto modo, no puede acometer la obra colosal de convertir en patrimonio fiscal con su correspondiente sistema de administración de tierras públicas las grandes extensiones de terreno que posee el Estado argentino; la conservación de un patrimonio fiscal, que encierre amplio dominio consistente en tierras y montes, cam-

pos y bosques, sólo puede tener efectos verdaderamente útiles en aquellos Estados que, como Prusia, han conseguido, tras largas evoluciones, constituir una administración de positivo valer personal y técnico.

He aquí el sistema empleado en la Argentina para la colonización interior, conforme la experiencia recogida por T. Molinas (1).

Se ensayó el sistema de concesiones á los ferrocarriles, acordándose la primera á la compañía del ferrocarril Central Argentino, la que formó una empresa de colonización por separado, y á la que se debe la fundación de varias colonias. El ferrocarril Gran Sud, de Santa Fe y Córdoba, que disfrutó de otra concesión análoga, constituyó también otra sociedad colonizadora que ha fundado varios centros; y en el orden provincial, el Gobierno de Santa Fe acordó asimismo al Sr. Casado una regular extensión de tierra fiscal para colonizar, como recompensa por la construcción del ferrocarril Oeste Santa-fecino.

Por esta clase de concesiones no llegó á generalizarse en el país; primeramente, porque el estado político y económico no inspiraba confianza al capital extranjero, y cuando hubieron desaparecido estos obstáculos, las compañías ferrocarrileras no necesitaban para garantizarse el interés de sus capitales de esa clase de alicientes; les bastaba la producción que ellas mismas provocaban con el paso de sus líneas en las tierras des pobladas.

Las leyes argentinas, dictadas para el fomento de la colonización, exceptuando las que sirvieron para garantir contratos de colonización de los gobiernos de provincia ó para fundar colonias en tierras cedidas por éstos, todas se han encaminado, especialmente, á promover la población y las industrias agropecuarias en los territorios nacionales, sin que hayan logrado mayores resultados, debido á hallarse éstos desprovistos

(1) T. Molinas: *Ob. cit.*

de medios de comunicación y de todo elemento indispensable para la vida y el trabajo de los que debían poblarlos.

A esta ausencia de medios propicios para el fin buscado, deben atribuirse los efectos negativos obtenidos por la llamada *colonización oficial*.

Algunas de esas leyes, no obstante la intención laudable que las inspira, produjeron desastrosos resultados, como la del 19 de Octubre de 1876, que antes hemos recordado, y por la cual se cedían gratuitamente grandes extensiones de tierra á particulares, con la obligación expresa de subdividirlas y poblarlas, estableciendo al efecto cláusulas estrictas, pero de dudoso cumplimiento, porque en la mayoría de los casos existían los obstáculos naturales que invalidaban las responsabilidades contraídas y, fácilmente, éstas eran evadidas, sin que por ello perdieran los adquirentes el derecho á las tierras obtenidas, máxime cuando se les acordó más tarde la propiedad, mediante la incorporación de un capital en ganados y del pago en dinero de la mitad ó de las tres cuartas partes del área concedida.

El bajo precio de estas tierras, los largos plazos para el pago y la clarividencia de que, en un período relativamente corto, los progresos del país llevarían á esas apartadas regiones los elementos económicos necesarios para hacerlas útiles ó productivas, hizo que muchos adquirieran grandes extensiones como reserva para el porvenir. Esta previsión constituía un buen negocio si tocaba en suerte un buen terreno.

Como se ve, los altos fines perseguidos quedaron completamente desvirtuados, porque una cosa es la ley abstracta, y otra, muy distinta, es el campo de aplicación práctica que se le abre, cuando debe luchar en medio de causas ó fenómenos de diverso orden, que pueden atenuar ó anular sus efectos.

No contando esas leyes con la virtualidad necesaria para poder imperar, sirvieron, por el contrario, de instrumento perturbador, dando pábulo al latifundio y acarreando los demás resultados contraproducentes que quedan mencionados.

Pero estos hechos no son para llamar tanto la atención, cuando la Ley del Hogar, calcada sobre la de los Estados y otras para poblar los territorios nacionales, basadas todas en la subdivisión de la tierra en lotes reducidos para ofrecerla en venta directa ó en subasta pública, con la obligación de explotarla, tampoco dieron resultados inmediatos, comenzando á producir sus efectos sólo cuando las empresas ferroviarias dejaron entrever el propósito de internar las líneas en la Pampa, Río Negro y Neuquen, despertando interés entre los particulares esas tierras y aun otras más australes de la Patagonia, que permitían ya pensar en la posibilidad de un próximo aprovechamiento.

De todo esto se infiere que si las leyes para los territorios nacionales no han respondido en general á sus fines, es porque legislaban para regiones desiertas, desligadas del litoral que, como más poblados, con puertos inmediatos, con tierras baratas y disfrutando de otros medios económicos para hacer fácil la vida y desarrollar el trabajo, presentaba mayores ventajas para el labrador y principalmente para el inmigrante, el cual, desprovisto de todo recurso, podía hallar ocupación inmediata y emprender muy luego el cultivo del suelo por su cuenta, favorecido por un sistema de colonización habilitado, y basado igualmente en la venta de la propiedad que le tocara explotar.

Empero, y sean cualesquiera los resultados obtenidos por las leyes nacionales sobre tierras públicas y colonización, es deber reconocer que todas ellas sin excepción han sido mencionadas por los legisladores argentinos con el más vehemente anhelo de acelerar la prosperidad de la República, habiendo ido en muchos casos más allá de lo que convenía y á sabiendas, con el deliberado propósito de no omitir medios y aun extremarlos, para alcanzar los altos fines perseguidos.

Mucho se ha censurado la liberalidad con que el gobierno de la Nación ha procedido á la enajenación de la tierra pública, concediéndola en grandes extensiones, hecho sobre el cual se

hace recaer por completo la falta de población en los territorios nacionales.

Sin embargo, las leyes dictadas con fines exclusivamente de colonización no pueden ser tachadas de exageradas en la distribución de la tierra, sobre todo si se tienen en cuenta las circunstancias que las han rodeado y las condiciones especiales del país para el buen aprovechamiento de ellas. Citaremos la del 19 de Octubre de 1876, la de 3 de Noviembre de 1882 y la del Hogar de 2 de Octubre de 1884, que son las principales que se asemejan á las norteamericanas de concesión á las empresas ferrocarrileras, en cuanto ponen en mano de los concesionarios grandes extensiones, con la obligación de dividir las en lotes y venderlas al poblador; ó bien á las de *Homestead Law*, que establece la pequeña propiedad gratuita como medio de extender las industrias rurales y arraigar al poblador.

Fácil es asimismo comprobar que, habiéndose procurado imitar las leyes norteamericanas, las nuestras han resultado en el espíritu y en la letra más pobladoras todavía porque, aparte de ceder la tierra fraccionada imponiendo obligaciones de población y explotación, el Estado se ha constituido muchas veces en empresario habilitador de los elementos de trabajo para el agricultor, dirigiendo administrativamente la empresa.

Conviene, por lo tanto, distinguir estas leyes generales de las dictadas con otros fines, teniendo sólo en vista, necesidades supremas de la Nación, como la defensa de la línea de fronteras, por lo que era indispensable amoldar las concesiones á la industria en boga, que era el pastoreo de ganado á campo en grandes extensiones, y único medio, por otra parte, de halagar al poblador abnegado que se resolviera á soportar las penurias del desierto amenazador.

Se ha recurrido también á la tierra fiscal para satisfacer los gastos de la expedición al Río Negro ó para premiar á los expedicionarios, y, en otros casos, para proporcionar recursos al Erario en circunstancias de dificultades financieras.

Como se ve, han primado á veces causas para la enajenación de la tierra pública, muy diversos de la colonización, aun cuando se infiere que el objetivo final, al venderla, debía ser su utilización como agente de producción y progreso.

Para juzgar nuestras leyes agrarias, no es necesario remontarse á las ventas ó donaciones que acordaron los Gobiernos anteriores al de Rosas, ni hay para qué recordar siquiera la *enfiteusis* de Rivadavia: toda esa legislación no pertenece al período de la verdadera colonización agrícola que se toma como punto de partida para el examen, el cual período se inicia propiamente con la ley de 1876. Esta fué la primera que esbozó un plan estudiado y metódico de colonización oficial y privada, estableciendo la donación de grandes áreas (hasta 32 leguas) para la fundación de colonias agrícolas por medio de empresarios, ó bien el arrendamiento de la tierra para las explotaciones ganaderas.

Las empresas concesionarias de las tierras para colonizar debían subdividirlas en lotes de 100 hectáreas, para concederlas gratuitamente ó en venta á los pobladores que, en grupo no menor de 140 familias, tenían que introducir en cada colonia dentro de los dos primeros años. La precitada ley fijaba asimismo la extensión y trazado que debía tener cada colonia, y obligaba á los empresarios á habilitar á los colonos con elementos suficientes para las explotaciones; ofrecía el transporte gratuito para inmigrantes y acordaba otras franquicias de importancia, así para éstos como para los empresarios.

En cuanto á la colonización oficial, mandaba delinear centros urbanos, principalmente donde existiera algún pequeño núcleo de población; esos centros debían ser rodeados de ejidos divididos en quintas y chacras, y disponía, por fin, el trazado de calles, plazas y caminos, en cada sección que se subdividía al efecto en 400 lotes de 100 hectáreas.

No cabe dentro de este estudio, transcribir dicha ley en toda su extensión; pero es, sin duda alguna, la más completa y científica de cuantas se han dictado; podría llamársela mo-

delo de legislación, más perfecto, si se quiere, que las norteamericanas de concesiones á los ferrocarriles y la de los *townships* de 625 acres, comprendidos dentro de las zonas de aquéllas.

La segunda ley de carácter general, de 3 de Noviembre de 1882, dividía en tres grandes secciones las tierras de los territorios, componiéndose, la primera, de la Pampa y la Patagonia; la segunda, del Chaco, y la tercera, de Misiones; establecía la división en lotes de 10.000 hectáreas para su venta en remate, como tierras de pastoreo, pudiendo adquirir una persona ó Sociedad, de 2.500 á 40.000 hectáreas, con la obligación de introducir un capital en ganados no menor de 125 pesos por legua. El precio de estas tierras podría ser abonado en seis cuotas anuales, otorgándose la escritura de compra al satisfacer el pago de la última cuota, y previa presentación de los documentos que probasen haber introducido el comprador el capital fijado como condición para poblar.

En cuanto á las tierras declaradas de pan llevar, admitía la compra directa ó división de lotes no menores de 25 hectáreas ni mayores de 400, y establecía un bajo precio de venta y facilidad para el pago. Los adquirentes quedaban obligados á cultivar, por lo menos, la quinta parte de la tierra concedida.

Por la Ley del Hogar, de 2 de Octubre de 1884, se destinaban 1.000 leguas divididas en fracciones de 50, y subdivididas éstas en lotes de 625 hectáreas, para la formación de colonias pastoriles. Los solicitantes de cada lote debían reunir las siguientes condiciones: ser ciudadano argentino ó nacionalizado y mayor de edad; no poseer bienes raíces en la República; pedir la tierra para su uso exclusivo y ocuparla personalmente durante cinco años consecutivos. Debían los favorecidos introducir ganados por valor de 200 pesos, cultivar, por lo menos, 10 hectáreas y plantar 200 árboles.

El título de propiedad se acordaba después de haber cumplido con las obligaciones establecidas, quedando la tierra libre de ejecuciones y embargos por deudas del ocupante, con-

traídas antes de la cesión ó durante los primeros cinco años del disfrute de la misma.

La ley de 5 de Octubre de 1878 autorizaba la venta de tierras para cubrir el empréstito llamado de fronteras, y varias otras leyes fueron dictadas exclusivamente, y según se ha dicho, para premiar con tierras al ejército expedicionario del desierto.

Las leyes norteamericanas (Military warrant y Military Naval warrant) dictadas en 1842 y 1862, respectivamente, tuvieron también por fin gratificar á los militares que combatieron contra los indios y en la guerra de Secesión.]

En 21 de Noviembre de 1891 se dictó otra ley acordando nuevas condiciones para los concesionarios que no habían podido poblar las tierras concedidas en virtud de la ley de 1876; y autorizaba, además, al Poder Ejecutivo para enajenar mil leguas en los territorios del Chaco y Misiones, cuyo importe debía ser empleado en operaciones de crédito.

De acuerdo con las últimas disposiciones establecidas, se decretó, en 1892, la venta al Sr. Grümbeim de cuatrocientas leguas en el territorio de Santa Cruz, operación que motivó acerba crítica de los que ignoraban, sin duda, la urgencia con que el Gobierno, sin recursos y sin crédito, por efecto de la crisis, necesitó proveerse de dinero para el pago del armamento naval, en un momento supremo en que el país se vió abocado á una guerra inminente.

Justificado el motivo de esta concesión, el error que verdaderamente debió lamentarse fué el de esa desgraciada ley de 1891; en primer lugar, porque vino á desvirtuar la de 1876, acordando á los empresarios de colonización la propiedad de la tierra que se les había cedido para fraccionarla y entregarla en pequeños lotes á familias agricultoras; y en segundo lugar, porque, al autorizar la venta de mil leguas en los territorios del Chaco y Misiones, no establecía condición alguna para la población y aprovechamiento de tan enorme extensión. Felizmente para los intereses nacionales, esta venta no llegó á rea-

lizarse, derivando de ella únicamente la concesión Grümbeim, acordada por los motivos que acabamos de mencionar.

Como legislación, puede decirse con certeza que esta ley de 1891 y su decreto reglamentario, como asimismo otra dictada en 1889, por la cual se mandaba vender lisa y llanamente veinticuatro mil leguas, ley que, por suerte, no prosperó, son las que desprestigian todas las demás sobre colonización nacional.

Existen otras muchas leyes para la fundación de colonias nacionales, basadas en la cesión de pequeños lotes para agricultura, como las relativas á las colonias San Carlos, en Corrientes; Avellaneda y Las Garzas, en Santa Fe; Alvear y Jerúa, en Entre Ríos; Caroya, Chacabuco, Maipú, Sampacho, El Dorado, Santa María, La Argentina, San Melitón, La Celina, La Lola, La Genovesa, Piamontesa y Bella Vista, en Córdoba. En los territorios nacionales, llegan á cincuenta y una las colonias fundadas por el Gobierno federal, en virtud de las leyes antes mencionadas, y de varias otras dictadas especialmente sobre la base de la pequeña propiedad. De manera que si, por circunstancias bien excepcionales y justificadas, se ha procedido á veces con desmesura al reparto de la tierra pública, en la mayoría de los casos en que fué ofrecida subdividida en lotes para favorecer al poblador de pequeño capital y fomentar las industrias agrícolas, tampoco dió mejores resultados; lo que prueba que la falta de éxito en la colonización nacional no se ha debido á mala distribución de la tierra, sino á las condiciones desventajosas de las ofrecidas con relación á las del litoral, que era el centro absorbente de todas las actividades del país, con ancho campo de explotación, y donde se hallaban reunidos y organizados los elementos necesarios para el trabajo nacional.

Se buscó, en efecto, poblar aquellos territorios por el trasplante extemporáneo de «ese todo» que componía las fuerzas vivas del país, sin esperar á la expansión natural de ellas, y el resultado obtenido fué hacer fracasar las mejores leyes y este-

rilizar la colonización particular que tan buenos resultados había dado en Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos.

Si esas leyes de fomento agrícola hubieran sido preventivas de otras destinadas á preparar las condiciones económicas de los territorios, dotándolos de agua, de caminos, de puertos y medios de transporte, es evidente que la acción privada habría llegado, á pesar de todo, á alcanzar algunos buenos resultados, porque no podían ser los principios sentados mejor estudiados y conducentes para afianzar el sistema de colonización particular, experimentado como el más práctico de cuantos se han ensayado hasta ahora en el país.

Pero cabe aquí preguntar: ¿Se hallaba la Nación en condiciones de disponer de ingentes sumas, en obras de magnitud de las que se requerían?

No por cierto; y, en resumen, las consecuencias finales no son tampoco para deplorar un mal manejo de la tierra pública desde que, hasta el año 1903, la Nación se desprendió de sólo 32.156.970 hectáreas de los 128.000.000 que poseía, conservando aún en la actualidad una superficie de 83.679.915, que representan el 70 por 100 de la total extensión del dominio primitivo.

Estados Unidos, desde el año 1841, había acordado en concesiones á los ferrocarriles 155.504.944 acres y sólo 55.000.000 en forma de *Homestead* hasta 1893, esto es, 62.823.000 y 22.000.000 de hectáreas, respectivamente.

De las cifras precedentes se infiere que la Unión Americana no ha sido más parca que la Argentina al enajenar la tierra pública en grandes áreas; y, para apreciar hasta qué grado procedió con largueza en sus concesiones á los ferrocarriles, citaremos algunas de las leyes dictadas, á saber:

COMPañÍAS FERROCARRILERAS	Fecha de la concesión.	Area concedida acres.
Union Pacific Kailroad Company.....	1 Julio 1862	9.050.000
Kausas Pacific.....	2 » 1864	6.000.000
Central Pacific.....	2 » 1864	6.500.000
Atlantic and Pacific.....	25 » 1866	22.672.000
Southern Pacific.....	27 » 1866	5.260.000
Texas Pacific.....	3 Marzo 1871	13.000.000

Esta clase de concesiones dejaron de otorgarse durante el Gobierno de Mr. Mackinley (1884), que fue el gran opositor de ese sistema. Pero de cualquier manera, lo dicho basta para dar por sentado antecedentes que colocan á la Argentina en una situación mucho más favorable que la que generalmente se le atribuye en el trillado asunto de las liberalidades observadas para el reparto de la tierra pública.

Las incongruencias y omisiones notadas en nuestras leyes de colonización y, por otra parte, los ardides de que se valían los particulares para burlar en muchos casos las obligaciones prescriptas en las mismas, hicieron comprender al Gobierno administrador la necesidad que existía de estudiar una ley general, basada en los preceptos de las anteriores, acreditados como buenos por la experiencia, y que estableciera á la vez un sistema más concordante con las necesidades y tendencias de la época.

El Poder Ejecutivo proyectó esta ley, sancionándola el Congreso en Enero de 1903.

Para la fundación de colonias nacionales en los territorios, esta ley no se aparta del plan de trazado que establecía la de 1877, dividiendo la tierra en fracciones destinadas á formar un centro urbano con su radio de quintas y chacras, estas últimas de 100 hectáreas, y de las que puede adquirir hasta dos de ellas una persona ó sociedad.

Para las tierras de pastoreo establece tres formas distintas de adquisición que permiten participar de sus ventajas á los hombres de poco, como de mucho capital, sin que se estorben

en la gestión, y armonizando así la acción de todos al fin primordial perseguido de ocupar y explotar los predios que es condición expresa de la ley para todos los casos de enajenación de estas tierras.

Divide la propiedad en lotes de 2.500 hectáreas como fracción unitaria, pudiendo adquirir el comprador hasta 20.000 hectáreas en subasta pública, al mejor postor y sobre la base que establezca el Gobierno, partiendo siempre de la de un peso, moneda nacional, la hectárea, valor mínimo adjudicado á toda la tierra pública.

En las colonias se concede la compra directa de un lote pastoril de 2.500 hectáreas al que lo solicite; y para las tierras no comprendidas en aquéllas se establece el arrendamiento hasta 20.000 hectáreas, pudiendo el locatario adquirir en propiedad la mitad de esa extensión al término de su primitivo contrato.

Para el pago de la tierra comprada en cualquiera de las formas mencionadas, se fija el término de seis años, dividiendo el importe en cuotas semestrales. Estas son las prescripciones más importantes de la ley de 1903, la que exige además, y como acto previo é indispensable, la exploración y relevamiento topográfico de las zonas que se destinan á la colonización general; diligencias, sin las cuales no podría el Gobierno conocer qué es lo que vende, ni si reúnen esas tierras las condiciones necesarias de explotación á que se las dedica.

Un decreto reglamentado de esa ley, dictado en 1906, completa los términos á que debe ceñirse la enajenación de la tierra pública por vía administrativa.

Los estadistas argentinos, ante cuyos ojos oscila constantemente la visión de la imagen futura de la Argentina, deben pensar en la conveniencia de reservar al Estado argentino un patrimonio territorial que, administrado por el mismo Estado conforme á cualesquiera de las formas menos complicadas para la Administración, constituya un elemento financiero de importancia. Cuando no se tienen estos elementos patrimoniales,

la carga tributaria pesa exclusivamente sobre los contribuyentes, harto gravados por el cúmulo de impuestos modernos.

*
* *

La vía de comunicación intercontinental *euro-africana* empalmada á la trascontinental *afro-americana*, será la medula de ese organismo que se está desenvolviendo con la colonización de Africa y Sud-América, que constituirá el hecho económico más importante del siglo xx. La gran vía de comunicación, que bien se puede llamar *euro-afro-sudamericana*, será terrestre en su mayoría, con una travesía marítima por el Atlántico de 2.500 kilómetros, navegables en sesenta y seis horas. El ferrocarril partiría en Africa, desde algunos kilómetros al Norte de Tánger, y seguiría por la costa hasta Alcazarquivir y Arcila; se internaría por Fez y Marraquez; atravesaría la cadena del gran Atlas, al Sur de Marraquez, y continuaría luego por Costa de Oro hasta San Luis y Dakar. Desde este punto, se establecería la navegación hasta Puerto Natal, en América, situado á una distancia de 2.500 kilómetros de Dakar; la distancia desde Puerto Natal á Buenos Aires es de 4.500 á 4.800 kilómetros, según los itinerarios que se tomen. Computando las distancias desde los grandes centros europeos hasta Sud-América, tenemos los siguientes trayectos:

	<u>Kilómetros.</u>		<u>Kilómetros.</u>
Londres-París.....	550	Berlín-París.....	1.000
París-Madrid.....	1.492	1.492
Madrid-Algeciras.....	720	720
Algeciras-Tarifa.....	20	20
Tarifa-N. de Tánger....	15	15
Tánger á Dakar.....	3.500	3.500
Dakar á Puerto Natal...	2.500	2.500
Puerto Natal-Buenos Aires, itinerario directo.	4.500	4.500
Distancias totales.....	<u>13.297</u>	<u>13.747</u>
Londres-Buenos Aires..	<u>13.297</u>	Berlín-Buenos Aires....	<u>13.747</u>

La construcción del ferrocarril que forma parte de esta gran vía, no es una obra de esas que se acarician como ensueño de difícilísima realización; está construído en su mayor parte, y lo que falta será una realidad en no lejano plazo, sobre todo, por lo que á Marruecos se refiere, cuya penetración ó, mejor dicho, colonización europea, pacíficamente ó á sangre y fuego, tiene que realizarse. En América, el trayecto de 2.300 kilómetros desde Buenos Aires á Río Janeiro estarán terminados en breve plazo, y en la costa quedan por construir otros 2.500 kilómetros. Así, pues, los kilómetros á construir son: 2.500 kilómetros desde Río Janeiro á Puerto Natal, y 3.300 kilómetros desde San Luis (Africa) á Tánger, lo que arroja un total de 5.800 kilómetros.

Fijando una velocidad media de 50 á 60 kilómetros por hora para los trenes rápidos, resultaría que desde Londres á Buenos Aires solamente se emplearían de nueve á diez días y desde Madrid á Buenos Aires ocho días, siendo posible, además, tener la comunicación diariamente.

La consecuencia inmediata, una vez construída esta gran vía de comunicación entre Europa, Africa y Sud-América, sería el hacer entrar en la vida sud-americana un factor europeo de gran importancia, que neutralizaría por completo la intervención que constantemente han tenido los Estados Unidos, enmascarados con la doctrina de Monroe. Sud-América, como país colonial pasivo, recibiría una contribución económica de Europa mucho más intensa de lo que ha sido hasta ahora; sería, sintéticamente hablando, un territorio económico de Europa, cuya concurrencia, excitada por la economía en el transporte, llegaría á ser tan trascendental, que los Estados Unidos no podrían competir con ella. Nada tampoco más beneficioso para las Repúblicas sud-americanas, porque Europa no sueña con anexiones territoriales en América, pero sabría proteger sus intereses, con mayor energía, por ser mayores después de la gran obra que exponemos, ante los amagos constantes á la independencia Ibero-americana, procedentes del

imperialismo yanqui. Conduciría, al mismo tiempo, al desarrollo de los ferrocarriles del *Hinterland* sudamericano, rompiendo así la compacidad de esa parte del continente, estableciendo también vínculos de solidaridad más estrecha entre todas las Repúblicas sudamericanas.

Bastante más difícil de realizar que es el ferrocarril panamericano, ideado por los yanquis, que atravesaría una extensión de 16.000 kilómetros desde Nueva-York á Buenos Aires.

Por lo que á España se refiere, la importancia de esta obra se revela inmediatamente, si se considera que ha de ser el puente obligado por donde ha de pasar la corriente internacional que comprende tres continentes. Estas fuerzas de la economía mundial nos conducirán seguramente á rectificar nuestro trazado ferroviario, tan distanciado de la ruta conveniente á las corrientes económicas de los centros más vitales de la nación.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad
de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: Lope de Vega.—BELLAS ARTES: El modelado en el Arte.—CIENCIAS NATURALES: Animales listos.—ENCICLOPEDIA: Pensamientos y aforismos inéditos de Ibsen.—CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES: Dos conversaciones de Tolstoï sobre la Revolución.—IMPRESIONES Y NOTAS: Inéditos de Musset.—¿Era Víctor Hugo orador?—El oído musical.

LITERATURA

LOPE DE VEGA—Estamos tan acostumbrados á que, por culpa, principalmente nuestra, por ser los primeros en denigrarnos, se nos denigre en el extranjero, que conforta el ánimo tropezar, en Revistas serias y de gran autoridad, con artículos en que se reconocen los méritos, pocos ó muchos, con que tenemos derecho á figurar en la historia. Así sucede con el artículo con que la Sra. Colvill dedica á Lope de Vega en la *Fortnightly Reviews*, y con el que Santiago Lux consagra al mismo asunto en la *Revue Bleue*. Los presentamos refundidos sin la menor alteración, y sin siquiera rectificar algún concepto equivocado, porque los estimamos como documentos que no deben sufrir alteración ninguna para poderse citar textualmente.

Según ambos escritores, el drama moderno, tanto romántico como realista, tiene los orígenes en el Renacimiento, y más particularmente en los teatros inglés y español de la época. La influencia más considerable fué la española, pues la grande-

za misma de los isabelinos les ponía aparte en cierto modo. «Los españoles, por lo contrario, han sido imitados directa ó indirectamente en todas partes: en Francia, en Italia y en Inglaterra, y no sólo en la invención de los caracteres y de los incidentes, sino en la sucesión misma de las intrigas.» Lope fué el primero que presentó á los españoles los dramas de la vida ordinaria. Salvo en las *Alegres Comadres de Windsor*, nada semejante hay en Shakespeare, que no puede librarse de reyes, duques, magos y extranjeros, personajes heroicos y todo el tren romántico.

Ibsen mismo podría encontrar en su árbol genealógico el nombre de Lope de Vega, aunque la diferencia de tiempo y de genio hayan alterado los signos familiares hasta hacerlos irreconocibles. La España del siglo xvi estaba á la cabeza de Europa; su lenguaje y sus maneras, su fe, su pundonor, su energía y su valentía tenían fama, y suscitaban la emulación de los demás países; tal superioridad era debida á una rara fuerza de carácter y de inteligencia; por eso no es sorprendente que en literatura, como en guerra, el ideal español haya sido colocado en alto y que los grandes nombres sean numerosos.

Cervantes ocupa el primer puesto en España, y acaso el segundo en Europa después de Shakespeare. Sus contemporáneos juzgaban á Lope de Vega superior á Cervantes, juicio no ratificado por la posteridad; pero sólo Calderón podría disputar á Lope el rango inmediatamente posterior al de Cervantes. Lope abrió el camino seguido por Calderón; su influencia ha sido mayor y más duradera, aunque su nombre sea demasiado frecuentemente olvidado.

Tratan luego los articulistas de la vida de Lope, sin nada digno de particular mención, y pasando al estudio de sus obras, las dividen en dos categorías: las que hablan del amor caballeresco é ideal y las que describen la galantería del tiempo. Tipos de uno y otro género pueden ser *Peribáñez* y el *Comendador*, y en las *Flores de S. Juan* podía decirse que Lope ha inventado los dos géneros: el idealismo y el realismo, pues

nada análogo se encuentra en la labor dramática de sus predecesores. Creó también el tipo del gracioso, personaje delicadamente cómico, parodia del protagonista, y que desempeña en la pieza el papel del coro griego, pero en sentido burlesco. Reemplaza á los bufones y á los clowns de los isabelinos. Se ha echado en cara á Lope la charlatanería, la redundancia, el abuso de la metáfora y el descuido. En la *Arcadia*, Crisalda es comparada á catorce cuerpos celestes, diez flores, diez piedras preciosas, once pájaros, doce árboles, doce cuadrúpedos y doce seres marinos. Pero hay que contar con que la *Arcadia* es obra de principiante, y el gusto natural del poeta se fué desentendiendo, con el tiempo, de tales extravagancias.

Lope no puede ser calificado de gran espíritu; en este sentido, Cervantes le sobrepujaba con mucho; es raro que llegue hasta el fondo de las cosas; la burla, la ironía suave, el humor alegre, son su especialidad, así como ciertos giros y pensamientos inesperados. Sabe ser patético, pero la tragedia griega, fatal é implacable, está por encima de él. Puede estar triste sin estar desesperado; ser contemplativo sin ser profundo, y más sensible que apasionado. Sus caracteres están bien individualizados, son seres vivientes y no como los de Calderón; pero rara vez el autor los muestra á fondo. ¿Cómo Lope ha construído esos Sanchos y Estrellas, esos Belisas y Federicos, D. Juan de Vox y el Emperador Oton? ¿Los ha hecho nacer de una idea ó los ha compuesto por observación é imitación? ¿Los ha distinguido con la vista interior? ¿Son inspiración de algún genio extraordinario, ó fruto simplemente de la inspiración personal? ¿No son sino la personalidad misma del autor en otras circunstancias, con otros vestidos, con cerebro diferente, con historia distinta? Lope mismo no hubiera podido responder. Lo que sabemos de su método es que tomaba nota de las partes de sus dramas que eran más aplaudidas, y luego trataba de repetir el efecto. Eso parece extraño y hasta contrario á la conciencia artística. Pero, ¿cuál es el fin del arte? ¿Contentar al artista mismo, al inteligente ó al vulgo?

Lope se decidió francamente por la *Vox pópuli*. Su actitud es siempre uniformemente, cortés y tolerante, lo que le diferencia de Molière. Sus obras forman un resumen de su época y de su país, y es el tipo perfecto del español del siglo xvii. Autor de una literatura entera, toma sus rasgos del latino, del godo y del moro, reuniendo lo romancesco de los trovadores con el estilo de los italianos y la grave simplicidad de las baladas; en él está el espíritu de los conquistadores con la pompa y lo caballeresco de las cortes. Es hermano del labrador que ara la tierra, y recoge su cosecha moviéndose entre los bueyes y carneros de los campos; pero las ciudades se le imponen con sus leyendas y monumentos, y con la asociación de ideas que implica su nombre. «Esta dama, dice la Sra. Colwill, es la imperial Toledo, cuyos pies bañan las olas de cristal del Tajo retratándose á su sombra. Me asombro de que esta montaña no esté asustada de contemplar tantas grandezas. El moro no cambió nunca el nombre de Toledo. Su catedral es el vivo monumento del cielo, y no ha conocido otra dominación que la de Pedro. Sus damas, sus caballeros, sus gentes me han conquistado de tal modo, que yo viviría en semejante ciudad aunque fuese como esclava.»

Lope presenta los nombres de las antiguas familias de las ciudades célebres por la guerra, con la habilidad de un Milton. Nos muestra los caballeros y los soldados de vuelta de las campañas moriscas, las bodas, las procesiones, las corridas de toros ó los simples paseos en las llanuras y en las montañas, al aire libre, en pleno sol, no por gusto de desarrollos descriptivos, sino por amor á las cosas vistas.

La Sra. Elena Herter Colwill termina su interesante estudio recordando las palabras expresivas de Grillperzer: «Shakespeare nos presenta una síntesis de la naturaleza; Lope nos la muestra sin selección, tal como se manifiesta en él, cómo mueve y se desarrolla. No puede llamársele el mayor de los poetas; pero es el temperamento más poético de los tiempos modernos.»

Por su parte, Lux termina citando el juicio de Fitz Maurice Kelly: «Lope es ante todo y siempre un genio creador. Adapta la poesía popular á efectos dramáticos, sustituye caracteres á abstracciones, y expresa, en una palabra, el genio del pueblo. Es verdad que su instinto dramático supera su ejecución literaria, y que se acerca constantemente á una forma perfecta de expresión sin llegar nunca á obtenerla. Sobrevive, sin embargo, como creador de una forma original. Ninguno de sus sucesores se ha apartado de los caminos trazados por él; ninguno ha inventado una variante radical de su método. Sin embargo, la gloria de Lope, como la de Burns, será siempre local. Cervantes, á pesar de todo su sabor nacional, podría pertenecer á la humanidad; Lope de Vega es la encarnación de España. Su alegría, su flexibilidad, su fecundidad, su realismo son, en su fuerza, eminentemente españoles; su forma descuidada, su énfasis, su desigualdad, su deseo de agradar á toda costa, son también, en su debilidad, eminentemente españoles. El drama moderno ha tenido dos grandes creadores: Shakespeare y Lope de Vega, interpretando cada cual el genio de su país con perfección sin igual.»

BELLAS ARTES

EL MODELADO EN EL ARTE.—Habla Rodín, interpretado por Pablo Gsell en *La Revue*, y dice á su intérprete:

—¿Habéis mirado una estatua antigua á la lámpara?—A fe mía no.—Seguramente que os parecerá capricho extravagante la idea de contemplar la escultura de otro modo que á plena luz. La luz natural es evidentemente la que permite admirar mejor una obra hermosa en su conjunto; pero esperad un poco; quiero que asistáis á un experimento que sin duda os instruirá.

Mientras hablaba, Rodín había encendido su lámpara. La cogió y condujo á Gsell hacia un torso de mármol que se erguía sobre un zócalo en un ángulo del taller. Era una deli-

ciosa reducción antigua de la Venus de Médicis. Rodín iluminó el vientre, rozándolo casi con la lámpara, y dejando á Gsell extraordinariamente impresionado por lo que de súbito se le revelaba. La luz así dirigida descubría en la superficie del mármol multitud de salientes y de depresiones que jamás había sospechado. Se lo dijo á Rodín, y éste, recomendándole que mirara bien, siguió haciendo girar con gravedad el movable sostén de la Venus. Durante esta rotación, siguió notando en la forma general del vientre multitud de imperceptibles resaltos; lo que al principio le había parecido sencillo, era realmente sumamente complejo. El escultor estaba encantado del efecto producido.

—¿No es maravilloso?—decía.—Convenid en que no esperábais descubrir tantos detalles. Mirad: ved las ondulaciones infinitas de la colina que enlaza el vientre con el muslo; saboread todas las curvas voluptuosas de la cadera, y ahora, ahí, sobre los riñones, contemplad todas esas fositas adorables. ¡Es verdadera carne!—añadía, inclinándose sobre el mármol como si estuviera enamorado de él.—¡Se la creería modelada por besos y caricias!

Luego, de pronto, poniendo la mano de plano sobre la cadera de la estatua, añadió:—Casi se esperaría, al tentar este torso, encontrarlo caliente.

—¡Y bien!, ¿qué pensáis ahora del juicio corriente sobre el arte griego? Se dice por los académicos que los antiguos, en su culto por el ideal, han despreciado la carne como vulgar y baja, y se han negado á reproducir en sus obras los mil detalles de la realidad material; se pretende que han querido dar lecciones á la naturaleza creando con formas simplificadas una belleza abstracta, que sólo se dirige al espíritu sin consentir lisonjear los sentidos. Y los que hablan así, se autorizan con el ejemplo que se imaginan encontrar en el arte antiguo. Acabáis de comprobar hasta qué punto se engañan.

Los griegos, sin duda, con su espíritu poderosamente lógico, acentuaban por instinto lo esencial; pero jamás supri-

mieron el detalle vivo, contentándose con envolverlo y fundirlo en el conjunto. Como estaban enamorados de ritmos tranquilos, atenuaron involuntariamente los relieves secundarios que podrían chocar con la serenidad del movimiento, pero se guardaron de borrarlos por completo. Jamás hicieron un método de la mentira, representando siempre la naturaleza tal como la vieron, con respeto y amor. Es un error creer que desdijeron la carne: en ningún pueblo excitó la belleza del cuerpo humano más sensual ternura. Así se explica la increíble diferencia que separa el arte griego del falso ideal académico. Mientras entre los antiguos la generalización de las líneas es una totalización, una resultante de todos los detalles, la simplificación académica es un empobrecimiento, una hinchazón vacía; mientras la vida anima y caldea los músculos palpitantes de las estatuas griegas, las muñecas inconsistentes del arte académico están como heladas por la muerte.

—Voy á confiaros un gran secreto—prosiguió Rodín con aire de misterio:—¿sabéis por qué se produce esa impresión de vida real que acabamos de experimentar ante esa Venus? *¡Por la ciencia del modelado!* Estas palabras os parecen una vulgaridad, una trivialidad, pero vais á medir toda su importancia. La ciencia del modelado me fué enseñada por cierto Constant, que trabajaba en el taller de decorado en que hice mi noviciado de escultor. Un día, viéndome modelar un capitel ornado de follaje, me dijo:—Rodín, lo haces mal: todas tus hojas se presentan aplastadas, por eso no parecen reales; haz que dirijan su punta hacia ti, de modo que al verlas se tenga la sensación de la profundidad.—Yo seguí su consejo, y quedé maravillado del resultado que obtuve.—Acuérdate bien—prosiguió Constant—de lo que te voy á decir: cuando esculpas, en adelante, no veas nunca las formas en extensión, sino siempre en profundidad; no consideres nunca una superficie sino como la extremidad de un volumen, como la punta, más ó menos ancha, que se dirige hacia ti. Así adquirirás la ciencia del modelado.

Este principio fué para mí de asombrosa fecundidad. Lo apliqué á la ejecución de las figuras. En lugar de imaginar las diferentes partes del cuerpo como superficies más ó menos planas, me las representé como salientes de los volúmenes interiores. Me esforcé por hacer sentir en cada resalto del torso ó de los miembros el afloramiento de un músculo ó de un hueso que se desarrollaba en profundidad bajo la piel, y así la verdad de mis figuras, en lugar de ser superficial, pareció desarrollarse de dentro á fuera, como la vida misma.

Ahora bien; yo he descubierto que los antiguos practicaban precisamente este método de modelado, y á esta técnica deben sus obras el vigor y la flexibilidad que las caracteriza.

Rodín se puso de nuevo á contemplar su exquisita Venus griega, y de pronto preguntó á Gsell:—¿Es el color cualidad de pintor ó de escultor?—De pintor, naturalmente.—Pues bien, observad esta estatua. Ved—añadió elevando la lámpara todo lo que podía para iluminar desde lo alto el modelo,—ved esas fuertes luces sobre los senos, esas sombras enérgicas en los pliegues de la carne, y luego esos rubios, esas semiclaridades vaporosas y como temblonas en las partes más delicadas de ese cuerpo divino, esas transiciones tan finamente difuminadas que parecen disolverse en el aire. ¿No es esa una prodigiosa sinfonía en blanco y negro?

Gsell asintió.

—Por paradójico que os parezca—prosiguió Rodín,—los grandes escultores son tan coloristas como los mejores pintores, ó, más bien, los mejores grabadores. Juegan tan hábilmente con todos los recursos del relieve, casan tan bien los atrevimientos de la luz con la modestia de la sombra, que sus esculturas son tan sabrosas como las más acariciadoras aguas-fuertes. Ahora bien; el color, y á esta observación quería venir á parar, es como la flor del bello modelado; estas dos cualidades se acompañan siempre, y ellas son las que dan á todas las obras maestras de estatuaria el radiante aspecto de la carne viva.

CIENCIAS NATURALES

ANIMALES LISTOS.—Dice Enrique Coupin, en *La Revue*, que los animales revelan su inteligencia, no sólo por su modo de conducirse ordinariamente, sino por la listeza, por la *malicia* que despliegan cuando se ven apurados para salir de una situación difícil. Coupin se ha entretenido en recoger multitud de observaciones curiosas, consignadas por diversos autores sobre esta materia, y de ellas entresacamos las más interesantes.

El gato, especialmente, tiene bastante desarrollada la inteligencia de los mecanismos, y llega á saber abrir las puertas, sobre todo cuando no necesita más que apoyarse en el pestillo. Romanes tenía uno que todos los días pasaba así del patio á la cuadra: se dirigía hacia la puerta con el aire más resuelto del mundo; agarraba de un brinco con una pata el asa; luego, oprimiendo con la otra pata el pestillo, empujaba con las otras dos patas el montante para tirar de la puerta. Los gatos pueden hasta dar vuelta á las llaves de las cerraduras. Couch afirma haber conocido un gato que abría la puerta de un armario para proporcionarse leche: se sentaba en una mesa al lado del armario, y golpeaba el anillo de la llave hasta que la hacía volver, consiguiendo así sus fines.

También llegan á abrir las ventanas. Otto cuenta que uno de ellos, perteneciente á Parker Bowman, de Parara, quedó encerrado un día, por casualidad, en una habitación sin más salida que una ventanilla que se abría de dentro á fuera, y que se cerraba por medio de una falleba; poco tiempo después, se encontró la ventana abierta y la habitación vacía; habiéndose repetido el hecho varias veces, se acabó por descubrir que el gato saltaba sobre el alféizar, se estiraba hasta llegar á la falleba, que conseguía empujar con una de sus patas delanteras, y luego, estribándose contra la ventana, la abría y se escapaba.

Los ejemplos de los gatos que se cuelgan de un cordón de

campanilla para hacerla sonar, á fin de entrar ó salir, son tan numerosos y tan corrientes, que no vale la pena de mencionarlos.

Lo mismo ocurre con los perros, y lo mismo que con las campanillas sucede con los aldabones. Más curioso es el caso citado por el Dr. Kesteven, referente á un gato que se servía del aldabón de una puerta para llamar, y de un perro de la misma casa, que había observado el manejo del gato, pero que no podía ó no sabía imitarle; cuando se quedaba fuera, se ponía en busca del gato y aguardaba á que este último llamase.

Otra anécdota sobre el gato, contada por Cosmovies, muestra cómo este animal se da cuenta del destino de los objetos que sirven para hacer fuego: «Durante un frío terrible en Rumania, y siendo sumamente caros el carbón y la leña, tuve que hacer economías; trabajaba todo el día sentado en un gran sillón rodeado de pieles, y mi gato Cadí estaba echado á mis pies; muchas veces el gato se levantaba, y, dirigiéndose á la puerta, me llamaba de un modo muy distinto al del maullido que usaba para que le dejase salir; yo le abría, y él salía á medias, mirándome; yo cerraba la puerta, y él volvía á entrar y seguía mayando. Al fin, salía con él, y entonces iba derecho á la cocina, mirándome y llamándome; una vez allí, se dirigía hacia la caja del carbón, y se subía en ella sin perderme de vista; si cogía carbón, Cadí iba á la leña y luego corría ante mí hasta la puerta de mi cuarto; una vez dentro, se dirigía hacia la chimenea, dando brincos y arqueando el lomo; yo hacía fuego sin que el gato dejara de acariciarme, y una vez hecho, Cadí me olvidaba para acostarse ante la chimenea.»

Otro ejemplo de inteligencia es el citado por el Dr. Frost: sus criados tenían la costumbre de echar á los pájaros las migajas del almuerzo, y el doctor notó que su gato se emboscaba en las cercanías con la esperanza de cazar algún pájaro, como lo hacía, en efecto, muchas veces; esto es corriente; pero lo particular del caso es que cuando no se echan migajas, las saca el gato y las esparce él mismo en la hierba para atraer la

caza. El hecho, con ligeras variantes, está también atestigüado por *The Nature*.

Otros animales, en lugar de servirse de cebos, saben coger éstos sin caer en las trampas que se les ponen. El maestro en la materia es el zorro. Crehore había tratado, con ayuda de un trampero de profesión, de coger á un zorro que todas las noches visitaba su posesión. «Por más que usamos de todas las estratagemas imaginables, nada conseguimos, y siempre hallábamos la trampa deshecha; mi compañero estaba convencido de que el zorro cavaba bajo la trampa hasta poder pasar la pata por debajo y coger el cebo,» cosa que luego le confirmó otro viejo trampero que había tenido que apelar á una disposición especial que le permitía coger la pata del zorro cuando cavaba por debajo.

Otro ejemplo, más curioso todavía, es el del Dr. Rae, citado por Romanes: el doctor, queriéndose proporcionar zorros árticos, dispuso trampas de diversas especies; pero como los zorros las conocían, supieron evitarlas; el doctor recurrió á una estratagema completamente nueva: puso una escopeta cargada en un soporte, con la puntería dirigida hacia el cebo, puesto en comunicación, por una cuerda, con el gatillo, de modo que al coger la presa, el zorro debía fusilarse á sí mismo; la distancia del cebo á la escopeta era de treinta metros, y la cuerda estaba casi enteramente oculta bajo la nieve; el primer zorro cayó, pero no cayeron más. Los que vinieron después descubrieron la trampa, y cogían la presa sin peligro: ó cortaban la cuerda con los dientes, ó se abrían paso en la nieve de modo que el tiro no les alcanzara.

Elliot Cones refiere una aventura semejante del glotón: un día en que había puesto unas ciento cincuenta trampas en el río Pil, un viejo glotón descubrió su estratagema, y tomó la costumbre de precederle en sus correrías. Resuelto á desembarazarse de aquel ladrón, puso en seis puntos diferentes tres trampas muy sólidas y otras tres de acero; durante tres semanas nada consiguió: el animal evitaba cuidadosamente los cepos

que le estaban preparados, y se complacía en destruir las otras trampas devorando sus cebos y sus presas, y ocultando los que no consumía. No teniendo veneno á su disposición, resolvió poner una escopeta oculta entre zarzas, con un cebo dispuesto de modo que el glotón lo viese; la escopeta estaba oculta por un pino; en su primera visita, Cones reconoció que el animal se había acercado al cebo y lo había olido, pero sin tocarlo; luego, quitando el árbol que ocultaba el sendero, había dado la vuelta á la escopeta y cortado la cuerda de comunicación entre el gatillo y el cebo. Después de lo cual no había temido apoderarse de la presa, devorándola á su gusto. «Confieso—añade Elliot Cones—que al principio no pude resolverme á admitir que mi enemigo hubiera obrado con tanta sagacidad; pero por tres veces se repitió el hecho, encontrando la cuerda cortada á alguna distancia del sitio en que yo la había anudado, como si los nudos mismos pudieran constituir algún nuevo artificio peligroso que debiera evitarse.»

Powelsen cuenta que los ratones de Islandia se reúnen en grupos de seis á diez; eligen una boñiga bien seca y aplastada, amontonan en ella sus provisiones, la arrastran, reuniendo sus fuerzas, hasta el borde del río que quieren atravesar; la lanzan al agua, y se embarcan en círculo en torno de ella, tocándose con la cabeza en el centro y arrastrando la cola en el agua á guisa de timón. Como este relato pareciera fantástico al doctor Henderson, quiso saber á qué atenerse, y llegó á confirmarlo con el testimonio del pastor de Briamslack y de la señora Beditson, testigos oculares dignos de crédito. La señora Beditson se acordaba, especialmente, de haber pasado toda una tarde en su juventud, á orillas de un laguito, observando estos atrevidos navegantillos, y entreteniéndose en impedirles tomar tierra cuando se acercaban. Estos ratones se sirven también de setas secas, en las que transportan sus provisiones por el río, y de allí á su domicilio.

Las anécdotas relativas al caballo son numerosas. Romanes cuenta haber tenido uno que se desprendía de su ronزال

cuando el cochero se había marchado para acostarse; una vez libre, quitaba las dos llaves de madera del tubo de la caja de avena, colocada en lo alto de la cuadra, de modo que el grano se derramase á sus pies, imitando lo que había visto hacer al cochero; daba también vuelta al grifo cuando tenía sed, y tiraba de la cuerda de la ventana, por la noche, cuando sentía calor.

El caso del poney de Samuel Goodbetere, abogado de Birmingham, es más complicado: era un animal de 1,42 metros, que tenía su cuadra bajo la tenada de una granja, provista por dentro de un cerrojo, y por fuera de un pestillo; el poney podía pasar la cabeza y parte del cuello por encima del postigo; pero no podía alcanzar el picaporte; sin embargo de lo cual, todos los días le encontraban libre en el corral de la granja, sin poderse explicar el misterio. Observándolo, no se tardó en tener la explicación: el poney describía desde luego el cerrojo, y luego relinchaba hasta que un burro, que estaba del otro lado, levantaba el picaporte con el hocico y le daba libertad.

La mula no cede en inteligencia al caballo, y el profesor Nipher, de San Luis, refiere el caso de una que todos los días encontraban en el interior de la granja, comiéndose la avena ó lo que encontraba al alcance de su boca, sin que acertaran á saber cómo se las arreglaba, hasta que un día la sorprendieron en flagrante delito. Abría el portillo del corral pasando la cabeza por encima de la empalizada para levantar el picaporte, y la volvía á cerrar empujando por detrás, para engañar á sus amos, y luego iba á tirar de la cuerda que abría la puerta de la granja.

Un ejemplo auténtico y notable de sagacidad ha sido referido por el periódico inglés *Nature*. Se trata de un poney de Shetland, propio de William Sinclair, profesor de Holm: su amo lo había llevado por primera vez á herrar á casa del señor Pratt, herrador de la aldea, que vivía bastante lejos; pasado algún tiempo, Pratt vió al poney venir á su casa sin ronzal; creyendo que se había escapado, le tiró piedras para hacerle

volver á su casa; pero poco después, la cabeza del animal apareció de nuevo á la puerta. Pratt iba á echarlo, cuando se le ocurrió mirar al casco de la jaca; entonces vió que le faltaba una herradura, y se la puso; terminada la operación, el poney le miró, como si le preguntara si estaba bien; piafó una ó dos veces, y con un relincho de alegría partió al trote á su cuadra.

Las anécdotas relativas al elefante son muy numerosas y conocidas. Coupin se limita á reproducir las citadas por Peal, en la región de Assan. Mientras daban de comer á cinco elefantes frente á su tienda, vió llegar otro, recientemente capturado, y arrancar suavemente uno de los piquetes de la empalizada de bambú: le puso el pie encima, rompió un pedazo que llevó á su boca, y en seguida lo tiró; repetida esta operación tres veces, Peal quiso saber por qué hacía aquello, y respondieron que esperara un poco y que vería lo que iba á hacer. En efecto; habiendo encontrado el elefante un palo de su gusto, lo cogió con su trompa, adelantó su pata izquierda delantera, y se puso á rascarse con fuerza bajo el sobaco (por decirlo así); poco después cayó en tierra una gran sanguijuela, de más de seis pulgadas y mas gorda que el dedo.

Otra vez que el mismo Peal viajaba, en la estación en que las moscas molestan más á los elefantes, notó que el que montaba no tenía nada para espantarlas; Peal mandó al conductor acortar el paso y dejar que el animal fuese donde quisiera; el elefante rebuscó entre los ramos del talud, se detuvo ante una gavilla de brotes ramosos, cogió uno, le quitó todas sus ramas, dejando una especie de plumero al extremo, y, habiéndolo frotado varias veces de arriba abajo para limpiarlo, lo partió y se proveyó así de un abanico perfecto de unos cinco pies de largo, que le sirvió de espantamoscas.

En cuanto á los monos, no se acabarían de contar sus habilidades. Hachet-Souplet habla de uno que, cada vez que comía nueces, tenía dolores de muelas; se le metían trocitos entre los dientes, y no conseguía sacarlos con sus manos. Entonces se le ocurrió á Hachet-Souplet darle medios de salir del

apuro: le atascó de nueces, y puso en la jaula una barrita de hierro y una piedra de afilar, frotando otro hierro en la piedra para que el mono viera cómo se le sacaba punta. El mono se apoderó de la barrita y trató de utilizarla como mondadientes; pero, como era demasiado gruesa, no podía sacarse los trozos de nuez; entonces se puso á aguzarla, y, al cabo de una hora, se hizo un mondadientes, del que se sirvió con gran satisfacción.

Pablo Meguin, visitando al orangután Tinau, del Jardín de Aclimatación de París, con un dibujante que deseaba tomar algunos croquis, rogó al guarda que le hiciera salir un instante de su jaula; el animal miró con gran atención al guarda abrir el candado de su puerta; después de haberse dejado dibujar, Tinau volvió á su domicilio; pero, apenas entrado, se puso á arrancar un alambre de su verja; al fin lo consiguió, y no teniendo á su disposición ningún instrumento de cerrajero, trató de modelar con sus manos y dientes algo parecido á una llave, y luego, con múltiples precauciones, pasó sus dos brazos fuera de la verja, y trató á su vez de abrir el candado, introduciendo el alambre en la cerradura y moviéndolo en todos sentidos.

Harmann habla también de la hembra de un chimpancé, que, cuando se la había dejado sola durante algún tiempo, trataba de abrir la cerradura de su jaula. Lo consiguió un día, y robó la llave, colgada de la pared, la ocultó en el sobaco y se volvió tranquilamente á su jaula; con aquella llave abría fácilmente la cerradura. Aprendió muy bien á servirse de un sacataponés para abrir las botellas. Quitaba las botas á su guarda, se las ponía, trepaba en seguida á cualquier sitio elevado, y se las tiraba á la cabeza cuando se las reclamaba. Sabía retorcer la ropa mojada, y se servía de un pañuelo para sonarse.

ENCICLOPEDIA

PENSAMIENTOS Y AFORISMOS INÉDITOS DE IBSEN.—Sin quitar ni poner, porque no queremos tocar á Ibsen, aunque no seamos ibsenianos, transcribimos lo que sigue:

«Hablar de hombres libres es una necedad. No existen hombres libres: el matrimonio, las relaciones entre el hombre y la mujer, han corrompido la raza humana y puesto el sello de la esclavitud sobre los individuos.»

«El culto de la patria no es más que una etapa del espíritu humano» (1).

«Es inadmisibile que los sabios martiricen á los animales, en nombre de la ciencia. Los médicos debían servirse, para sus experimentos, de periodistas y políticos.»

«La sociedad moderna no es una sociedad de hombres y de mujeres; es una sociedad masculina.»

«Cuando los liberales quieren mejorar la condición de las mujeres, comienzan por consultar á la opinión pública, es decir, á los hombres. Tanto valdría pedir á los lobos que participasen de las medidas de protección para uso de los corderos.»

«En la civilización, el individuo sufre la misma transformación que el niño al hacerse hombre. El instinto se debilita, pero la lógica se desarrolla. El adulto ha perdido el gusto de jugar con las muñecas.»

«Es lamentable que los más hermosos pensamientos sean concebidos por los peores canallas.»

«Desear y querer: nuestros más graves defectos provienen de que confundimos estos dos términos.»

«La conciencia no es algo estable. Varía según los indivi-

(1) No queríamos, como hemos dicho, tocar á nada; pero hay afirmaciones que no deben pasar sin correctivo. Es una etapa, sí, pero que convive con las demás; pues ni la familia anula al individuo, ni la patria á la familia, ni la humanidad á la patria.

duos y las épocas. La del aldeano es caduca. Las luchas de los partidos se entablan entre las conciencias pasadas de moda y las conciencias nuevas.»

«Va á crearse una aristocracia nueva. No será la del nacimiento ó de la fortuna, ni la del talento y del saber. La aristocracia del porvenir será la de la voluntad.»

«El Cristianismo desmoraliza y paraliza de diferente modo á los hombres y á las mujeres.»

«Se dice que el suicidio es inmoral. ¿Qué es, pues, vivir matando lentamente su «yo», por consideración á los que le rodean?»

Además de estos pensamientos, he aquí las notas que preceden á la *Casa de muñecas* y *Los aparecidos*:

«Hay dos clases de leyes morales, dos clases de conciencias. Una de ellas existe en el hombre, la otra en la mujer. Estas dos conciencias son extrañas una á la otra; sin embargo, en la vida práctica, á la mujer se la juzga conforme á la ley del hombre, como si fuera un hombre, no una mujer.»

«Una mujer no puede existir por sí misma en la sociedad moderna, que es una sociedad exclusivamente masculina, teniendo leyes escritas para hombres y jueces, que se pronuncian sobre la conducta de las mujeres, colocándose desde su punto de vista masculino.»

«Una mujer, en la sociedad moderna, debería, como ciertos insectos, morir cuando ha cumplido su deber de trabajar en la propagación de la especie.»

«Estas mujeres de hoy, maltratadas como hijas, hermanas, esposas, que no reciben una educación conforme á sus aptitudes, á quienes se aleja de su vocación y que tienen el alma llena de amargura, son las que llegan á ser madres de las generaciones jóvenes. ¿Cuál será la consecuencia?»

«El individuo que ha terminado su educación, no es un producto de la naturaleza, sino un producto artificial, como la raza criolla y ciertas especies caballares y caninas.»

«Cuando un individuo pide vivir una vida ampliamente humana, es que está herido de la locura de grandezas.»

«Elevamos monumentos á los muertos, puesto que tenemos deberes para con ellos; permitimos que se casen los leprosos. Pero, ¿y sus hijos?... ¿Y los que no han nacido todavía?...»

Otras notas que acompañan al primer bosquejo de *La dama del mar*:

«La existencia se desliza monótona, y, en apariencia, dichosa, á la sombra de las montañas. Súbitamente nace el pensamiento que falta en esta vida, la acción, sobre todo la lucha por la libertad moral. Durante el corto estío, se agitan confusamente en las almas sueños y deseos. En seguida todo entra en la noche, y renace el deseo de ir lejos, hacia la gran vida mundial. Pero, ¿qué ganará uno allí? Con nuevas condiciones de existencia, crecerán las necesidades y los deseos. Los que escalan las cimas, aspiran á conocer los secretos del porvenir; pero se sienten limitados por todos lados. De aquí la melancolía, que es como un canto débil y quejumbroso en torno de la vida y de los gestos de la humanidad. Un claro día de estío, seguido de tinieblas; á esto se reduce todo.»

«¿Habrá tomado la especie humana en su evolución una dirección falsa? ¿Por qué pertenecemos á la tierra? ¿Por qué no al aire ó al mar? El deseo de poseer alas, los sueños en que, sin experimentar asombro, queremos volar, ¿qué significan?»

«Deberíamos conquistar el mar. Deberíamos construir sobre el Océano ciudades flotantes que nos transportasen del Norte al Sur, según las estaciones. Deberíamos aprender á mandar los vientos y las tempestades. Esto llegará... ¡Y nosotros que no habremos conocido esta dicha!...»

«Lazos misteriosos unen la humanidad al mar. Una especie de pescados constituye un peldaño en la vida orgánica. ¿Queda de ella vestigios en el alma humana? ¿Por lo menos en el alma de algunos?»

«El mar posee un poder de sugestión que se impone como una voluntad. El mar hipnotiza; la naturaleza entera lo hace.

El gran misterio está en la dependencia del hombre respecto de las fuerzas ciegas.»

«El estudio de la naturaleza conduce al descubrimiento de que un pequeñísimo número de leyes gobierna los fenómenos sometidos á este estudio. A medida que éste avance, el número de estas leyes irá disminuyendo, y todo obliga á creer que algún día se afirmará que no hay más que una, si es que, no obstante, esta ley única existe.

«Pero hay un hecho que escapa á la observación de los sabios: es que la unificación de las leyes se extiende más allá de los dominios en que se ejerce el estudio científico y hasta de las manifestaciones más diversas de la vida.

«Se ve á menudo á los periódicos calificar desdeñosamente, una producción literaria, de *trabajo de obrero*. Ahora bien; la ley que gobierna el trabajo del obrero es la misma que la que gobierna el trabajo del escritor.»

CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

DOS CONVERSACIONES DE TOLSTOÏ, SOBRE LA REVOLUCIÓN.— Con este título publica un artículo el secretario de Tolstoï, L. N. Goussiev, en el *Mercure de France*, que extractamos por parecernos curioso é interesante, sobre todo tratándose de este pensador:

«Conversaba Tolstoï con varios aldeanos é intelectuales acerca de su artículo «¿Cómo se debe libertar al pueblo obrero?»; y al afirmar su autor que el pueblo crea su propia esclavitud, uno de los intelectuales objetó:

—Decís que el pueblo se ha puesto él mismo bajo el yugo; no es exacto; se le ha empujado por diferentes engaños.

Tolstoï.—Digo que el pueblo se ha puesto él mismo bajo el yugo, en el sentido de que la causa de la opresión se encuentra en el pueblo mismo, no fuera de él. Esta causa es que el pueblo se ha alejado de la religión. Es verdad que si el pueblo

se ha alejado de la religión, la falta no es suya, sino de quienes le han engañado, de quienes, en lugar de la religión evangélica, han colocado las reliquias y los diferentes sacramentos. He aquí la mayor desgracia del pueblo ruso, y su salvación está únicamente en la vuelta á la doctrina evangélica.

Un aldeano.—¿Pero es que existió alguna vez la verdadera religión en el pueblo?

Tolstoï.—No; yo pienso que no. Yo pienso que Cristo no ha hecho más que mostrar lo que puede ser el pueblo. No hay más que pequeños agrupamientos de hombres que cumplan su doctrina; por ejemplo, en el siglo xvi, Khelchitzki y sus discípulos. En nuestros días, hay gentes que se esfuerzan en establecer entre los hombres relaciones cristianas. En el budismo, entre los indios, se trata también de llegar á esto. Así, la doctrina búdica, tan extendida, es casi semejante al cristianismo; la diferencia está en que el budismo cree que los hombres no pueden alcanzar la pureza hasta la vejez, alejándose en el desierto, donde ganan su salvación; mientras que la doctrina cristiana enseña cómo todos los hombres deben vivir la vida pura para ser dichosos. La base de la doctrina cristiana, el amor al prójimo y la pureza de la vida, es igual á la del budismo.

Después de un momento de silencio, Tolstoï interrogó á los aldeanos:

—¿Qué pensáis de la situación actual de Rusia, de lo que llamamos la revolución? ¿Esperáis el éxito de ella, la mejora de la suerte del pueblo? Y, en este caso, ¿qué clase de mejora esperáis?

Otro aldeano, después de reflexionar, contestó claramente:

—Todas nuestras miras están puestas en la revolución, y de ella esperamos la mejora de nuestra suerte.

Habiendo objetado Tolstoï que la revolución tiene por arma la violencia, la misma que el Gobierno, su interlocutor respondió:

—Un clavo saca al otro.

Tolstoï.—¡Sacar un clavo con otro! Cuando se trata de revolución, este sistema no conduce á nada; por el contrario, agrava la situación. No hay más que una salida: la cristiana. Y soy del mismo parecer respecto del Gobierno.

Un aldeano.—Pero el Gobierno no encuentra que la violencia sea pecado.

Tolstoï.—Sí; el Gobierno es el más culpable, porque acostumbra al pueblo á considerar el asesinato como una cosa lícita. Si el asesinato es posible, se puede también matar. Los maestros son malos y los discípulos han seguido en vano su enseñanza.

El primer aldeano.—No son los maestros, sino la vida, la que instruye á los hombres. Las condiciones de la vida nos fuerzan á coger un revólver y matar.

Tolstoï.—No. Los hombres tienen la misma vida, y los mejores, los más sabios, son nuestros maestros. Lo que llamáis la vida, es la vida bestial; la vida humana es razonable.

El mismo aldeano.—El pueblo aceptará más bien la propaganda revolucionaria... ¡Voto á tal, si tuviese dinero sería discípulo vuestro!

Tolstoï. (Tras un corto silencio, y tranquilamente.)—Os equivocáis. En el Evangelio se dice justamente lo contrario: los pobres son bienaventurados y los ricos desgraciados.

El aldeano.—¡Es canción vieja! Hace tiempo que los curas nos lo dicen. Nos pudrimos en la miseria y en la ignorancia. La ignorancia reina en la miseria.

Tolstoï.—De ninguna manera; es una opinión completamente falsa la de que la riqueza pueda dar la instrucción. Al contrario; por todas partes, entre los ricos, encuentro ignorancia; entre los más próximos á la miseria es donde encuentro la verdadera instrucción. La riqueza no puede proporcionar más que el vino y los diferentes placeres que embrutece á los hombres.

Otro aldeano.—No hablamos de las grandes riquezas... que

se tenga solamente con qué alimentar una familia; de otro modo, no se tiene tiempo de pensar en nada bueno.

Tolstoï.—No; yo pienso que todos pueden vivir igualmente. La riqueza material no hace á los hombres dichosos; lo creo, porque creo en Dios y en su justicia. Cuando el hombre está enfermo, piensa, ante todo, en su alma; lo mismo ocurre con el pobre. El hombre muy rico está sometido á muchas más tentaciones... Yo creo que no existen medios para transmitir semejante comprensión religiosa de la vida. Nace espontáneamente en el alma del hombre, ó no nace; y mientras no tiene la comprensión religiosa, no es más que una medida, la medida material: tengamos el mayor número de riquezas posible. Toda nuestra vida consiste en tener un ideal de perfección y aproximarse á él más ó menos.

Un aldeano.—La mayoría del pueblo ruso no tiene hoy otro ideal que el de salir de su miserable casucha. No tiene tiempo de pensar en su alma.

Tolstoï.—Sí, usted piensa así; pero yo no creo que todo el pueblo ruso esté en una situación tan terrible desde el punto de vista moral. Mi relación con el mundo la entiendo yo del modo siguiente: Cierta fuerza me ha empujado hacia el mundo, y debo vivir en él hasta mi muerte. ¿Qué debo hacer aquí? En lo que sea posible, lo que desea de mí la fuerza que me ha enviado. Cuando se mira así el mundo, la cuestión del dinero, tenga mucho ó poco, deja de tener importancia... Yo deseo ardentemente á todos los hombres semejante concepto de la vida. Da la felicidad; con ella, todos los hombres os son agradables, se les quiere. Por el contrario, con vuestra concepción de la vida, las relaciones entre los hombres son dolorosas. El sentimiento religioso provoca siempre alegrías. Cuando se ama, se siente uno siempre bien. ¿Conocéis este sentimiento?

El aldeano.—No, lo conozco mal.

Tolstoï.—El sentimiento religioso no es preciso provocarlo, sino apartar todo lo que le ahoga, porque en cada uno de nosotros Dios vive. Cuando un hombre maltrata á alguien, riñe,

fuma su pipa ó duerme en lugar de trabajar, ahoga con esto el sentimiento religioso... Si puedo ser útil á alguien, no es más que ayudando á desenvolver en él la conciencia religiosa.

La otra conversación es entre Tolstoï y un revolucionario:

Tolstoï dice haber leído la proclama de los revolucionarios, y se admira de que sea tan pobre y tan inmoral, y principalmente, del peligro á que se exponen, en nombre de una obra tan vacía y extinguida, hombres buenos que están prontos á sacrificar su vida para otro.

«Por ejemplo—dice,—se lee en ella esta frase: *Procurar provocar el odio entre los hombres, es una obra sagrada*. ¡Es horrible! Desde que el mundo existe, y en todos los pueblos, la única cosa tenida por sagrada es el amor. ¡Y de pronto, resulta que la obra más santa es provocar el odio, su sentimiento contrario! Se trata de un espantoso grado de error.

El segundo punto es éste: los medios empleados por los que comparten las ideas de esta proclama, alejan y quitan la posibilidad de alcanzar el fin á que aspiran, puesto que un millar de individuos no puede triunfar sobre ciento cincuenta millones por el odio, y la salida de la situación está, precisamente, en lo que niegan los revolucionarios: en el sentimiento moral.

El tercer punto es la compasión que siento por estos jóvenes que, como usted, en nombre de estas tonterías, arriesgan su vida. He aquí todo lo que pienso. Ahora, responda usted á mis tres objeciones.»

Un revolucionario.—Los que han escrito esta proclama, piensan como escriben. ¿Qué adelantarían muriendo de hambre sin hacer nada?...

Tolstoï.—No, no he visto nunca que se muera de hambre; pero admitiendo que, al menos, las condiciones de la vida sean demasiado penosas, ¿por qué hacer lo que no puede más que empeorarlas? No hay más que un medio: no participar de la violencia.

El revolucionario.—Personalmente, no participamos de la violencia.

Tolstoï.—Permitidme... ¿Cuál es vuestra profesión?

El revolucionario.—Por el momento, estoy sin trabajo.

Tolstoï.—Y antes, ¿qué hacíais?

El revolucionario.—Trabajaba en la redacción de un periódico. Comprendo que, por este trabajo, participo de la explotación de los obreros; pero no puedo renunciar á él porque tengo familia.

Tolstoï.—Se tiene un ideal en nombre del cual se está dispuesto á sacrificar todo, á responder á la violencia con la violencia, á matar; pero no puede abandonar á su familia. He ahí precisamente el error. En nombre de las exigencias de un bien general cualquiera, los hombres olvidan ciertas exigencias de su conciencia: si no puedo ganar mi pan, iré á mendigar con las alforjas al hombro.

El revolucionario.—No; aunque tuviese mucha hambre, no cogería nunca las alforjas, porque el hombre debe luchar.

Tolstoï.—El hombre, en cuanto que es animal, debe luchar; como sér espiritual, está por encima de la lucha. Toda la vida humana consiste en someter el sér carnal al sér espiritual. Para alcanzar el fin que esperáis, es preciso primeramente influir en sí mismo; hecho esto, producirá su efecto en los otros, y es el único medio para conseguirlo. Según vosotros, hay muchas circunstancias que pueden forzar á un hombre á renunciar á sus dos atributos humanos: la razón y el amor; yo digo que no pueden existir para un hombre dotado de sentimiento moral.

El revolucionario.—Decís que nuestra proclama es inmoral; algunos de nuestros compañeros han leído vuestros folletos *Sobre la Revolución rusa*, y admitimos que se pueda luchar de ese modo. Pero, ¿alcanzaremos nuestro fin? Decís: Rehusad el servicio militar, no paguéis impuestos. Nos exterminarán.

Tolstoï.—He aquí otra superstición: creemos saber lo que provendrá de nuestros actos. No sabéis nada. Hay una serie de actos por cuyas consecuencias hay que preocuparse; son éstos: las buenas acciones. En cuanto á la revolución, la his-

toria muestra que produce siempre lo contrario de lo que se esperaba.

El revolucionario.—En el comienzo de la vida humana, en todos los pueblos vemos la esclavitud, el absolutismo, mientras que ahora, en los países que han cambiado sus Gobiernos, los hombres viven mejor, respecto de otro tiempo.

Tolstoï.—Si la situación del pueblo mejora, no es de ninguna manera á causa de la revolución, sino como consecuencia del desenvolvimiento intelectual y moral. Admitiendo que en esos países se esté algo mejor, cometer, en nombre de esta pequeña mejora, lo que está seguramente mal, es falta de sentido práctico y moral.

El revolucionario.—Siendo todavía niño, leí vuestros escritos *El Cirio, Dos viejos, Dios ve la verdad*. ¿Qué resultado han dado vuestras invocaciones á lo bueno y al bien? Los hombres han quedado como en otro tiempo estaban.

Tolstoï.—El resultado de los actos morales no se ve. Estos no pueden medirse, es preciso sentirlos... En las cuestiones importantes no hay más que un guía: el sentimiento interno, la conciencia, que me dice que todo asesinato es abominable y que el sacrificio es hermoso.

Los revolucionarios pidieron á Tolstoï que formulase las tres principales objeciones á su actividad.

Tolstoï.—1.º, digo que la actividad que juzgáis buena es inmoral, puesto que quebranta la ley principal de la vida humana: el amor; el amor á todos, sin excepción. 2.º, los medios que empleáis no ayudan á lograr el fin; por el contrario, lo alejan. 3.º, y principalmente lo que me ha impulsado á conversar con vosotros, es que me da compasión de vosotros, de vuestra juventud, guiada por hermosos sentimientos, que vais á perder por completo inútilmente. Si todavía fuese en cumplimiento de la ley moral, como algunos de mis amigos, presos por negación al servicio militar, no puedo envidiarles ni admirarles; pero vosotros perdéis vuestra vida, ¿por qué? ¿en nombre de qué? En nombre de un ideal falso.

Los revolucionarios prometieron reflexionar sobre las objeciones de Tolstoï y darle á conocer el resultado.

Tolstoï.—Me consideraré feliz si queda, al menos, algo de nuestra entrevista.

IMPRESIONES Y NOTAS

INÉDITOS DE MUSSET.—Entre los papeles de Alfredo de Musset entregados por la señora Colin á Francisco Coppée, varios han sido publicados por el *Correspondant*, y de ellos ofrecemos alguno á nuestros lectores.

Sabido es que el gran romántico francés llegó á ocupar un asiento en la Academia. Tan exagerada impresión le producía tener que hacer, ó, más bien, leer su discurso de recepción, que de ello dan clara idea sus palabras: «Es una cosa bastante espantosa para todo el mundo, y para mí en particular, la idea de hablar en público. Hay allí cierto patio de sombreros rosas y uniformes bordados en verde, que tiene un aspecto cuyo efecto no deja de hacer impresión en los más intrépidos.»

Su habitual pesimismo, y el horror que sentía por los burgueses, como radicalmente opuestos á su romanticismo, lo refleja cuando escribe: «Estar muy tranquilo en su casa, es el más atroz de todos los suplicios; no comprendo que no se le haya puesto en el infierno. ¿Cómo Dante no ha pensado en mostrarnos á un hombre en traje de casa, en el cuarto ó quinto círculo de su infierno, sentado al lado del fuego, en un sillón, con los pies en las babuchas? Hubiera sido seguramente el último grado del horror, y quizá no se ha atrevido á presentarnos tan espantoso cuadro. ¡Oh miseria! ¡Sin cuidados, sin inquietudes, sin esperanza, sin no importa que! ¡Leña, aceite, franela! ¡Horrible, horrible, horrible!, como dice el espectro de Shakespeare. ¡Ah, es más asqueroso que Ugolino, más impacientante que Tántalo, más bestia que Ixión!»

*
* *

¿ERA VÍCTOR HUGO ORADOR?—La hipótesis, como dice, con razón, el *Petit Temps*, es chocante. He aquí algunas anécdotas auténticas, cuyas conclusiones son contradictorias.

Era una fiesta dada en el Pré-Catelan, en favor de los amnistiados de la Commune. Habían instalado barracas, y en una se exhibía un fenómeno, una mujer-torpedo, visible, según el cartel, «para los señores de más de diez y seis años». No lejos, un estrado, con telón de fondo, estaba destinado á los oradores que debían hablar, presididos por Luis Blanc.

Naturalmente, Víctor Hugo había prometido decir algunas palabras. Por coquetería, no quería leer su discurso, y se lo había aprendido, muy seguro de su memoria y resuelto á no esperar mucho. Pero esperando su turno, el poeta, imprudente, fué á ver á la mujer-torpedo. Saliendo de la barraca, dijo á Clodoveo Hugues:

—¡Acabo de experimentar un gran escalofrío! ¡He tocado el brazo de la mujer-torpedo; ved: estoy saturado de electricidad!

La multitud, reconociendo á Víctor Hugo, interrumpió la divertida confidencia del maestro, llevándole en triunfo hasta la tribuna. ¡Horror! Víctor Hugo acababa de olvidar el texto de su alocución. La electricidad produce efectos deplorables. Era preciso, sin embargo, hablar en seguida á aquel auditorio entusiasmado que acababa de saludar al orador con aplausos atronadores, á los cuales sucedía un religioso silencio...

Pues bien, Hugo habló con cierta lentitud solemne, que pareció encantadora. Era que la señora Drouet, detrás del telón, y en posesión del manuscrito desdeñado por el poeta, apuntaba á éste las palabras que había olvidado. Todo pasó perfectamente. Pero este día, Víctor Hugo conoció el miedo.

Otra anécdota. Una comida en casa de Hugo. Entre los convidados, Flaubert y Renán. Flaubert, irritado contra las críticas de que era objeto *Salambó*, se deshacía en ataques furibundos, contando sus esfuerzos, sus investigaciones, el modo como se había documentado, sobre el terreno, para hablar de

Cartago. Le echaban en cara los «guijarros azules...» Y Flaubert exclamaba:—¡Son azules, los he visto! ¡No he aventurado nada que no sea exacto!

De pronto, Víctor Hugo hizo un signo. Su voz resonó inspirada: «¡Señoras y señores, *veo* á Cartago!» Y durante veinte minutos describió la ciudad de Aníbal con tal poder de visión, que Flaubert exclamó: «¡Decir que he pasado diez años en Cartago para llegar á esto: que lo conocéis mejor que yo y que habláis de él como yo no podría nunca hacerlo!»

En Julio del 1851, replicaba en la tribuna á los diputados de la derecha, demostrando con ello su feliz improvisación: «¡Golpead con el pie en el suelo á dos pasos de las Tullerías; golpead con el pie ese suelo fatal, y haréis salir, á elección vuestra, el cadalso que precipita la vieja monarquía en la tumba, ó el coche que conduce la nueva realeza al destierro!»

Otro de los ejemplos, prueba la ironía mordaz de que, en ocasiones disponía, sabiendo encontrar la palabra más dura. Preguntaba á un diputado que le hostigaba con interrupciones: «Sabéis mi nombre y yo no sé el vuestro. ¿Cómo os llamáis?» El infeliz respondió: «¡Bourbousson!» «¡Es más de lo que esperaba!»—replicó Víctor Hugo, mientras se desencadenaba en todos los escaños una risa irresistible.

Claro es que en ocasiones tenía sus deslices, como cuando en cierto banquete decía: «Señores, brindo por el burgo-maestre. Le conozco desde hace veinticuatro horas, y le amo. ¿Por qué? Miradle y comprenderéis. Nunca más franca naturaleza se pintó en un rostro más cordial»...

Aparte de esto, según sus íntimos, tenía gran ingenio, naturalidad y sencillez, y fué un orador de altos vuelos. Cierta día, sobre la imperial de un ómnibus, yendo de la Bolsa á la venida de Eylau, trabó conversación con una pequeña obrera. La habló, como él sabía hacerlo, de las flores y el amor, del sol, de los niños, del trabajo, de la muerte, y cuando hubo bajado, la joven preguntó al conductor: «¿Quién es ese señor viejo que me ha hecho llorar?»

EL OÍDO MUSICAL.—Se habla con frecuencia de «tener buen ó mal oído musical», según la mayor ó menor disposición que para asimilarse los matices de la música, posee cada individuo, y pudiera parecer que esto no era sino una afirmación puramente empírica y vulgar. Sin embargo, ha caído dentro del dominio científico, y hay profesores, como el Dr. Kinyoun, de Washington, que tratan de probar, tras repetidos experimentos, que esta predisposición proviene de la diferente conformación del aparato auditivo.

Cita, entre otros argumentos, el caso del General Grant, héroe de la guerra de Secesión, cuyas orejas eran muy planas: no tenía siquiera noción de la música, y era incapaz de reconocer, y menos de recordar, un aire popular. Según dicho doctor, si un niño cualquiera tiene las orejas de Grant, sería inútil que quisieran hacerle aprender música.

Las condiciones que ha de reunir el órgano auditivo, para tener el sentido musical, dependen únicamente de la cavidad auricular. Las personas que lo poseen, tienen la cavidad ancha, profunda y rectangular; la parte inferior es horizontal y en ángulo recto con la hélice ó borde exterior. Confirman su teoría, las observaciones hechas por él, con toda atención, de las orejas de grandes músicos y ejecutantes como Mozart, Berlioz, Listz, Grieg, Paderewski, Tchaikowsky, von Bulow, Mascagni, Leoncavallo, etc.; y cree que para el Apolo del Louvre debió tomarse como modelo un músico, porque las orejas tienen esta misma conformación. Algunos, como Ricardo Wagner, tiene oreja típica; en que el borde inferior de la cavidad forma un ángulo recto con la anthélice. Los cantantes se distinguen en que, generalmente, el borde inferior de la concavidad se desvía de la horizontal, formando un ángulo ligeramente obtuso con el antitrigo. Pero todos coinciden en tener bastante cóncavo el pabellón de la oreja, disposición adecuada para recoger con mayor intensidad los sonidos.

FERNANDO ARAUJO.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Las Cortes de la Revolución</i> , por Carlos Cambroneró	5
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray	44
<i>Parnaso internacional: Otoñal</i> , de Pablo Haag	54
<i>El esclavo de su finca</i> (conclusión), por Selma Lagerlöf	58
<i>La crisis de la Iglesia romana</i> , por Eduardo Ovejero	96
<i>Actualidad y excelencia del pensamiento de Balmes</i> , por Narciso Roure	117
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay	159
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo	179